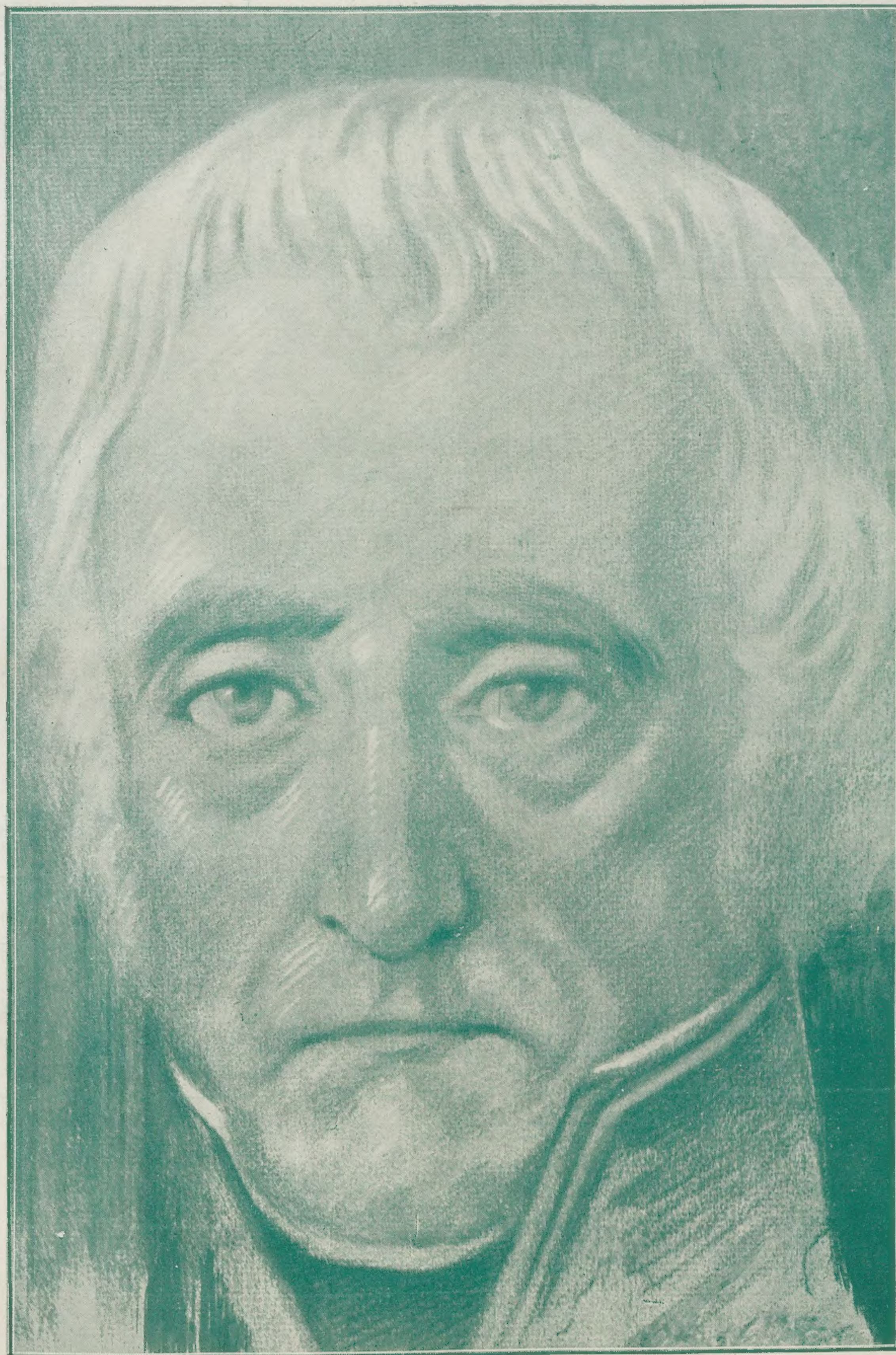
Fray Mocho

Revista Semanal



Nº. 891

General Cornelio Saavedra

En el primer centenario de su muerte

Actualidades Cinematográficas



René Adorée y John Gilbert, protagonistas de "Los cosacos" de Tolstoy, que la Metro - Goldwyn Mayer estrenará el viernes próximo.



Escena de "La mujer disputada", que interpretan Norma Talmadge, Gilbert Roland y Arnold Kent, y que Artistas Unidos exhibe desde el miércoles último.



Tom Mix, como protagonista de "Tendiendo la línea", uno de los últimos estrenos de la Fox Film



La Reina Ana (Josephine Crowell) teniendo a su lado a su odiada hermanastra Josiana (Olga Baclanova) espera al nuevo Par del Reino. — Escena de "El hombre que ríe", que la Universal comienza a exhibir.



William Haines y Josephine Dunn en "Exceso de carga", que la Metro - Goldwin - Mayer estrenará la semana próxima.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVIII — Buenos Aires, mayo 21 de 1929 — No. 891



LA NUEVA BOLSA DE VALORES

La inauguración de la Bolsa de Valores constituyó la nota más importante del movimiento comercial de la semana pasada.

No sólo por el alcance novedoso de la nueva institución, sino también por la significación de los hombres que la componen, la Bolsa de Valores está llamada a ser un factor considerable en las actividades de nuestro mercado. Tanto es así que el acto de apertura resultó una reunión de autoridades, industriales y comerciantes calificados de la plaza. El público prestó también su concurso, asistiendo en grueso a la inauguración.

La Bolsa de Valores realizará sus transacciones sobre la base de una garantía efectiva que se exigirá a todo operador. Permitirá, por otra parte, la libre entrada a las ruedas diarias. Se trata de dos innovaciones ejemplares en el funcionamiento de entidades de la índole, ya que nunca se ha dado el caso de ceder acceso al público, ni de afirmar las operaciones en fianzas de indiscutible seriedad moral y económica.

Se justifica, desde luego, el éxito inicial de las actividades de la nueva institución. Las operaciones dieron comienzo el mismo día de la inauguración, pocos instantes después de la apertura. El doctor Ramón S. Castillo concretó en un sobrio discurso los propósitos que animaban a los fundadores de la Bolsa de Valores, atribuyendo a la falta de estímulo y de seguridad las prevenciones que rodean la circulación le títulos y de valores cotizables, que, no obstante, ha aumentado considerablemente en los últimos años.

Añadió en seguida que son dos las causas que alejan de estos centros muchas de las operaciones: la falta de inmediato contacto de las bolsas con los interesados, y el explicable temor que suscitan los excesos de la especulación, tan difícil de prevenir y evitar.

En la inteligencia de que la nueva institución viene a subsanar las deficiencias de que se resiente nuestro organismo bursátil, fácil es anunciar el éxito que la acompañará en sus actividades. Se lo deseamos, en verdad, porque nunca como en el momento actual se experimentaron las consecuencias de los males que el doctor Ramón S. Castillo enunció en su discurso.

LLEGARON LAS PRIMERAS FIGURAS DEL COLON



Están en Buenos Aires las primeras figuras del elenco que actuará en la próxima temporada del Teatro Colón Parece supérfluo decir que D. Faustino Da Rosa ha procedido diligentemente, aunque no sólo con carácter de empresario, sino, además como "amatteur" de refinada sensibilidad y de larga pericia artística. En efecto el arribo de los principales integrantes del conjunto contratado para el coliseo municipal significa que el conocido hombre de escena cumple con sus compromisos a pesar de la sorda guerra subterránea que se le hizo interesadamente, y, que, por otra parte, tuvo buen cuidado de discernir con el gusto ecléctico que lo distingue.

Las primeras figuras revelan el alcancee de la próxima temporada. Se trata de los más valiosos elementos de la lírica actual, equilibrados en los roles que deberán interpretar y ajustados, todos, a las altas exigencias de las novedades musicales que informa el programa del Teatro Colón. Para quienes afirmamos — con el público — la fe que siempre nos inspirara D. Faustino Da Rosa como empresa de nuestro coliseo, nada de esto puede tomarnos de sorpresa. Antes bien, lo esperábamos en la certeza de que no podía ser de otro modo. D. Faustino Da Rosa organizó el elenco de la temporada en ciernes con altos conceptos que había acreditado ya en su larga carrera: responsabilidad y sentido de la belleza armoniosa que debe primar en los espectáculos del Teatro Colón. Las primeras figuras del elenco, llegadas a Buenos Aires al trazar estas líneas, ratifican lo uno y lo otro. Cabe, desde luego, asegurar que el público habitué de la aristocrática sala será doblemente satisfecho.

LA REALIDAD DE LA EXPOSICION DE SEVILLA SUPERA A TODA CONCEPCION

Escapa a una apreciación cabal de conjunto, la inauguración de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla. La crónica diaria ha ido reflejando minuciosamente los detalles de la histórica ceremonia. Pero ni ella, ni la palabra emocionada de los representantes de España y sus filiales americanas, consiguió, según confesión propia, expresar la trascendencia de siglos que reviste el singular torneo de fuerzas, de virtudes y de bellezas que convocara el gobierno del general D. Miguel Primo de Rivera. Puede afirmarse, pues, que cualquiera sea la descripción de la formidable empresa internacional consagrada en Sevilla, la realidad supera en mucho a la concepción meramente literaria.

La Exposición Ibero-Americana de Sevilla no tiene antecedente de magnitud igual, que pudiera servir de paralelo ilustrativo en cuanto se refiere al concepto que de la misma se formará el mundo que no tenga la fortuna de visitarla. Con todo, los discursos del delegado argentino, D. Enrique Larreta, y del jefe de gobierno de España, general D. Miguel Primo de Rivera, sugieren ese inmortal puñado de sentimientos generosos que animan la imponente y activa masa de la Exposición.

A través de sus frases estilizadas, de orfebrería clásica, adviértese el temple genuino de la fraternidad hispano-americana. Estas sabias y bellas frases han suplido el imposible de dar en voces exactas, fieles, la arquitectura y el impulso fervoroso de los grandes pabellones donde está reunido el esfuerzo secular de la raza. Que sea así lo explica, como decíamos, la superioridad del conjunto que escapa a toda otra concepción que la real y duradera. Sin embargo, el espíritu español sabe percibir el fondo de tanta grandeza: lo adivina en la sensación de formidable potencialidad que recoge de todo lo dicho alrededor de la Exposición de Sevilla; y lo adivina, también, en la conducta digna y condescendiente del gobierno del general D. Miguel Primo de Rivera, más explícita y noble en ocasión de los fastos que celebra la raza.

En tal sentido no dejará de ser sugestiva nuestra primicia de que el Directorio tratará dentro de pocos días la iniciativa de D. Enrique González García para que los prófugos y desterrados españoles puedan visitar su patria en estos momentos.

La locomotora lanzó un silbido autoritario y el tren echó a rodar cachazudamente, estremeciéndose con un sacudimiento lento y suave, como un desperezo; luego aceleró su marcha, los coches pasaron veloces unos tras otros, con sus ventanillas iluminadas, por las cuales se abocetaban perfiles borrosos de viajeros, y al fin el expreso desapareció en la vuelta del camino derramando esa tristeza indefinible que deja tras sí todo lo que huye...

Allá lejos, sepultadas en la inmensidad tenebrosa de la noche, quedaba la estación con sus cuatro paredes renegridas por el humo de las máquinas, su flaca techumbre de pizarra y su miserable andén de apeadero provinciano, iluminada por una linterna colgada junto a un reloj.

Dentro, en el saloncillo destinado a la carga y descarga de los equipajes, había un hombre y una mujer. Ella, acurrucada contra el muro, entre un maletín de viaje y un lío de ropas, permanecía inmóvil, el rostro inclinado sobre el pecho, procurando conciliar el sueño; él, menos fatigado o más impaciente, paseaba de un extremo a otro, con las manos metidas en los bolsillos de un viejo gabán que casi le llegaba a los talones. Fuera resonaban los silbidos del viento y el murmujeo de los árboles que agitaban en la sombra sus ramas escuetas.

De pronto el individuo del gabán interrumpió sus paseos parándose delante de la mujer que dormía.

—¿Sabe usted — dijo — a qué hora pasa la diligencia para Almería?

Ella levantó la cabeza: era una vieja con un semblante que acaso fué hermoso, pero que los años estropearon, dejándolo marchito y enjuto como un bagazo.

—Creo — repuso— que sale de aquí a las cinco. La diligencia que yo he de tomar, parte a la misma hora.

El no contestó y reanudó su paseo, andando a largas zancadas, pisando recio para ahuyentar el frío que le atería los pies. Era un viejo de mediana estatura, con rostro simpático y un continente imperativo y desembarazado de gran señor, que parecía protestar de la horrible estrechez que acusaban la raridad y el mal pelaje de sus vestidos.

Pasaron algunos minutos y el desconocido volvió a prender la hebra con la viajera. Hablaban lentamente, como a la fuerza, cual si de todos los males que sufrían el de la conversación fuese el menor. El iba a Lucainena de las Torres; ella a Lubrín.

—¿De dónde viene usted? — preguntó la vieja.

—De Buenos Aires.

—Allí he vivido yo algunos años... Ahora vengo de Madrid... He viajado mucho...

—Yo, también.

NOCHE

Por Eduardo Zamacois

Hablando, hablando, vinieron en conocimiento de que la suerte les había llevado casi por los mismos derroteros: los dos estuvieron en París, en Londres y en América... y aquellas coincidencias provocaron entre ellos una repentina corriente de simpatía.

—En la fecha a que usted se refiere — decía él — yo trabajaba en el teatro Español con don José Roldán.

Ella lanzó un grito de sorpresa.

—¡Cómo! — exclamó — ¿usted conocía a Pepe?

—Muchísimo; fué mi maestro.

—Y a Rosario Molina?

—También. ¡Pobrecita!... Murió estando yo en París...

y suave contento que mútuamente se proporcionaban.

—Indudablemente — exclamó ella, — nosotros nos conocemos; usted se llama...

—Mariano Guzmán.

—¡Mariano Guzmán! — repitió la anciana cruzando las manos; — ¡Oh, sí!... Hemos hablado muchas veces en el estudio de Daniel... Mas... ¿cómo conocerle a usted después de tantos años?

Le miraba maravillándose de encontrarle en aquel sitio y tan viejo, con su gabán raído y salpicado de manchas, sus zapatos desgobernados y su rostro de hombre muy vivido, macilento y triste... El la observaba adivinando

EN LA ESCALERA DE MARMOL

En la escalera de mármol
de ventanales polícromos,
Inés de la Melancolía
se hubo de encontrar conmigo.

Bajaba por la escalera
aquel dorado domingo.
Dos alas de mariposa
la blanca toca de lino,
el hábito azul obscuro,
en el pecho un crucifijo,
y al caminar, el rosario
iba haciendo un manso ruido.

Yo subía y la miré
por unos instantes, fijo.
Eran los ojos azules,
de un claro celeste místico,
y era blanca, blanca, blanca,
como las hostias y como los lirios.

Ella bajó la cabeza,
y al proseguir su camino,
se filtró un rayo de sol
por un encarnado vidrio
y hasta las blancas mejillas
de rosa llegó teñido...

Esto ocurrió en la escalera
de ventanales polícromos...

B. FERNANDEZ MORENO

La viajera se había levantado y miraba a su interlocutor azorada.

—Claro es — dijo tras una breve pausa, — que si conoció usted a Rosario, conocería también a su íntimo amigo Daniel Santana, el pintor...

—¿Cómo no?... — interrumpió el anciano admirado de que aquella vieja tan mal traída por la suerte le hablase de tantas personalidades ilustres; — Daniel y yo nos quisimos como hermanos...

Contempláronse perplejos, agradeciéndose el inesperado bienestar

sus pensamientos.

—¿Y usted — preguntó — quién es?...

—Elisa Marcial, la modelo que tuvo Daniel para sus cuadros *Safo* y *Venus* dormida, premiados con medalla de oro en la Exposición de París...

Poseído de verdadera emoción, Mariano Guzmán se eproximó a su interlocutora para examinarla mejor.

—¡Elisa, Elisa! — repetía; — ¡ah, qué cambiada está usted!... ¡Usted es la mujer más hermosa que he conocido!...

Hablando así la cogió familiarmente por los hombros, admirado de verla tan vieja, con su frente rugosa, sus ojos hundidos y su semblante alargado y marchito por el sufrimiento...

—No hable usted, Mariano — repuso ella en voz baja, — de mi antigua belleza, ya que ahora sólo soy la caricatura lamentable de lo que fuí; los años crueles trocaron mi gentileza en fealdad, mis ilusiones en desencantos, y en miseria mi fastuosa opulencia de otros tiempos. ¡Oh!... de Elisa Marcial ya no resta nada, nada... ¡Ni el recuerdo!

El viejo actor levantó los hombros.

—¡Ni un recuerdo! — murmuró; — dice usted bien... Tampoco se acuerda nadie de mí!...

Continuaron hablando repitiendo repitiendo nombres de camaradas muertos y evocando sus efímeros triunfos de viejos ídolos abandonados.

Sin hogar, sin familia, sin otra esperanza que la de hallar en sus pueblos algún pariente que les amparase hasta que viniese para su desvalida vejez la hora del eterno descanso, olvidaban su porvenir hambriento y desnudo para mejor evocar aquel pasado luminoso, tan fértil en aventuras y en ilusiones, que llenaba su vida.

Mariano Guzmán, cuyo nombre figuró en las páginas más brillantes de nuestro teatro, era una especie de dios caído. Hubo un tiempo en que la fortuna le acarició y encumbró como a hijo predilecto; los mejores dramas fueron estrenados por él; los actores imitaban sus actitudes, su voz, sus gestos, y rindió a muchas mujeres prendadas de su gallarda apostura y altos merecimientos artísticos... Después, la estrella de sus aventuras empezó a eclipsarse: vinieron los disgustos con compañeros poderosos que le envidiaban, las malas contratas, las excursiones provincianas que tanto gastan y achabacanan a los buenos artistas, los viajes a América, los amores desgraciados que exprimen el alma... Insensiblemente fué quedándose sin figura, sin memoria y sin voz; ya no hallaba aquellas exaltaciones trágicas, aquellos gestos sublimes con que antaño vencía la silenciosa hostilidad de las muchedumbres; su genio declinaba. Cuando regresó a Madrid, el público no quiso reconocerle y tuvo que marcharse. Desde entonces, la vida fué para Mariano Guzmán el descenso humillante de un calvario interminable; siempre rodando de un lado a otro, siempre bajando; hoy un poquito, mañana un poco más... Y al fin cansado de tan largo combate, sin dinero, sin hijos, volvía al miserable pueblecillo de donde cincuenta años antes lo sacó su ambición, con la vaga esperanza de hallar un hermano labrador a quien nunca había escrito...

Mientras el anciano hablaba, su interlocutora hacía con la cabeza signos melancólicos de asentimiento.

Ella también había luchado y contribuído eficazmente a la elaboración de muchas preclaras reputaciones artísticas.

Elisa Marcial fué una de las mujeres más hermosas de su época: la copia de los cuadros que su guapeza inspiró se vendieron a millares, y no hubo aficionado para quien el cuerpo de la célebre modelo tuviese secretos: arrogante y esbelta como la Duval, de Gérome; voluptuosa y sensual como aquella Adriana, que el genio de Rallí ha legado desnuda a la posteridad: con sus hombros redondos, sus pechos duros de virgen salvaje, su talle anillado y sus caderas amplias y mórbidas de mujer ardiente... Elisa recorrió las principales ciudades europeas, luego fué a América ,en brazos de un millonario brasileño, y cuando regresó a Madrid, muchos años después, comprendió que la brillante novela de sus triunfos terminaba.

Había menos luz en sus ojos cansados, menos frescura en sus labios, menos gallardía en su cuerpo. Varios de sus amantes eran muertos; otros la trataban con cierto aire de compasiva protección, como a una vieja amiga con quien sólo puede hablarse de lo pasado; algunos, cuando la encontraban en la calle, miraban a otra parte, esquivando el trabajo inútil de saludar a una mujer fea...

—El tiempo — agregó Elisa Marcial — había dispersado la alegre comparsa de mis amigos y era inútil querer reconquistarles. En ese Madrid, testigo de mis triunfos gloriosos, quise morir; pero la miseria no me permite satisfacer este último capricho y regreso a mi pueblo, donde me espera una sobrina de quien guardo algunas cartas...

No dijo más y aquellos dos náufragos ilustres a quien el espantoso vendaval de la vida arrojaba sobre la misma playa, se contemplaron en silencio; un silencio elocuente, lleno de confesiones. Después, él preguntó:

—¿No tiene usted hijos?

—No.

—Yo tampoco...

Sus amores, como sus triunfos artísticos, fueron estériles. Aquello parecía una maldición.

—No nos queda nada — agregó Guzmán; — nada... ¡Ni siquiera un hijo que nos recuerde!

Permanecieron mudos, pensando en aquel Madrid lejano que aplaudió sus victorias y encumbramientos, y que al verles viejos les arrojaba lejos de sí. Los escritores pueden holgarse de haber compuesto un libro que perpetúe su nombre: ¿quén resta a los actores muertos, y qué de las modelos a quienes el tiempo privó de encantos?

—Todo ha concluído para nosotros — murmuró Guzmán.

—¡Todo — repitió Elisa!

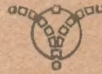
Hablando así, aquella mujer a quien un millonario brasileño sedujo en París envolviéndola en pieles de marta, tiritaba bajo sus viejos vestidos agujereados. De repente se oyó ruido de caballos y de coches que se acercaban.

—Ahí están las diligencias — dijo el actor, — vámonos.

Y salieron. En la penumbra indecisa del amanecer aparecía la carretera que se alejaba serpeando hacia el horizonte neblinoso. A la izquierda quedaba la vía férrea sepultada entre dos ribazos, semejante al cauce de un enorme torrente seco. Las diligencias sólo se detenían allí algunos instantes, los indispensables para recoger las cartas que hubiese. Los dos ancianos se contemplaban con angustia, deplorando separarse después de haber reverdecido tantos recuerdos. Sin embargo, era preciso.

—Adiós, Mariano — dijo ella, — hasta otra vez...

Sus ojos brillaron cubiertos por un velo de lágrimas. El apretó convulsivamente entre sus manos la mano flaca y yerta de su interlocutora y se alejó sin responder, avergonzado de que le viesen llorar. Cada uno parecía llevarse el pasado del otro. Cuando las diligencias partieron en opuestas direcciones, los dos viejecitos, asomados a las ventanillas de sus vehículos, agitaron sus pañuelos dándose el último adiós, dejando tras sí esa melancolía inexplicable de todo lo que huye...





—Vamos, decidete; si te gusta, cómpralo.

—No, si no me gusta; pero espérate, que me falta poco para acabarlo.

EL MATRIMONIO

El matrimonio es de todas las cosas serias, la más divertida. — BAUMARCHAIS.

* * *

¡El matrimonio!: lo creo el mejor, el más legítimo y hasta el más cómodo de los estados; lo creo bueno bajo el punto de vista religioso y social y hasta bajo el punto de vista (Dios me perdone) del egoismo. — CASTRO y SERRANO.

* * *

El amor nace de una impresión, pero el matrimonio, debe nacer del amor. — SEVERO CATALINA.

* * *

El hombre sin mujer y sin hijos, estudiaría mil años en los libros y en el mundo el misterio de la familia sin llegar jamás a comprenderlo. — MICHELET.

* * *

El matrimonio procede del amor, como el vinagre del vino. — BIGRON.

* * *

Para conjurar la borrasca de las pasiones, el casarse con una buena mujer es un puerto en la tempestad; pero un matrimonio desacertado es una tempestad en el puerto. — PETIT SENN.

EL AGUA SALADA

Existen oficios muy penosos, como el de minero ,a causa de la elevación de la temperatura, donde tiene que realizar sus trabajos, siendo frecuente en todos ellos una deprimente fatiga, contra la que el organismo trata de defenderse mediante una exudación en abundancia, que si se prolonga también resulta perjudicial, ya que el exceso de calor que provoca incita a los obreros a proporcionarse una bebida alcohólica, buscando el excitante momentáneo que les haga recuperar las fuerzas necesarias para seguir en su faena.

En el sudor, que no está compuesto exclusivamente de agua, sino de ciertas toxinas, cuya expulsión resulta útil, se arrastra también una parte de cloruro de sodio, beneficioso para la sangre, del que se halla saturado.

Dos sabios ingleses y notables profesores K. Noville Moss y el doctor J. S. Holment, han atribuído a la eliminación excesiva de aquella sal en las prolongadas exudaciones el decaimiento del organismo que produce inmediatamente la fatiga y la depresión que sufren los que operan en las minas de carbón a temperaturas elevadas y lugares profundos.

Algunos mineros se prestaron voluntariamente a una experiencia: decidieron no beber durante el trabajo más que agua ligeramente salada (dos a tres gramos por litro), afirmando después que se hallaban en condiciones de soportar mejor cualquier esfuerzo, a pesar de la terrible caldeación de la atmósfera.

Otras experiencias realizadas por sir Joseah Coust lograron también un feliz éxito, de las que dió cuenta a la "Institución of Minning Enginers", de Londres.

Para dicho resultado unos mineros y unos fogoneros que manipulaban a una temperatura de 37 grados se limitaron a ingerir, durante su ocupación, grandes vasos de agua un poco salada.

La experiencia duró un mes, y todos los obreros se encontraban perfectamente, menos cansados al finalizar sus tareas que antes de aquel régimen especial, cuyo método debe preconizarse, ya que, entre otras ventajas, reúne la de ser económico.

La venganza de la hoz

Por Manuel Amor Meilán

Todas las mañanas después de ultimados los más perentorios quehaceres de la casa, salía Pepiña camino del prado, con la brillante y acerada hoz en la diestra mano, a recoger para el ganado no flojas cargas de fresca hierba que crecía en aquél, orillas del regato "do Zoqueiro", entre pintadas amapolas, cuyas hojas plegaba el viento al acariciarlas, al mismo tiempo que rizaba como movibles ondas los altos tallos de las hierbas, en las cuales, todavía temblorosas, brillaban a los primeros rayos del sol las gotas del rocío.

Iba no pocas veces sola, y algunas también acompañábala Perucho, un rapaz hermano suyo, de poco más de cuatro años, pero avispado y listo como él solo.

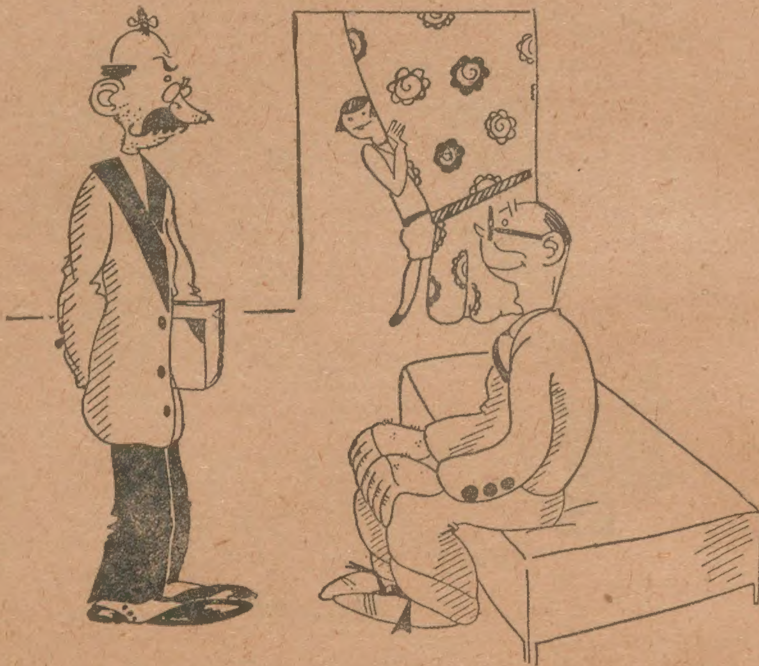
Por Perucho sabíase que en la "corredoira" juntábase a Pepiña Andrés, el hijo del maestro, noticia que luego confirmábase con el testimonio de algunos vecinos que los veían pasar en grata compañía, parrafeando en voz baja y sólo atentos a aquellas conversaciones, que para uno y otro debían ser igualmente agradables, según lo que en ellas iban abstraídos.

Y no era mala, en verdad, la pareja que Pepiña y Andrés hacían .Ella, garrida, alegre siempre, esbelta, con esa esbeltez natural, ajena a los caprichos e imposiciones de la moda; morena y de rosadas mejillas, rojos y carnosos labios que eran cárcel de dulces promesas y nido de amorosas tentaciones. El, lanzal, fuerte como un castillo y con una verbosidad que atraía a la muchacha, envolviéndola en sus redes peligrosas; mal avenida con la vida de la aldea, no obstante haber en ella nacido, en sus ademanes, en su conversación y en su manera de vestir observábanse resabios de la ciudad adonde alguna que otra vez había ido en compañía del secretario o de algún análogo personaje de aquel término.

Y digo que hacían buena pareja Pepiña y Andrés, porque tal era la opinión general entre sus convecinos: el maestro no lo pasaba mal del todo, y en cuanto a los padres de la muchacha, si no eran ricos, si no podían aspirar con justicia al título de tales, eran por lo menos de aquellos campesinos gallegos de los que se dice en el gráfico y pintoresco idioma del país, que "votaban pan a o caldo."

No era Andrés el primer cortejo de Pepiña. Otros habíanle precedido, que era apetitosa la muchacha y no faltaban en el pueblo desocupados rondadores; pero ninguno había sabido engolosinarla como el hijo del maestro, y cosa era llana y corriente, repetida hasta la saciedad por aquellas gentes que no pasaría mucho tiempo sin que el maestro pidiera a Pepiña para mujer de su hijo.

Desconfiado de suyo es el gallego, y no faltaron, por ende, gentes maliciosas que llamasen a parte a Pepiña de cuando en cuando, y le hiciesen ver los peligros a que se exponía dejándose así acompañar a todas horas por Andrés, hubiese o no gente delante.



—Y usted ¿con qué cuenta para mantener a mi hija?
—Tengo una fábrica de maderas.
—¿Al por mayor?
—Más bien al por menor. Es una fábrica de escarbadientes.

A todas estas reflexiones, sonreía ella, dejando al descubierto dos hileras de blanquísimos dientes, mostrando un lindo hoyuelo, que la sonrisa abría en la comisura de sus labios, y diciendo con notable desenfado y profunda convicción:

—No tengo miedo. Conózcole yo mucho al rapaz.

—Así y todo, Pepiña... Donde menos se piensa... Tú te atreves a ir sola con él al prado. De noche os estáis parrafeando hasta tarde en la cancela.

—¡Bah! respondía ella encogiéndose de hombros. Al prado vamos de día y...

—Pero a veces, sabes que por la corredoira no pasa un alma.

—Pues que pasen, que nadie les estorba el camino. Además, ¡sé que yo!...

—¡Si no lo digo por ti, bobiña! Pero Andrés es hombre y...

—¡Déjense de lerias! Andrés no se atreverá mientras no nos casemos...

—No conoces a los hombres.

—¿Y qué? No llevo conmigo la hoz? Pues asgúrole que como el rapaz se desmandara...

—No seas loca, ¿ibas a segarle el pescuezo?

—¡Quién sabe!

—¡Ave María de Gracia, Pepiña! Parece que tienes el enemigo.

—Lo que tengo es calientes las orejas... ¡Cuidado que "vostés" también, en empezando a murmurar!...

* * *

Pasábanse así los días. De cada vez anudábase más fuertemente el amoroso vínculo que unía aquellas dos voluntades. A todas partes adonde Pepiña fuese, era obligada la presencia de Andrés. Era su sombra más que su cortejo. ¿Había romería? Allá se iban los dos muy compuestos y emperejilados, luciendo ella la blanca cofia y él su chaqueta de astrakán y sus zapatos con punteras y "repinicos", delante de los viejos que los veían ir con íntima satisfacción y contento. ¿Había "ruoda"? Ya se sabía que nadie sino Andrés sacaba a Pepoña. ¿Había "fiada"? Allí estaba el hijo del maestro, mosconeando al oído de la muchacha que, distraída, dejaba a veces caer la rueca sobre su regazo. ¿Iba ella a la ciudad? Pues Andrés había de buscar pretexto y forma de acompañarla.

Con estas y otras cosas, no faltaban asuntos a la maledicencia, desarrollada siempre en sumo grado en caseríos de escaso vecindario. Y más en aquél donde no faltaban mozas que hubiesen echado el ojo a Andrés, ni mozos que envidiasen la fortuna de éste en sus amoríos con Pepiña.

Una mañana de agosto salió ésta, como de costumbre, a recoger hierba para el ganado. La hoz, que llevaba como siempre en la diestra, al ser herida por los rayos del sol, lanzaba vivos reflejos que ofendían a la vista. En la corredoira encontróse con Andrés.

El sitio era lo más hermoso que puede imaginarse. A uno y otro lado alzábanse las matas de zarzas, entre las cuales vistumbrábanse mal ocultas enredaderas silvestres. Por entre las menudas flores azuladas y amarillas revoloteaban en locos giros las mariposas, esas otras florecillas de los aires. Mitigando los ardores del sol estival, tendían por sobre la corredoira estrecha y tortuosa sus toldos de verdes hojas y sazonados frutos los árboles de los colindantes plantíos, dejándose entre sus anchas copas y las espinosas zarzas ver el cielo, de un azul de záfiro, no empañado por la más ligera nube, y sembradas a lo lejos aquí y allá, las humildes casas que semejaban blancas palomas que posasen su vuelo en aquellos lugares.

Respirábase fuego, que parecía diluído en aquella atmósfera enervante. Las plantas, en su completo desarrollo, inundaban el ambiente de fuertes aromas que, al ser aspirados, dilataban los pulmones. Todo parecía convidar a la alegría y a la vida.

HUMILDAD

Señor, gracias Señor por el bien que me has dado;
poco me sobra o falta. Tengo lo suficiente
para vivir en paz. No ambiciono otra cosa
que todo lo que hoy tengo lo guarde para siempre.

Que no me falte nunca la caricia y el beso
de la mujer, que es don de tu bondad celeste;
una flor, una rama, este gorgear de pájaros
y el silencio fecundo flotando en el ambiente.

Un búcaro y un pan sobre mi mesa humilde,
un reguero de sol que mi casita alegre,
un sueño, una sonrisa, un verso, una canción
y tu amor, que me hará más hermosa la muerte.

Alfredo R. BUFANO

Sofocada, jadeante de calor, arrebolado el rostro y dejando caer al descuido sobre sus hombros su pañuelo de vivos colores; mal ceñido su cuerpo y dominada por una languidez invencible, llegó Pepiña a la corredoira. Descalza de pie y pierna, dejando ver algo más que el tobillo, con los brazos lasos y caídos a lo largo de su cuerpo, fulgurantes sus ojos, exuberante de lo que bien pudiera llamarse la alegría dee vivir, Pepiña parecía la musa aldeana que inspiró a tantos poetas gallegos.

Salióle Andrés al encuentro, y desde lo alto del vallado de zarzas y espinas púsose de un brinco en la corredoira; estrecha ésta y accidentada, y poco ágil por lo visto el mozo, al brincar en un tris estuvo que no diese en tierra con su cuerpo, y en ella hubiera dado, al no haberse apoyado, al vacilar, en el robusto cuerpo de la aldeana.

—¡Vaya que el diablo!..., dijo ésta sonriendo. Otra vez no has de ser loco. Por poco si voy al suelo.

—Sentiríalo por tu cuerpo, que no lo hizo Dios para dar contra los guijarros deel camino.

—¡Bah! El cuerpo de las mujeres...

—Estimo yo más el tuyo, que nada en el mundo. Eso bien lo sabes. ¡Y que no será buena la vida que te dé yo cuando seas mi mujer!

—Sí, como si lo viera; del monte al prado y del prado al molino. ¿O crees tú que pienso yo andar en coche como las señoritas de la ciudad?

—Algunas lo tendrán con menos méritos que tú.

—El mérito mío, Dios que me lo dió sabrá como ha de pagarse.

—Y yo también que lo sé. Cuidándolo como el de nadie y tratándolo como el de una reina; que más reina eres para mí que todas las que en el mundo gastan corona.

—Sí, lo que es "fantasía", gracias a Dios no te falta.

—Ni cariño tampoco.

* * *

Llegaron en esto a un hermoso "cómaro" casi oculta en la corredoira. Formaba allí el vallado un ribazo, que parecía pintiparado para las amorosas confesiones, para esas dulces explosiones del verdadero amor, de la veerdadera dicha, que gusta de vivir ignorada y oculta.

—Mira, Pepiña, sudas a hilo. ¿Quieres que descansemos un momento?

—Ya está cerca el prado, y por gotas más o menos de sudor...

—Sí; pero allí no tienes sombra y aquí sí, y no quiero yo que el sol te queme.

—¿Ya empiezas a cuidarme?

—No, empiezo a tener celos.

—¿Del sol?

—No sería extraño que se enamorase de un lucero como tú.

Grata era para Pepiña semejante conversación; y su cuerpo, en cuyas venas bullía ardiente la sangre de moza, pedíale sombra y reposo. Así no vaciló en aceptar la proposición de Andrés. Sentóse, pues, sobre la mullida hierba del ribazo, y con la punta del delantal comenzó, como con un abanico, a hacerse aire. Andrés sentóse a su lado, cerca, muy cerca, tanto que en medio de aquel profundo y majestuoso silencio de la naturaleza, casi casi podía escuchar el uno los latidos del corazón del otro.

Y fuertes y acelerados debían ser los de Pepiña, porque su seno se alzaba y deprimía con inusitada violencia. Andrés contempló un momento a su amada que, distraída, entreteníase en agujerear el suelo con la afilada punta de la hoz.

Alzó súbitamente la muchacha sus grandes y negros ojos, y sus miradas encontráronse con las ardientes y apasionadas de Andrés. Algo debió leer en éstas, que bajó Pepiña las suyas confusa y ruborosa. El mozo entonces aplicó sus labios a las mejillas de la muchacha y dejó en ellas un beso, el primer beso de amor...

Pepiña miró a todos lados azorada. Nadie lo había visto.

Entonces quiso volver airados los ojos al mozo, y al tropezar con el rostro de éste, sintió desfallecer toda su energía, y con una sonrisa entre dulce y amarga los bajó de nuevo más ruborosa todavía.

—Es que te limpiaba el sudor, dijo el muchacho.

—¡Buena manera!, dijo ella con gran trabajo y sin alzar la vista.

—Pues es la más dulce, añadió él.

Y ciñendo con su brazo el cuerpo de Pepiña, continuó su grata tarea de secar con sus besos las gotas de sudor, que esmaltaban, como gotas de rocío, el semblante de la moza.

* * *

Esta regresó a su hogar tarde ya. Apenas si sobre su cabeza podía sostener la carga de hierba, con ser ésta menor que de costumbre. Huyeron los colores de sus mejillas; en todo su cuerpo había una latitud y una dejadez que la asustaban; apenas si podía andar, y en su pecho sentía sí como un nudo, muy apretado, que la ahogaba, que no la dejaba respirar y que se deshizo al fin en lágrimas.

Tenía fiebre, su frente abrasaba y sus manos estremecíanse al contacto de un sudor frío que le repugnaba. Apenas llegó a su casa, interrogada por su madre, no supo disculpar su tardanza. Arrojó el pesado haz de la hierba, y como movida por un resorte, dejóse caer en una desvencijada silla, rompiendo en copioso llanto.

...Allí, a sus pies, estaba la plateada hoz, pero no salpicada con la sangre del seductor, como había prometido, sino regada con sus lágrimas amargas y tristes...

EL ANUNCIO EN LA ANTIGÜEDAD

Los antiguos eran grandes anunciantes.

En Tebas se han encontrado hojas de papiro de hace tres mil años, dando cuenta de evasiones de esclavos y ofreciendo recompensas a aquellas personas que los capturasen.

También en las ruinas de Pompeya han sido descifrado por los arqueólogos anuncios muy antiguos.

VERDAD

Semejantes a dos patriarcas arruinados por la vejez y el exilio, hay dos mendigos allí, en el umbral del gótico y claustrado pórtico de una iglesia.

La brisa de marzo, como una Antígona cósmica, consuela a aquellos dos ancianos, mesándoles las barbas fluviales y acariciándoles las sarmentosas manos.

Junto a ellos se detiene un hombre—acaso un niño—; lanza sobre el suelo, sonoramente, una moneda que él mismo vuelve a tomar y se lleva consigo, mientras les dice:

—Ahí tiene ustedes esa moneda para los dos.

....Extraño resplandor parece animar aquellos ojos definitivamente oscuros.

Rápidos, como dos rayos convergentes, los mendigos buscan, juntos, con imperativa rapacidad, la moneda imposible.

Como ninguno la encuentra, cada uno cree que el otro la ha cogido y guardado para sí solo.

Y las manos de cada uno se tienden, ferozmente crispadas, como otros tantos crustáceos homicidas, hacia los bolsillos del otro, hacia el cuello del otro.

Y, así, les cae la noche encima, mientras ellos se lanzan, con horrible sinceridad, este recíproco apóstrofe:

—¡Ladrón!

R. PEREZ ALFONSECA

EL TRIUNFO DE LA VIRTUD

Por Pedro Barrantes

Mirac, el pintor más ilustre de su época, llegó a orillas del lago.

La luna comenzaba a elevarse en el horizonte. Las estrellas iban apareciendo poco a poco sobre la sábana azul del cielo, y brillaban con trémula fosforescencia sobre la superficie de las ondas.

Todo incitaba a amar en el comienzo de aquella noche clara y tibia. La arboleda ondulaba con estremecimientos voluptuosos, las flores exhalaban emanaciones penetrantes, los insectos de alas luminosas zumbaban bajo el césped...

Mairac, conmovido ante el soberbio espectáculo, dejó vagar su fantasía por la región indefinible de los sueños. Luego, levantando la noble frente, adelantó hasta tocar con el pie el agua que, rizada por la brisa, lamía la arena, y con los ojos fijos en el centro del lago, pronunció estas palabras: "¡Oh ninfa protectora de mis dulces esperanzas y mis risueñas ilusiones! ¡Bondadosa deidad que siempre guiaste mis pasos por el camino del bien y fortaleciste mi corazón con tus consejos: acude una vez más a iluminar mi frente! ¡ Yo te invoco!".

Mairac calló. Una bruma opalina empezó a extenderse sobre el lago: de sus profundidades surgió un canto de armonía dulcísima, el aire se iluminó con una luz sonrosada como un amanecer sobre el valle del Carmelo, y del seno de las ondas, blanca y grácil, emergió la ninfa, la paz en los ojos, la sonrisa en la boca, sobre la espalda el haz flotante de sus cabellos rubios de los que las gotas caían como perlas.

Mairac arrodillóse y clavó su mirada en el rostro alabastrino de la ninfa.

—¿Levántate y dí qué deseas?, exclamó ésta con un acento parecido a la vibración del salterio.

Mairac se puso en pie y dijo:

—¡Oh hada, misteriosa protectora mía! Yo espero de tus maravillosos dones una nueva gracia, que quizá será la más grande de cuantas de ti he recibido.

—Habla, repusó la aparición.

—Mi alma, continuó Mairac, desfallece de tristeza y abatimiento por no encontrar otra alma que la comprenda; la hiela el frío de la soledad y el tedio, muere por falta de calor y de luz como una rosa de los países del sol arrojada entre la nieve de las alpinas cumbres. Amo a un ideal, y ese ideal sólo existe aquí, bajo mi frente. Le sueño puro, grande, bello, sin doblez ni falsía, animado por los nobles impulsos y capaz de los más grandes sacrificios; pero ¡desdichado de mí!, no encuentro la encarnación de mi quimera aunque la busco con el ciego afán del desesperado. Por eso vengo a ti, ¡oh hada! Concédeme el supremo favor que aguardo de tu poder omnímodo, haciendo que mi alma encuentre su compañera.

La ninfa, después de una pausa dijo:

—Ve a recorrer extranjeras naciones, extraños pueblos; y cuando hayas hallado tres mujeres que por tres cualidades distintas te hayan hecho sentir diversas impresiones, vuelve. Yo haré que las tres te amen, y velaré por ti impidiendo que tu corazón se interese por ninguna de ellas hasta que hayas consultado conmigo.

Sumergióse el hada, se disipó la bruma, desapareció la luz misteriosa y recobraron su habitual aspecto las orillas del lago.

* * *

Sobre él pasaron setecientas cincuenta lunas sin que el fenómeno hubiera vuelto a reproducirse.

En el comienzo de una noche clara tibia, en que todo incitaba a amar, en que la arboleda ondulaba con estremecimientos voluptuosos, las flores exhalaban emanaciones penetrantes y los insectos de alas luminosas zumbaban bajo el césped, Mairac, conmovido, llegaba a las orillas del lago.

Adelantó hasta tocar con el pie el agua que, rizada por la brisa, lamía la arena, y con los ojos fijos en el centro del lago pronunció estas palabras:

"¡Oh ninfa protectora de mis dulces esperanzas y mis risueñas ilusiones! ¡Bondadosa deidad que siempre guiaste mis pasos por el camino de bien y fortaleciste mi corazón con tus consejos: acude a mi voz! ¡Yo te invoco!

Mairac calló. Extendióse la bruma, se oyó el canto, incendióse el aire, y como la vez primera, el hada blanca y grácil emergió de las ondas.

Arrodillóse Mairac y clavó su mirada en los ojos deslumbradores de la aparición.

—Levántate, exclamó ésta con su acento parecido a la vibración del salterio. ¿Cumpliste mi mandato?

Mairac se puso en pie y dijo:

—Sí, misteriosa protectora mía, y quiera el destino que tus maravillosos dones me saquen del dédalo de sombras en que estoy.

—Habla, repuso el hada.

—Hice cuanto me ordenaste, continuó Mairac. Recorrí naciones extranjeras, extraños pueblos. Las setecientas cincuenta lunas que han iluminado estos contornos me han sorprendido visitando distintas ciudades, opuestas regiones. Mi vida durante este tiempo ha sido un viaje continuo.

Partí hacia el Norte. Austria soberbia, Inglaterra fabril, Alemania nebulosa, Dinamarca triste, Rusia helada, Suecia y Noruega estériles, pasaron ante mis ojos como sombras, sin dejar rastro en mi corazón ni en mi mente sus hermosuras yertas que ni excitan los sentidos ni conmueven el alma.

Pero llegué a los países del Mediodía, allí donde quema el sol y arde el viento. La ciudad de mi

¡HERMANO, SE HOMBRE!

Tu majestad de hombre sobre el honor descanse.
Tu fe sea un baluarte, tu nobleza un broquel;
y alza bien tu bandera para que no le alcance
el polvo del camino que levanten tus pies.

La austeridad de espíritu es tu insigne tesoro.
La dádiva rechaza del que te ofendió ayer,
porque quema las manos como el puñado de oro
que por su carne virgen recibe una mujer.

No claudiques. Respétate. No manches tu conciencia
traicionando tu idea con una inconsecuencia,
Es preferible hermano, antes de ser traidor,

vivir en la montaña la vida humilde y buena,
y apacentar rebaños, plañendo en la serena
dulzura de la tarde, la flauta del pastor!

* * *

No llegues nunca tarde, sabio, guerrero, artista.
Un minuto de atraso te puede ser fatal.
La vida es un eterno viaje de conquista,
no espera el tren expreso al que se queda atrás.

Llegar tarde, es lo mismo que declararse fuera
de combate, por falta de buena voluntad.
El Tiempo es inflexible. El Expreso no espera,
"adelante" es su meta y no vuelve jamás.

Ni las bravas tormentas, ni las noches sombrías,
ni escollos, ni peligros, quieren tus energías
para llegar a tiempo donde debes llegar.

Y si el camino es largo, hay que hacer el camino,
porque un minuto puede definir tu destino,
y un minuto es a veces toda una Eternidad!

* * *

Hermano: nunca ofendas a tu propia conciencia;
del tribunal supremo ella es único juez;
¡qué tristes son las noches de larga penitencia
que aulla en el insomnio el pecado de ayer!

Tu obra sea el reflejo del más noble sentido.
Sé fuerte. La derrota no te autoriza ser
cobarde: ni el triunfo, cruel con el vencido.
Quien sabe alzar el vuelo debe saber caer!

No seas como el humo que va donde va el viento.
Es virtud — y preciosa — poseer el talento
de saber siempre el sitio que se debe ocupar.

Y no hagas por un gesto de audacia el sacrifico
de un mártir, pues el negro madero del suplicio
no ha de sacarte a flote del naufragio moral!

Ovidio FERNANDEZ RIOS

arribada fué Atenas. Allí encontré la primera mujer que me impresionó. Era hermosa, la más hermosa de cuantas he visto en el mundo. El arco de sus cejas, el brillo de sus grandes ojos, la nariz arrancando recta de su frente, la boca pequeña de labios finos y sonrosados, las dos hileras de su dentadura, iguales y blancas, el cuello largo y ebúrneo, las formas redondas y esbeltas, alta de estatura y el continente majestuoso y reposado, me hacían compararla a las estatuas que en aquellos templos gentiles esculpió el cincel de mis inmortales artistas.

Arrebatado por la ola del vértigo, la seguí anhelante. Ella correspondió a mis miradas y me amó; pero en aquel amor encontraba yo algo que repugnaba la delicadeza de mis sentimientos, y era la llama de sus ojos, la voluptuosidad de su sonrisa y la ardiente violencia de sus palabras. Salí de Atenas, y atravesando continentes y surcando mares sin itinerario ni rumbo fijo, pasé como un relámpago por la alegre Francia, y crucé la viciosa Turquía, enervada por su sensualismo perpetuo. Después Italia se presentó ante mí, radiante de flores y de luz. En su agregia metrópoli, cuna de los césares, recibí la segunda impresión.

Aquella romana no era tan hermosa como la compatriota de Temístocles, pero me cautivó por el opulento fausto de sus trenes, por la magnificencia de su alcázar suntuoso alfombrado de pieles de león, por el lujo oriental de sus joyas. Yo no había visto cosa igual en la vida, y quedé deslumbrado ante aquellos esplendores capaces de eclipsar las regias grandezas de todos los nababes. A la primera insinuación, ella correspondió a mis miradas y, como la otra, me amó también. Me recibió en sus salones y fuí su confidente más asiduo. Pero, como en el otro, encontraba en este amor algo que no me satisfacía, y era el afán inaudito de ella por presentarme a sus concimientos, repitiendo mi nombre y ensalzando mi talento de artista, su indomable altivez y el olímpico orgullo con que divulgaba por todas partes los lazos que nos estrechaban. Abandoné Roma, partiendo con dirección a España, el espléndido país del heroísmo, las rosas y las mujeres bellas. En él recibí la tercera y última impresión.

Era una aldeana tan humilde como sencilla, tan joven como hermosa. Alta, esbelta, pálida, el negro cabello partido en dos mitades y recogido en lo alto de la cabeza, los ojos obscuros de mirada pura y tranquila, correctas las facciones, sonrisa grande impregnada de bondad, el jubón cerrado en el mismo nacimiento del cuello,y en su rostro una luz adorable, como si el rayo de un alma serena la iluminase constantemente. Su palabra era casta y pudorosa como el beso de un niño. Su corazón hermoso y profundo. Dios, sin duda, ha hecho el alma de aquella mujer con efluvios de algún astro sagrado. La vi, y como las otras me amó también... ¡Ah! ¡No lo olvidaré nunca!... Caí enfermo, estuve a las puertas del sepulcro, y cuando en mis noches pobladas de visiones horribles entreabría los ojos, la veía siempre a mi cabecera, con los ojos llenos de lágrimas, rezando por mí, las manos en cruz y la cara de Dolorosa... ¡Oh hada, sublime protectora mía! Tus órdenes se han cumplido. ¡Dime si el alma de algunas de estas mujeres es la que ha de ser la compañera de mi alma!

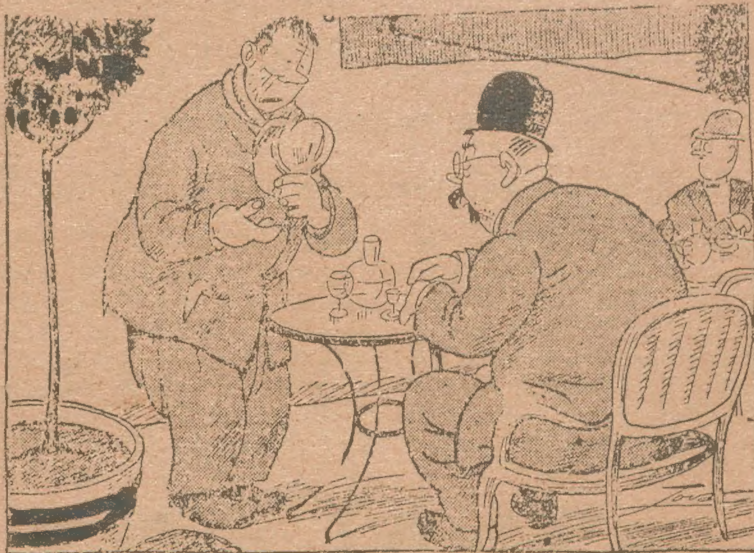
Calló Mairac. La ninfa contemplóle en silencio con una mirada llena de dulzura. Después exclamó:

—Desde la noche de tu partida, mi espíritu ha seguido tus pasos. He visto tu impresión ante la hermosura de la griega. Aquella no te quería más que con los sentidos; por eso había algo que te repugnaba en la lumbre de sus ojos, en la voluptuosidad de su sonrisa y en la ardiente violencia de sus frases...

Te he visto conmoverte ante la opulencia de la soberbia hija de Roma, cuyos áureos esplendores te deslumbraban. En ella no existía sino la satisfacción del amor propio, la futilidad de la mujer trivial que codicia por orgullo el nombre de un artista universalmente conocido.

Y he visto la convulsión de tu espíritu ante la otra, la sencilla, la modesta, la buena. ¡Esa es la que te quiere con el alma! ¡Esa tiene el alma compañera de la tuya! Ve a buscarla, que ella te espera y con ella serás feliz!, ¡con ella! ¡Con esa!, con la que veías en tus noches de fiebre a la cabecera de tu lecho, los ojos llenos de lágrimas, rezando por tí, las manos en cruz y la cara de Dolorosa...

UNA CORAZONADA



—¡Ay, caballero! ¡Yo nunca he conocido a mis padres!

—¡Dios mío! ¡Ni yo a mis hijos!

HOMBRE GUAPO

La sección X del Departamento de... allá por el año de mil ochocientos setenta y tantos, "estaba relajada", al decir del vecindario honesto. Y en verdad: el "relajo" había llegado a grado tal, que la policía, desde el comisario hasta el último guardia civil eran los primeros en no querer reconocer el sagrado derecho de la propiedad de los demás.

Como es lógico suponerlo, llegó la noticia a conocimiento del dictador Latorre; y éste, ni corto ni perezoso, ordenó que todos los componentes de la policía del incipiente pueblito fueran remitidos a la Capital para ser sometidos a la dura disciplina del Taller de Adoquines.

Cumplida la orden, el Jefe P. y de Policía, juzgó oportuno enviar al lugar en carácter de comisario, a un hombre de valor bien probado y que, por añadidura no conociera a nadie en la Sección en donde iba a actuar, en la cual, dicho sea entre paréntesis, abundaban los cuatreros de todo calibre.

—Usted, — le dijo al Jefe — debe conseguir allí mismo, un hombre para el puesto de sargento, quien deberá ser persona honesta y guapa. Hay que limpiar la sección de sabandijas, sin ninguna clase de contemplaciones para nadie.

Y allá marchó el hombre, dispuesto a hacer policía.

La primer medida que adoptó, fué publicar un bando, diciendo que precisaba para el cargo ya referido, un hombre sin tacha y sin miedo.

Después de haber sido rechazados varios aspirantes, cuyas estampas no satisfacieron al ojo psicólogo del nuevo comisario, se presentó a la oficina un hombre bien plantado, quien, por su desenvoltura, hacía presumir que no era de los que retrocedía ante ningún peligro.

Desde la puerta, en donde se detuvo, sombrero en mano, saludó, a la usanza campera..

—¡Ave María, señor Comisario!

—Adelante.

—Guenos días.

—¿Qué se le ofrece?

—Yo venía por el aviso de que precisaba un hombre...

—¿Y usted es ese hombre?

—Creo...

—¿Es guapo?

—Hasta aura, no he sabido recular...

—¿Es honrado?

—Presumo... De mi conducta, le podrán anoticiar los vecinos tales y tales.

—¿Y su guapeza la da a prueba?

—¡Es claro!...

El comisario, excelente tirador, no espero más; y sacando repentinamente su pistola "Laffouchet" de dos tiros, descargó sobre el atónito pretendiente, las dos balas, con las cuales le perforó el saco y el sombrero.

Asombrado el comisario por tanto aplomo del futuro sargento, que ni pestañeó siquiera ante el tiroteo, le dijo:

—Bueno, amigo, usted es el hombre que necesito para sargento. Acepte ahora este cóndor (moneda chilena de oro), en circulación de $ 8.82.

—¿Y esto pa qué, señor comisario?

—¡Pues hombre! Para que se compre otro saco y otro sombreso, que los suyos se los he estropeado...

—¿Y pa los pantalones?

—¡Yo no le he hecho nada a sus pantalones!...

—¡Velay comisario!... ¡Pero es el caso que yo sí, me he hecho!

Rómulo F. ROSSI

Montevideo.

UN PERRO POLIGLOTA

El maravilloso perro "Bouldewall", de propiedad de Mr. Tompkins, de Nueva York, que dentro de poco iniciará un viaje de exhibiciones alrededor del mundo, posee, entre varias otras habilidades, la de saber hablar.

El perro tiene un vocabulario que comprende unas trescientas palabras de inglés, francés, italiano y alemán.

Para un perro es un tesoro apreciable, sobre todo si, como afirman los periódicos neoyorquinos, las pronuncia con la mayor claridad.

El repertorio de "Bouldewall" solamente comprenden palabras monosílabas y algunas bisílabas; y todos los esfuerzos de su dueño de hacerla aprender palabras más largas han fracasado.

En cambio, es sorprendente la concordancia existente entre las palabras que pronuncia el perro y las preguntas que se le dirigen.

Venancio

Por B. González Arrili

Cuando Venancio visitó aquel lugar por primera vez — hacía ya diez años por lo menos — estaba en la edad feliz en que el corazón no terminaba nunca de enamorarse de toda cosa, ya que la facilidad de amor no parace más que reflejo de la juventud de mismo corazón. Así, no obstante ser el lugar aquel un pueblo casi aldea, con prerrogativas de ciudad y bronce prócer en la plaza tuvo para él mil atractivos diversos de muy difícil ponderación. Entre ellos — ¿cómo no? — las mujeres... Las mujeres para Venancio, a los veinte y cuatro años, fueron, sin excepción, bellas, encantadoras, deliciosas. La más modestita, aun con narices voluminosas, desproporcionados pies, o esguinces de pavo real en el andar, encontró un madrigal listo en sus labios, golosos siempre de besos. Por eso, nada más que por eso, las dominicales retretas de la plaza mustia, aquel monótono ir y venir de parejas y de grupos por los polvorientos caminos, oyendo cada media hora descuartizar un vals vienés o una marcha de caballer'a italiana, resultaban fascinadores para Venancio.

No faltó un domingo. A las cinco y tres cuarto de la tarde, cuando iban los músicos uniformados colocando pausadamente sus perniquebrados atriles al rededor de la farola grande que estaba en el centro mismo de la plaza, llegaba Venancio cepillado y engomado meticulosamente, y comenzaba su lento paseo.

No le faltó nunca el amigo servicial y atento — excesivamente atento y servicial — que sin preguntarle nada iba informándole de cuanto pudiera serle útil: nombre y edad de la rubia y la morocha, de la alta y de la gruesa, de la vestida de punzó y de la de los botines blancos. Si era necesario seguir la conversación por horror al silencio: lugar que ocupaba su casa, profesión del padre, nombre y pormenores de su prometido o de su 'simpatía'', y... — casi siempre esto era ineludible, — el rumor que sobre un desliz corría...

Al mes, con todos estos informes, sabía Venancio vida y milagros de las muchachas en edad casamentera que taconeaban en la plaza todos los domingos y fiestas de guardar, de cinco y tres cuartos a siete, horas prefijadas de común acuerdo para hacer el amor en el lugar, sin intervención, — ¡algo extrañísimo! — del entrometido comisionado municipal.

* * *

Allí fué, en aquel fastidioso ir y venir de muchachas solteras, — viejas, regulares y más jóvenes — y galanes de pelaje vario y divertido como una ronda de corral, allí fué donde Venancio creyó que su creciente escepticismo de Don Juan inédito naufragaba, enamorándose perdidamente de una rubia cimbradora, como todas las rubias que tuvieran aquel mirar celeste cielo... Porque la cosa no fué para menos, por mucho que una autocrítica severa le advirtiera de cuanto tenía en contra suyo el festejar a la rubia.



EL.—...al ver al león me senté tranquilamente, le miré a los ojos y no me hizo nada...
ELLA.—¿Y a qué lo atribuye usted?
EL.—No sé, no sé; como no fuese a que me senté en lo alto de un árbol...

Le fueron enamorando paulatinamente, primero, el andar garboso; en seguida, los ojos infantilmente picarones; después, la boca gruesa, fresca, rosadita, y el semblante de perfil fino y el bien formado cuello, de un blanco pálido, que le traía a los labios, como anticipo, en el beso ideal, una sensación deliciosa de morder a boca llena la fruta más sazonada...

Veíanse con intervalos de días, por falta de ocasión, en la austera costumbre pueblerina, alguna tarde, de manera fugaz, cuando ella asomaba sus rizos de oro por la enrejada ventana, y en misa, a media mañana del domingo, y en la plaza durante la semanal ronda de pavos...

Cuando la presencia de extraños solo les permitía el cambio rápido de unas palabras de salutación, los ojos, en su idioma antigramatical, se lo dec'an todo muy elocuentemente. Sin embargo, no les faltó la oportunidad de confesarse el cariño de los dos, y para los dos, inconmovible e invariable, ese *me quieres*, y *te adoro*, que se vienen repitiendo todos los enamorados desde que el mundo existe y que suena para cada uno a inédito, a cosa nueva y propia.

* * *

Venancio calculó mucho aquel cariño aunque se encuentre ilógico que a su edad lo hiciera. Lo ilógico no está reñido con la realidad, y esta historia es realidad pura, sin una sola tilde de cosa imaginada.

Tuvo siempre Venancio un gran temor a equivocarse con las mujeres. ¿Val'a o no valía una mujer acibararse para siempre el ánima? Los libros le habían dicho unánimemente que el amor desaparece que, si se acierta en la lotería, transfórmase el tal amor en otro amor... Importaba, pues, no errar.

Pero... ¡vayan al diablo los libros y los descalabros del prójimo cuyo ejemplo no sirve! Ese mismo amor que se va o se cambia por otro le puso la dichosa venda sobre los ojos, y tods los cálculos que hizo fueron con resultados felices. Todo estaba bien. Ni un defecto encontró, pues, para eso, precisamente, era la venda... La rubia era ideal. Bastaba verla, señor, para convencerse que no podía haber sobre la tierra mujer que más le conviniera. Aquella sería su compañera sin que enturbiara nunca un disgusto su vida. Se lo decía el corazón. Se amarían siempre...

* * *

¡Se amarían siempre! En ello pensaba un domingo de diciembre, y de retreta, en la plaza, en tanto aguardaba ver la rubia entre alguno de los grupos de muchachas que paseaban, cuando se le acercó un amigo, no recordaba quién. Se saludaron, encendieron cigarrillos, hablaron del calor, del oscurecer algo más fresco, de las pretensiones de una chiquilla que pasaba en ese momento frente a ellos... Dió ocasión eso a que un chiste les trajera la risa a retozar en las caras sudorosas. Y... el amigo queriéndolo o sin querer, le habló de la "rubia... Venancio escuchó con interés creciente. ¡Emilia! ¡Emilia!... ¡Vaya con el amigo aquel!... Le dejó de mal humor, un humor de perros, como dicen. No hab'a muchacha en el pueblo que hubiera tenido los novios que tuvo ella. Fulano, Mengano, Zutano, y la lista seguía, era interminable. Coqueteó con éste y lo dejó por aquél. ¡Temible!... No quiso Venancio dar ocasión a su informante para que se explayara, porque el mismo mal humor lo ofusó un poquito. Indudablemente aquel tipo sabía más, mucho más de lo que decía, o era, por el contrario, un sinvergüenza calumniador. ¿Para qué averiguarlo en seguida?

Aquella noche, después de comer Venancio en el hotel, se quedó con algunos compañeros jugando a las barajas, sin acordarse para nada del palco del biógrafo, cuyo boleto tenía en el bolsillo, adquirido el día anterior para conseguir lo al lado del que ocupar'a la rubia. Se le vino la média noche sorprendiéndolo con los naipes en la mano, atormentada la cabeza por el humo de los cigarrillos y las copas de anís. Cuando se tiró sobre la cama le saltaban las sienes como si se las martillasen, y se estuvo como un tonto sin poder pensar en nada, con una sed de soda

inaguantable, hasta el amanecer, en que comenzó a roncar como un bendito.

Durmió todo el día. Al despertar, lo primero que le vino a la memoria fué su ausencia al cinematógrafo la noche anterior, amargándole, más que los rastros del anís, la idea de lo que habría sufrido la pobre rubia con su ausencia. Y se vistió dispuesto a buscarla para darle cualquier disculpa, la primera que se le ocurriese.

o o o

La halló en la puerta de su casa. Ah, aquella puerta y aquel zaguán inolvidables!

Emilia lo recibió con alguna frialdad, extendida la mano sin la efusiva simpatía con que se la ofrecía otras veces. No dejó de notarlo Venancio, que iba sinceramente arrepentido de su falta, y fué por eso que puso en el relato de su mentira mayor interés: un dolor de cabeza feroz...

Emilia lo dejó hablar hasta que quiso. Enterada al final hasta de los sellos antineurálgicos que le dijo él que tomara para aliviarse, y cuando Venancio dió por terminadas sus disculpas, preguntando si estaba ella enojada, le replicó, con risa forzada, de ésta manera desconcertante:

—¿Perdió o ganó usted en el juego anoche?...

o o o

Desde aquella ocasión, aun cuando siguieron conversando cuando se encontraban el amorío decreció evidentemente. Lo atendía Emilia con forzado interés, y oía sin responder, ni con los ojos, los interminables discursos con que se empeñaba Venancio en imaginar el porvenir venturoso que les esperaba, no ya encendido en aquella primeriza pasión que le hiciera creerse feliz para siempre, sino trayendo al recuerdo las pasadas divagaciones de amor.

El amigo de la plaza le contó una noche en la confitería nuevas cosas... Para endulzar el acibar que le iba dando por gotas aquel charlatán, bebieron hartas copas, que amargaron más aún el triste corazón del enamorado, quien, después de discursear sobre su cariño, contándolo todo con el desenfado de los borrachos, terminó dormido de codos sobre la mesa, hipando su dolor y sus copas... Leváronlo en coche hasta el hotel y lo acostaron, risueños todos por aquella "calaverada" incomprensible en hombre tan serio y medido siempre...

El cochero que lo condujo lo contó a uno y después a ótro, como una gracia. La noticia galopó, aumentada y corregida, por el pueblo entero de boca en oído y de oído en boca.

En cuanto Emilia se levantó al otro día, lo supo por su sirvienta que volvía del mercado celebrando las ocurrencias del "niño" Venancio, "más chupador que una chinche..." Y, Emilia, con justicia, cuando Venancio la saludó en la plaza, ¡descarado!, no le respondió y miró hacia otra parte. ¡Cómo iba ella a atender a un borracho jugador, que amanecía "todos los días" con las barajas en la mano, y había que llevarlo en coche a la cama!

o o o

Rompieron definitivamente toda relación. Cuantos esfuerzos hizo Venancio por volver las cosas a su justo lugar, fueron infructuosos. Ella no quiso oir ni una palabra más.

Así terminó el idilio y se vino al suelo el castillejo ensoñado, quedándose todo en humo...

Venancio, tristón, porque al fin y al cabo, el amigo chismoso no había quitado de su corazón todo el cariño que por la rubia tenía, liquidó sus asuntos en aquel lugar y se volvió a Buenos Aires.

El recuerdo lo anduvo atormentando, con intermitencias, años enteros. Cada vez que la nostalgía lo atrapaba por su cuenta, Emilia resurgía en él, divina, fascinadora, irresistiblemente adorable. Hacía verdaderos esfuerzos por olvidarla, sin resultado alguno. Intentó comenzar otros amoríos y todos le parecieron insípidos remedos de aquel su gran cariño por la rubia. Hasta llegó, en momentos de fuerte sentimentalismo, a darse por convencido de que jamás podría querer a otra mujer que no fuera aquélla.

Transcurrieron así cinco años y le aparecieron a Venancio indiscretas canas entre el cuidado copete de su pelo, sin que se borrara del recuerdo ni una sola línea de su encantadora Emilia que no había vuelto a ver.

La vida azarosa lo zamarreó con más fuerza en los últimos tiem-

pos. Huyendo de sí mismo, viajó. Una mañana amaneció con la idea novísima de conocer el viejo mundo. En el espacio de un mes preparó sus cosas, reunió unos pesos y sin que nadie se enterara marchóse a Europa. Anduvo por España y se cansó. Recorrió Italia y aunque quiso vivir allí los ensoñados encantos de sus lecturas juveniles, no consiguió más que aburrirse frente a las ruinas romanas, en los museos de Florencia, en los malolientes canales de Venecia. París lo entretuvo varios días, pero, incapaz de gozarlo, huyó de él. Londres lo anonadó dejándole frío en el alma por una larga temporada. E igual que cuando marchó, casi impensadamente sin decir nada, apareció otra vez en Buenos Aires, tres años después, un poquito más viejo, un poquito más cansado.

Cada día que transcurría le traía con mayor fuerza la certidumbre de haber equivocado su sendero en la ruta. Había fracasado sin saber en qué. La falta "de un atractivo" en la vida le ponía una gota amarguísima en todas sus horas. Se cansaba a sí mismo y no hallaba a quien darse.

¿Qué hacer? En los momentos más angustiosos la cara rubia de la novia lejana se le aparecía en el recuerdo. ¿Era ella, pues, la culpable? Sintió la necesidad, para poder responderse a esa pregunta, de ver, una vez siquiera, de hablar con ella de nuevo, de saber si lo amó, si lo amaba aún como él...

Quería explicarse, decirle toda la verdad, poner las cosas en claro... Era un absurdo de los más grandes, seguir creyendo en chismes, haber dejado desvanecer el gratísimo ensueño por creer en las palabras de dos o tres charlatanes, era... En fin, no sabía concretamente nada, pero tenía que verla y hablar con ella...

o o o

Y un domingo, a media mañana, se metió en un tren que en menos de hora y media lo dejó en la estación de aquel pueblo.

Fué a almorzar a "su hotel" donde no lo reconoció nadie. Todos eran allí nuevos, desde el "patrón" a los "mozos". Se resignó a comer solo, sin ganas "por hacer tiempo" después de diez bostezos, mientras miraba jugar al billar a cuatro horteras felices, dispuestos a pasarse la mañana íntegra intentando carambolas.

Después del almuerzo, llegaron las horas estiradas e interminables de la siesta, que Venancio ocupó en leer y releer una revista "de la semana pasada", y ensayar un discursillo breve y conciso que estaba dispuesto a endilgarle a Emilia aquella tarde.

Una hora antes de que comenzara la "retreta", marchó a la plaza, dando un rodeo para pasar por "su casa". Las calles estaban iguales, como las dejara. Algunas personas fué hallando a su paso que le iban despertando el recuerdo arropado bajo diez años de cenizas que lo desfiguraban muy bien. Nadie lo reconocía. Sólo un cochero al pasar, pareció mirarle con insistencia...

La casa de Emilia estaba cerrada. Siguió andando. En la plaza vió llegar una a una, las conocidas muchachas mezcladas con algunas jovencitas desconocidas. Más de la mitad de ellas eran las mismas de "la otra vez"... Continuaban concurriendo a la "retreta" en espera del novio que pudiera convertirse en marido. ¡Fuerza de la esperanza!...

Se instaló la banda de música en su sitio habitual. Tocó las mismísimas piezas de hacía diez años. ¡Oh!, esa música sonora de la banda pueblerina, qué de recuerdos, qué de melancolías dejábale en el alma. Nada encontró a su regreso que le recordara más a lo vivo sus tan lejanos días de amor, que aquellas polkas y aquellos valses antiquísimos... La música le fué mordiendo el corazón agridulcemente, y cuando advirtió, se le habían hecho agua en los ojos todos aquellos estrujones sentimentales...

Pero Emilia no apareció. Terminó la retreta, al aproximarse la hora de la comida. Se fueron todos. Venancio el último...

—¿Y Emilia?...

Mientras comía se lo preguntó al mozo que le traía los platos, así como al descuido, sin darle importancia. El mozo respondió que no sabía. Hacía más de un año que estaba en el pueblo y en el hotel, pero no conocía a nadie que no fuera "parroquiano" de la casa... Sin embargo, si el señor tenía interés se lo preguntaría al dueño de la casa. El la conocería, con seguridad, pues sabía vida y milagros de todo el pueblo.

Venancio respondió apenas, moviendo la cabeza. La pregunta, ¿dónde estará? le mortificaba.

Al rato apareció el dueño del hotel.

—¿Decía el señor?... ¿Deseaba saber de la señorita Emilia...? ¿La que vivía en la calle 25 de Mayo, antes de la botica de don Próspero?... Sí señor... ¿Una alta, rubia, muy simpática?...

—Sí... Esa... Esa...: ¡Emilia!...

—¡Ah! Sí, señor... Se murió hace como dos años...

—¡Cómo! ¡Eh!... ¿Qué dice usted?

—Sí señor... Que se murió hace más de dos años..

—No puede ser, no puede ser, usted no sabe.. — le contestó con enojo Venancio.

—¡Ah! Así es... ¡Cómo no va a poder ser, si era la mujer de un compadre mío! ¡Si era comadre mía!...

— La mujer? ¿La mujer de quién dice?...

—De un compadre mío, de Juancito... Si quiere que se lo presente... Precisamente, allí está, ve, haciendo un truco...

—¡Pero caramba!... Todo eso que usted me dice me parece mentira...

—¡Oh, lá, lá — dijo un tanto amoscado el hotelero. — ¿Usted cree que yo lo voy a engañar en esa cosa?...

—No, no señor. Yo no digo eso... Pero... a ver, explíqueme usted mejor, ¡caramba! ¡parece mentira! ¡no puede ser!...

—¡Ah! Que parezca mentira, no digo que no, señor, pero... así es, señor. Si quiere, yo le presento a mi compadre Juancito... Vea, aquél es, ¿Ve?, aquél del sombrero claro.

Venancio se fijó en él. Lo conocía, aunque no recordaba de dónde, ni cuándo. Se quedó mirándolo mientras el hotelero le daba pormenores de su casamiento con Emilia. Habíanse casado hacía seis años, más o menos. Ella demoró mucho el casamiento. Al hotelero le parecía que ella no había tenido nunca mucho apuro en casarse con Juancito... Pero, finalmente, se

PALABRAS

A Elías Castelnuovo, el más puro de los literatos argentinos.

Oye, mi buen hermano, estas sabias palabras
Que un día para tí dime en asonantar...
(Día de fiesta era
Y embaderada estaba la ciudad.)

Hombre y mujer, figuras son de sueño,
De sueño y nada más...
Como nubes de polvo son los sueños,
Todos los sueños de la eternidad!

Ni por este camino de la tierra,
Ni por aquella ruta azul del mar,
Hermano, yo lo digo,
Ni amor ni honores nunca alcanzarás!

OTOÑO

Dijo el conquistador:
Con los primeros fríos
Vendrá el último amor.

Mas el amor no vino, y los rosales
Sus hojas empezaron a perder.
Largas fueron las noches otoñales
Y triste el cielo del amanecer.

Así pasaron los mejores años.
Así sufrió un dolor y otro dolor:
¡Cuántas esperas! ¡Cuántos desengaños!
Y no llegaba aquel soñado amor...

Un día exclamó entonces:
¡Fortuna o gloria quiero!
Y hubo un doblar muy fúnebre de bronces
En la voz del ya viejo aventurero...

PERO AHORA...

Milagroso romance de la niñez lejana,
En que la primavera me hacía imaginar
Jardines en la luna, repiques de campana
Y empavesadas naves a la orilla del mar.

Pero ahora, ¿qué queda de ese feliz pasado?
¡Oh, románticos sueños de la literatura!
Veinte años de espejismo, y el laurel no logrado,
Y al final, una muerte por demás prematura.

No obstante, nuevas torres el corazón levanta
Sobre el fracaso inútil del ideal cada día,
Mientras llora la fuente junto al árbol que canta
Y el pájaro pronuncia su palabra tardía.

SANTOS AGUILERA

casaron Primero tuvieron una nena, Emilita, que era ahijadita de él, por eso estaba bien seguro de lo que le decía... Emilita era una chica gordita, linda, engañadora. ¡Igualita a la madre!... Después, cuando iba a tener el segundo hijo, Emilia se murió. ¡La pobre! ¡Eh! ¿qué quería el señor? Los médicos que había en el pueblo eran muy brutos, unos verdaderos criminales, sin conciencia...

Cuando el hotelero terminó su relato lleno de interjeciones, Venancio reconoció al que jugaba al truco. ¡Era su viejo amigo de la plaza, el charlatán, el que le dijo tantas cosas de Emilia!

Sintió que le temblaban las piernas y se le cerraban solos los puños... Cuando se levantó de la silla para irse sobre él y acogotarlo, se acordó de una nena de que le hablara el hotelero, quien estaba mirándolo sin comprender.

—¿Una hija de Emilia, me dijo usted?...

—¡Ah! ¡Sí señor! ¡Emilita! Mi ahijada... Si usted viera que linda. Igual que la madre, igual que la madre! Todas las mañanas me la traen para que la vea... ¡Eh! como nosotros no tenemos hijos, la queremos mucho. Mi mujer no sabe qué hacer con ella... Así es señor... ¡Nosotros somos así!...

Venancio se sentó nuevamente, ¡Cómo matar a aquel cretino si tenía una hija de ella, de "su" Emilia muerta!

El hotelero siguió conversando hasta que quiso, narrando detalladamente las gracias de su mujer y su ahijadita. Cuando dió por terminadas sus espansiones, se volvió al mostrador.

Venancio estuvo mucho tiempo contemplando al jugador de truco sin pensar en nada. Cuando éste se retiró con sus compañeros de juego, pareció despertar, abandonó su postura, llamó al mozo, abonó su cuenta y preguntó a qué hora había tren para la capital.

—A las 11 y 10 pasa el último, señor...

Venancio marchó a la estación. Esperó sentado en un banco, la hora que faltaba, fumando cigarrillo tras cigarrillo...

Por dos o tres veces, experimentó deseos de volverse al hotel y esperar el día para conocer a la ahijadita del hotelero, la hija de su Emilia... Como si poseyera dos cerebros — o dos corazones — sentía que uno le decía que se quedara y el otro que se fuera. Quería conocer a aquella muchacha, pero temía al mismo tiempo, encontrarse con los ojos, con la frente, con la boca, con cualquier recuerdo de la amada imposible... de aquella "su novia muerta"... Quería ir al otro día a dejar un puñadito de flores sobre la tierra que escondiera en su seno el cuerpo de Emilia, pero temía encontrarse en la calle, en cualquier parte, con el padre de la nena, y no poder sujetar nuevamente sus manos ansiosas de extrangularlo...

—"¡Charlatán! ¡Canalla!..." — decía entre dientes.

Pensaba luego en las explicaciones del hotelero. "Emilia no había tenido nunca mucho apuro en casarse con Juancito"... ¡Pobre Emilia! Acaso lo había estado esperando a él, durante años enteros, esperanzada en su regreso... Pero él no había vuelto, ni habíale escrito una sola línea! ¡Qué estupidez! ¡Debió haber vuelto! ¡Ah! aquel regreso hubiera sido un retorno triunfal para los dos. Uno en los brazos del otro, hubieran rubricado el amor sereno y duradero que escondían dentro de sus corazones. Ahora, ahora estaba seguro Venancio de amar a Emilia y le dolía el alma pensando que ella también...

o o o

De la negrura de la noche surgió la locomotora como un demonio. ¡Arriba! Mientras Venancio ocupaba su asiento, comprendió que " desde entonces" hasta aquel momento, habían transcurrido diez años... y que aquellos diez años eran muchos años! Eran toda su vida.



—No tengo inconveniente de servirle de modelo, pero ¡por Dios! no me mire porque me da muchísima vergüenza.

UN CENOTAFIO IMPRESIONANTE

Fué hacia mediados del siglo pasado cuando los campos auríferos de la Alta California se vieron invadidos por una muchedumbre de aventureros de todos los lugares del mundo, atraídos por la increíble riqueza de los yacimientos.

Uno de aquellos primeros aventureros que, sin más bagaje que un pico, un azadón y una bolsa a la espalda, se establecieron en los célebres terrenos de Sutters's Mill, se llamaba Eduardo Schiefflin. Su concesión nadie quería explotarla. Según antigua tradición india, quien allí buscase la riqueza sólo hallaría la muerte. Schiefflin no era supersticioso.

Comenzó a excavar el suelo donde mejor le pareció, y a los pocos días el pico del afortunado aventurero trapezaba con un magnífico trozo de cuarzo aurífero. Era el filón buscado, y que se presentaba inopinadamente a Eduardo Schiefflin, convirtiéndolo de pronto en millonario.

Las autoridades de Los Angeles han conmemorado recientemente el hecho, erigiendo a Schiefflin, muerto en 1867, un sencillo pero impresionante monumento que se eleva sobre el lugar donde hizo su maravilloso hallazgo.

CAZA EN LA CORTE DE BIKAMIR

Ha sonado el cuerno de caza, y en la lejanía distínguese un automóvil que viene velozmente, y aunque se interna en una curva, de pronto se nos presenta. Surge del coche la noble figura del maharajah de Biwamir.

Como nuevo anuncio de la cacería real, un elefante lanza al aire el agudo clarín de la impaciencia.

El príncipe sonríe, da la señal, y todo el mundo se dirige hacia los elefantes sobre los que ha de partirse a efectuar la caza del tigre real.

Son más de cien paquidermos, en cuyo lomo iremos seguros, y que en seguida inician la marcha.

Media hora después, los cazadores y guías hemos ocupado nuestros puestos, y la enorme barrera formada por los elefantes extiéndese varios kilómetros en la llanura. Profundo es el silencio.

Hay una tregua todavía para dar tiempo a que los últimos paquidermos se acerquen y cierren la inmensa cadena que formamos. Son los terrenos donde se encuentra el "chag" (tigre), y hace ya semanas que el maharajah ha sido prevenido y se ha mandado colocar todos los días cebos que a su vez han ido desapareciendo sucesivamente.

En un momento dado se pone en marcha la caravana gigantesca, y avanzamos en la selva de bambúes, donde reina silencio profundo, interrumpido sólo por el rumor de hierba gigante que tronchan los paquidermos al cruzar.

El príncipe, cazador muy experto, ha recomendado la mayor calma con objeto de que el tigre no nos perciba antes de tiempo y emprenda esa fantástica huída que ofrece al cazador un blanco muy problemático.

Hemos atravesado el río que parte en dos el terreno y estamos en la zona salvaje, infranqueable casi, de los junglares. La maleza forma espesura cuyo paso debemos hacer a viva fuerza, y nos hemos acercado estrechando cada vez más el círculo.

De repente, junto a uno de los elefantes de caza, surge rápido un tigre real que, de un salto desaparece entre la espesura. Momento de gran emoción. Varios elefantes se ponen en marcha a derecha e izquierda. Sigilosamente, conscientes del peligro cercano, marchan los inteligentes animales con las trampas contraídas, dispuestas a atacar súbitamente.

De pronto, en un claro de la maleza, se ha hecho visible la piel rayada del tigre. Suena el disparo de un fusil... El tigre, en un esfuerzo desesperado, clava sus zarpas en la cabeza del elefante más cercano. Sus garras traseras se incrustan en la trompa del paquidermo, y éste, atormentado por horrible dolor, realiza, antes de que el tigre haya podido darse cuenta, una rápida maniobra con sus patas delanteras y oímos el crugir de las costillas del tigre, destrozadas por el peso de hierro de su enemigo.

YAP - A - NEE

Por Sax Rohmer

De eso hacía veintiséis años y, sin embargo, le parecía que fuera ayer.

Sí, allí estaba otra vez Comway Howe, hijo de una respetable familia, joven, ávido de extraños peligros y deseoso de visitar lugares poco conocidos, satisfaciendo su sed de aventuras casi en el lugar más apartado del mundo.

Delante de él se extendía la costa, azul y negra, interrumpida sólo por la desembocadura de los ríos que conducían quién sabe adónde. También veía las islas, cubiertas de palmeras, increíblemente verdes, como productos de un sueño, y no obstante, reales, porque más allá de la inocente área de sus blancas playas se escondían horrores tales como no conocieran las islas romáticas del Pacífico: Tonga, Tahiti, Samoa...

Y más que atraer, parecían llamar con sus terrenos verdinegros y montañosos, las canoas que navegaban silenciosas, el calor, el murmullo del comercio entre los árboles y los jóvenes de Tabatí que entonaban la canción del viajero. Todo esto lo recordaba; todo esto lo había llamado incesantemente, a través de los años, desde la juventud a la edad madura hasta que por último respondiera a su muda atracción y regresara.

Con seguridad que las manecillas del reloj habrían sido invertidas y todas las cosas que le ocurrieran en aquellos años místicos, — su búsqueda de fortuna, su casamiento, amistad, pequeñas distinciones, éxitos menores, por fin, la pensión correspondiente a un gerente de Banco retirado y la sanción de que la vida llegaba a su término, — no habían sido ciertas. Eran sólo cosas soñadas en una siesta en la plataforma del "lagi - lagi" del pueblo Tabatí... donde habitaban los caníbales, bondadosos y de buen humor. Tabatí, adonde regresaba después de una o dos horas de ausencia.

Podría haberlo creído todo si hubiese hecho otro esfuerzo mental... el que se cierne sobre la frontera peligrosa del más allá.

Podría haberse persuadido, mientras se hallaba sentado en la canoa, algo inclinado a causa del movimiento de los remeros, que detrás de él, en el muelle de la bahía Humboldt, estaba el famoso "Champión", el yate fletado por la Sociedad Real en 1890 para efectuar estudios científicos en Papua, que como de costumbre, había salido a tomar fotografías de los pueblos, siendo, como lo fuera, fotógrafo oficial de la comisión. Podría haber jurado que los diez jóvenes delgados, bronceados y adornados con cuentas de vidrio y taparrabos de paja, que remaban y cantaban al unísono la canción del viajero, eran los mismos diez que lo trajeran por primera vez a Tabatí, hacía veintiséis años.

Como el viento sopla de pronto, sin causa visible, y al pasar entre los árboles una rama aquí y otra más allá se mecen a su impulso, así los jóvenes de Tabatí se sentían mecer en la brisa de la canción que soplaba de aquel extremo del mundo, y se abandonaron a ella, uno a uno hasta que toda la canoa, mientras avanzaba hacia la playa, tarareaba la melodía de "Yap -a - Nee".

¡La misma canción! Ayer — en mil ochocientos noventa y cuatro, — los jóvenes de Tabatí se la habían cantado a Comway Howe que pidiera seis meses de licencia en la escuela de la civilización. Ahora, volvían a cantarla los hijos de aquellos jóvenes que entonaran antes la canción, para Howe, gerente de Banco en retiro, ya de edad madura, de aspecto respetable, y nuevamente fugitivo de la civilización.

Y, como antes, despertaba en él deseos y lo llamaba hacia las alegrías para las que nuestro mundo no tiene nombre. Los jóvenes de Tabatí estaban hastiados de estas alegrías, que ni siquiera conocían.

Sus semblantes reflejaban la alegría de que se hallaban poseídos; sus músculos se estiraban y contraían como cuerdas elásticas. "¡Yap-a-Nee!" — gritaba el jefe, repitiendo tres veces la frase en extrañas cadencias hasta finalizar en un suave murmullo: "¡Yap a - Nee!" — repetían los otros como un eco y continuaban con otras frases que Howe jamás pudiera comprender, y cuyo significado ni siquiera los nativos conocían, pues eran muy viejas y tradicionales y tenían la convicción de que era el canto del viajero.

Howe escuchaba, extasiado como otras veces, por la melodía; ella borraba de su mente el recuerdo de cosas ya pasadas y que no tenían importancia como su actuación en la gran guerra, las condecoraciones recibidas, su retorno a la vida civil y al Banco, su ascenso a gerente, su retiro, la enfermedad que lo atacara y la recomendación médica de que viajara por países cálidos durante un año. Las desechaba; ya no existían; sólo oía la canción vibrante, melodiosa, como un epitalamio al sol, a la vida que se fundía en un día único y largo, a la luna que iluminaba las batientes en noches de pesca, a los tambores siniestros, enloquecedores, que redoblaban a media noche en la selva; a las auroras policromas que alumbraban débilmente cachiporras y lanzas rústicas empuñadas por manos temblorosas dominadas por una insaciable sed de sangre...

Todas estas cosas se encerraban en la canción, aunque nadie comprendía el significado de las palabras. Pero sobre todo vibraba la alegría de las aventuras, la delicia de los verdes mares coronados de blanca espuma. Aquello que no se domestica jamás en el alma del hombre, que se insinúa en las verdes aguas y las suaves brisas, que no pueden expresarse en ningún lenguaje conocido, era cantado en la canción del viajero de los jóvenes do Tabatí.

Es posible que Comway Howe se hallase semidormido, — en realidad había descansado muy poco la noche anterior en el pequeño vapor holandés que lo trajera a la bahía Humboldt — o tal vez hipnotizado. Lo cierto es que el choque de la canoa al encallar sobre la playa de Tabatí fué la primera noticia que tuvo del final del viaje.

¡Tabatí!

Ahora comprendía que había estado durmiendo. ¡No era el año noventa y cuatro! En aquel tiempo, mientras el "Campión" estaba anclado a corta distancia del desembarcadero, los guerreros lo habían recibido con danzas salvajes, y rugidos de bienvenida que necesitaban poca cosa para convertirse en algo diferente. Se hallaban armados, también, en caso de emergencia; tenían los ojos pintados con horribles círculos negros, y rayas rojas en las mejillas y nariz. Desembarcar en Tabatí en aquellos tiempos daba la sensación del peligro, de aventura y de coraje.

Pero hoy los nativos acudían confundidos, hombres y mujeres, sonrientes, alegres y complacidos. ¡Tabatí de nuevo! Pero un Tabatí semicivilizado; los cráneos que coronaban las viviendas estaban gastados y verdes, como si hubiesen permanecido en sus correspondientes posiciones durante veintiséis años.

Pequeñas imágenes de madera ocupaban aquí y allá el lugar de las dramáticas calaveras; una nueva "lagi-lagi" construída en el sitio de la antigua, o un sendero donde no existieran más que malezas, eran los únicos cambios que saltaban a la vista; por lo demás todo estaba igual.

Howe fué recibido a la entrada de la "lagi-lagi" por una multitud de jóvenes sonrientes que daban la impresión de otros tantos Mercurios y Bacos, y como esos dioses paganos desnudos. Lucían flores rojas en sus cabezas; algunos llevaban hojas de palma; uno de ellos hombre anciano con aire autoritario, blandía en alto un tizón encendido. Era su manera de dar la bienvenida.

Atu, el anciano, hablaba pasablemente el inglés. Manteniendo siempre en alto el tizón, avanzó hacia Howe cual una estatua griega que hubiese echado a andar, y observó con marcada dignidad:

—¡Estamos muy contentos de verle! ¿Por qué ha regresado?

—¿Me recuerda usted? — preguntó sorprendido Howe.

—¡Lo recuerdo perfectamente! Yo era un niño en ese tiempo. ¿Por qué ha regresado?

INUTIL

Para FRAY MOCHO

Hoy te sentí tan cerca que cuando te alejaste
Hubo en mí como un brusco despertar de emociones
Y me encontré los labios vacíos de canciones
Cuando al doblar la esquina, diste vuelta y miraste.

Llegas tarde,aunque intuyo que eres el presentido,
El que amé en otras vidas y en edades lejanas,
En el claro horizonte de las rientes sabanas
Y sobre las arenas del desierto dormido.

Si que acaso ya te ame y que nada podemos
Contra el hado funesto bajo el cual nos movemos,
Y maldigo la inútil angustia de ser buena

Y de tener las manos prietas sobre mi pecho
Donde mi raro ensueño, mutilado y deshecho
Se agita en uno como gran hervor de colmena.

Delia ROMERO LLANOS

No era la primera vez durante el largo viaje que lo llevara de Inglaterra a Singapore, de Singapore a Java, de Java a Amboyna y de allí en el vapor trimestral, a la bahía Humboldt, que se había visto interrogado de la misma forma. ¿Por qué, en realidad, había regresado? Estaba bien, tan bien como en cualquier momento de su vida; tenía deberes que cumplir en Inglaterra; el Banco donde desempeñara el puesto de gerente lo necesitaba para integrar el directorio; se hablaba de hacerlo intendente del pueblo, y, además, había... una mujer, no muy joven, pero bien relacionada... y en cambio allí estaba, en uno de los extremos del mundo, entrando en la "lagi lagi" de Tabatí.

Atu, que no recibiera contestación, procedió a contestarse a sí mismo.

—Creo, patrón, que ahora que ha vuelto, se quedará.

Y Comway Howe, sentado sobre una estera, rodeado de una multitud de jóvenes diseminados en el piso de la amplia casa, pensaba si al salvaje, a la manera de los incivilizados, no había conseguido leer su pensamiento mejor de lo que él mismo podía hacerlo.

Recién comprendía lo terriblemente cansado que estuviera. ¡El cansancio había llegado casi a matarlo! No es que estuviera enfermo; ¡los médicos eran unos tontos! Lo único que había tenido era cansancio, puro y simple; estaba fatigado de trabajar en el Banco, en el directorio, y hasta de jugar al golf. ¡Al fin y al cabo también era trabajo! Para qué esperar cuarenta y siete años para gozar de un poco de libertad? ¿Acaso Atu de Tabatí no había nacido libre? Pero el instinto natural siempre tiene razón; lo que malogra las propias resoluciones son los consejos extraños. ¡Y qué es lo que no habían hecho para disuadirlo! Veintiséis años atrás era un pioneer, sin saberlo. Padría haber vivido en aquel lugar: erigido una casa para habitarla, tornándose en una especie de rey entre esa gente; haber progresado al mismo tiempo que gozaba de las alegrías que no tienen nombre, de las alegrías que el hombre encuentra sólo en los rincones extremos del mundo... las alegrías que se cantaban, con palabras incomprensibles en la tonada del "Yap-aNee".

Había islas enormes que podían ser adquiridas por una bicoca; el canibalismo desapareciera casi por completo de la costa, y, por lo tanto, podría construir, ser propietario y casi rey de sus dominios. Hubiera sido algo maravilloso... pero en seguida recordó la guerra y la brillante cruz militar que conquistara, y entonces su corazón comenzó a latir agitadamente.

¿Que regresaba al salvajismo? ¡No era cierto! Un hombre que poseyera un pasado como el suyo, debía muy poco a la civilización y por eso ¡estaba libre!

Nuevamente en la rústica calzada, marchando a través del pueblo, se sintió de pronto detenido por un profundo y agudo lamento que partía de una de las viviendas coronadas por un tejado en triángulo adornado con calaveras.

—¿Qué ocurre, Atu? — le preguntó al jefe, que lo seguía con paso marcial, manteniendo a la distancia, no sin esfuerzos, a la multitud que pugnaba por acercarse.

—¡Es una mujer que tenemos encerrada!

—¿Y por qué se lamenta? — ideas nativas, pues había visto y conocido a los padres de los que ahora acudían a saludarlo, pero marchaba erecto, sus ojos brillaban y en su cabeza se veían muy pocos cabellos blancos. En cuanto a que se estaba tornando más grueso, nada significaba por lo que respecta a Atu: los nativos ancianos son siempre delgados.

—No vaya a esa casa, patrón — le dijo Atu, y Howe se sonrió; no tenía intención de aproximarse ni curiosidad por ver lo que en ella había.

Pero la joven era todo lo contrario. Había oído hablar del blanco; había mirado por entre las rendijas de la puerta, y tenía deseos de ver más. ¡Un hombre blanco en Tabatí! Jamás había sucedido una cosa igual en lo que podía recordar. Es cierto que conocía a un misionero holandés que venía de cuando en cuando a dar sermones, y también de tiempo en tiempo tenía oportunidad de ver a un comerciante que acostumbraba a traficar con los nativos, pero ninguno de ellos podía compararse con ese espléndido personaje, vestido de blanco, con su porte caballeresco, y modales afables.



—¿Has visto que capricho el de Matilde, casarse con un cojo?
—No te extrañe; ha cumplido lo que tenía prometido: Que no se casaría con nadie hasta que no conociera del pie que cojeaba.

Hice la pregunta, aunque conocía la costumbre de encerrar a las mujeres; a veces las jóvenes casaderas eran confinadas en una obscura vivienda durante varios meses, para que se les blanqueara el cutis, e, incidentalmente, para evitarle la tentación de inocentes flirteos, hasta que llegara el momento de entregarla al marido.

Sabía que las jóvenes no se oponían a este tratamiento, sino que más bien les agradaba. No tenían otra cosa qué hacer en la fresca vivienda que permanecer echadas sobre el suelo, comer, conversar con las otras mujeres, dormir y volver a comer; un paraíso nativo pero que duraba muy poco tiempo, pues todo el trabajo que se ejecutaba en Tabatí lo hacían, por regla general, las mujeres casadas.

—El marido que se le tenía elegido fué a cazar aves de paraíso para un chino.

—¿Parece que ustedes tienen un comerciante chino por aquí?

—Los caníbales de la selva lo mataron.

—¿Lo comieron los salvajes? Entonces ella es viuda antes de casarse. ¡Mala suerte! ¿Puedo verla? — Era Howe el que hablaba. Siempre había sido amable, dulce y considerado con los nativos, y hasta con los caníbales.

Atu lo miró con los ojos casi entornados. Sabía que el blanco era muy anciano, de acuerdo con las

El hombre que la había comprado falleciera, y ella se sentía contenta a pesar de que pasaba la mayor parte del día sollozando, de acuerdo con la costumbre. Por el momento estaba libre: le asistía el derecho de mirar, y ¡lo haría!

Y así fué que Saonek, la más hermosa de las jóvenes de Tabatí y de las poblaciones vecinas, dió un empujón a su cuidadora y se atrevió a asomar la cabeza fuera de la puerta de su prisión.

Howe la vió y alcanzó también a ver a las matronas horrorizadas que hacían esfuerzos por obligarla a entrar de nuevo. Aunque el marido que se le tenía destinado había fallecido, todavía se hallaba en reclusión, pues nada más fácil que volver a encontrarle un nuevo esposo, y por lo tanto, que se atreviera a sacar su rostro blanqueado fuera de la puerta y mostrar su cuerpo pintado y decorado, para mirar a un hombre extraño, a un blanco, era simplemente un sacrilegio. Atu así lo sentía y respirando agitadamente apartó la vista de aquella vista profana.

Howe, por el contrario, permaneció inmóvil y con la mirada fija en la diminuta puerta, oculta tras las palmeras, por la cual aparecíera la figura graciosa de Soanek. ¡Qué sorpresa había sido para él! ¡Parecía como un rayo de sol que hubiera iluminado las tinieblas! ¡Como un ave-paraíso que se hubiera cruzado en el camino para desaparecer de inmediato!

La nativa era un ave del paraíso a menos que sus ojos lo engañasen, y todavía no necesitaba anteojos; era la joven nativa más hermosa que había visto: de cara ovalada, de formas hermosas, el cabello que formaba una corona de rizos, ojos como las bolas de agua dorada, flotantes, como ninguna blanca poseía. La piel, después del blanqueo color marfil viejo y su cuerpo, maravillosamente pintado de rojo tenue, parecía el sueño de un escultuor, y sus dedos, diminutos, se aferraban fuertemente al marco de la puerta cuando las matronas la incitaban a retirarse. Ella quería mirarlo; le agradaba contemplarlo.

Comway Howe permaneció inmóvil como en un sueño; recordaba a la que fuera su esposa hacía muchos años.

Atu, que lo miraba, leyó sus pensamientos de la misma manera que Howe podría haber leído una carta referente a asuntos familiares, y de su semblante se borró la expresión de horror, simplemente afectada, que con cuidado estudiado había hecho dibujar en beneficio de las otras mujeres, todavía jóvenes y libres, que se habían reunido, riendo y murmurando, al final de la procesión. Y no se sorprendió cuando Howe, con un dedo acostumbrado a ordenar, le hizo señas de que se acercara.

—¿Quién es el padre de esta niña? — le preguntó. — ¿Cuándo lo podré ver?

Lejos, en el interior, se encuentra Soroekwari, una extensa isla en forma de arco. Si en el Humboldt existe una pizca de civilización, representada por un gobernador, casi blanco, dos misioneros y algunos comerciantes chinos, ésta desaparece mucho antes de llegar a Soroekwari. Nadie llega hasta aquel punto. Existen sonidos en aquella isla, pero ruidos nunca: el murmullo de las olas en la laguna, de la brisa y de los pájaros, es lo único que se escucha constantemente, llevando la paz a la mente.

En medio de la mayor de las islas, Comway Howe había construído su morada, con madera del bosque y con techo de palmas, y alrededor de la vivienda había plantado infinidad de fragantes flores. Semejaba un palacio perdido en

medio de lo incivilizado. Howe era el jefe de aquella comarca y presidía las fiestas y las danzas; permanecía sentado en silencio mientras se efectuaba la iniciación de los jóvenes según los ritos de la tribu; armaba a sus gentes con instrumentos que los hacían los reyes de la costa, y se conquistaba la admiración de todos los habitantes de la isla, y el respeto debido a los más grandes magos, por medio de sus conocimientos de ocultismo.

Saonek, reina de Soroekwari, la más hermosa de las nativas, vivía en el paraíso. Su maravilloso hombre blanco jamás la hacía trabajar en las plantaciones lejanas, donde otras mujeres tenían que ir; jamás le hacía traer agua de la fuente situada en uno de los extremos de la isla, o cortar leña en el bosque.

No usaba vestidos extranjeros, sino su pequeña y decente pollerita nativa de colores policromos, y sus propios collares de flores olorosas, y adornos de madreperla, ningún zapato deformaba sus diminutos pies, y en sus hermosas manos lucía sólo un ornamento; un anillo que Howee le regalara.

El tiempo transcurría. La soledad y el silencio reinaban en la isla; la placidez y la despreocupación en el alma de las gentes.

Pero todo es inestimable en esta vida y tiene su fin.

La visita del chino cazador de aves, con cuyas plumas traficaba, a la vivienda de Comway Howe, pareció producir un cambio insospechado. Soanek lo presentía con su perspicasia femenina, y buscó la oportunidad de cerciorarse.

Esta se presentó durante la gran fiesta de la tribu.

Mientras se mataban los cerdos que habrían de devorarse en el festín, y los cocos eran reducidos a papillas, la joven tuvo ocasión de llamar aparte a Atu y contarle sus temores.

Atu le contestó con un movimiento de cabeza y agregó:

—Déjemelo por mi cuenta. Hablaré con él como hombre a hombre... Y con estas palabras ella tuvo que conformarse.

La danza duró dos noches y un día. Cuando el alba del segundo día comenzó a teñir de color gris las aguas claras de la laguna, todos los cerdos habían sido devorados; ya no quedaban cocos, las caparazones de las tortugas habían sido raspadas para quitarles hasta la última partícula de carne, y los bailarines se hallaban rendidos de fatiga, y se dejaban caer amontonados alrededor de la vivienda, semidormidos por los efectos de la "areca"; Atu, que no era lo bastante joven para tomar parte en la orgía, estaba sentado frente a la casa, con su aspecto acostumbrado, juntando tranquilamente fibras de coco para construir redes, que luego las mujeres se encargarían de tejer.

Conway Howe lo encontró allí, y sin decir palabra se sentó tomando un puñado de las fibras que comenzó a limpiar con calma.

Atu contemplaba a ese hombre vestido de blanco, tan ocupado en el trabajo de los nativos.

Sabía, sin embargo, que Howe efectuaba el trabajo maquinalmente.

Su pensamiento se hallaba en otra parte.

De pronto rompió el silencio.

—Atu — le dijo mirando los contornos de la vivienda, — ¿están dormidos esos jóvenes?

El interpelado no levantó la vista de las fibras, y contestó:

—Sí, están dormidos. No podría ser de otra manera después de la fiesta de anoche.

—Entonces, le hablaré.

Dentro de la casa, una cabeza, que no era de ninguno de los jóvenes, se levantó por un momento, miró con rapidez, y volvió a dejarse caer en medio del montón de brazos y hombros.

Howe prosiguió:

—Se trata de Saonek.

—Ya lo sabía — le contestó Atu, poniéndose una libra de coco en la boca.

—¿Cómo lo supo?

—Ella me dijo algo, y, por otra parte, aquí no puede haber dificultades más que por dos cosas: los cerdos y las mujeres.

—Pues bien, Atu, esta vez es por ambas cosas, y por eso es que debo hablarte. Usted ha tratado algo a los blancos; sabe que en lugar de cerdos empleamos dinero, y que éste tiene el mismo valor para nosotros que para ustedes aquellos animales.

—He oído decirlo — le contestó Atu — pero no lo puedo creer, pues los cerdos son la base de todo; con ellos se pueden comprar mujeres y jardines, y mucho alimento, y también se puede tornar uno poderoso sobre otros hombres, consiguiendo que hagan lo que se quiere.

—Lo mismo podemos hacer nosotros con el dinero, Atu. Bien; el chino que vino los otros días me trajo una carta que llegó con gran rapidez desde Inglaterra hasta Java y Amboyna; la llamamos "cablegrama." En él se me decía que hay dinero que me espera en Inglaterra; y también algo que se llama "un título," es decir, el nombre de un gran jefe. Muchos jefes han muerto cuando debían haber vivido más tiempo, y ahora yo soy el jefe y tengo un nuevo nombre...

—¿Es Barryburtiley? ¿Lawburtiley, o algo así? — le interrumpió Atu.

—¿Dónde oyó ese nombre?

—Soanek dice que usted lo menciona en su sueño.

—Tal vez sea cierto. Es el título de Barón Burntisland... Lord Burntisland.

—Y la joven también dijo que usted hablaba de él con placer.

—Si lo hice, ya no lo haré más. He tomado una resolución. Este título y este dinero me alejarían de Sorokwari para siempre, pero yo no tengo muchos deseos de irme porque me agrada el país y su gente; pero tal vez me sienta tentado a alejarme, puesto que cuando se tiene un nombre como ese no es conveniente dejarlo morir con uno mismo.

—Saonek es joven; podrá darle algunos hijos.

—No es eso; no podría llevarla.

—Supongo que usted hará lo que otros blancos han hecho; se irá, abandonándola, para tomar una mujer de su misma raza... Y Atu lo contempló por encima de sus cejas fruncidas.

—No puedo hacer eso. ¿Recuérda al misionero?

—¡Ah, sí! — y Atu se expresó como un hombre que recordara una bagatela escapada a su memoria: una bagatela le pareciera a él, y una cosa sin importancia a Howe, que el misionero luterano viniera al pueblo en su canoa el día en que Saonek partía para Soroekwart, pidiéndole al blanco que le permitiera casarlos legalmente; y hasta había traído un anillo.

Howee era siempre amable, cuando nada le costaba serlo, y a veces, hasta en los casos en que debía hacer esfuerzos. Había permitido al misionero que los casara, en holandés y en inglés; aceptó su seguridad de que el matrimonio sería debidamente registrado, y se retiró sonriendo. ¿Qué importaba una bagatela como esa?

Pero ahora, aquella cosa sin importancia, ese frágil eslabón forjado en Tabatí, le modificaba la vida. No deseaba, en particular regresar a Inglaterra.. No se trataba de un título pomposo que llevara consigo grandes riquezas, pero era muy antiguo. Dejar expirar ese abolengo, si él lo recibía, sería imperdonable; la gente se encargaría de que así no fuera. La única alternativa era quedarse. No daría respuesta al cable, y si insistían, contestaría para enviarlo al infierno.

—Así, pues — prosiguió, hablando con Atu, que esperaba — esto es todo. Me voy a quedar aquí; no abandonaré a Saonek.

—Pero ella podría volver a casarse — se atrevió a decir Atu, — más tranquilo, ya que el asunto estaba arreglado.

—Sí, pero yo no podría hacerlo, y eso es lo que importa. No nos ocupemos de esto. ¿Cuándo vamos a la selva a cazar jabalíes?

—Mañana, si usted quiere. Yo le indicaré los caminos a seguir, y usted elegirá el que quiera.

De regreso a la casa, Kwattu, el

LE HABLE AL RIO

Estaba triste y le hablé al río que pasa junto a mi jardín: — "Tú, río, que has visto tantas tierras, ¿podrías indicarme un sitio en donde se encuentra la felicidad?"

Pero el río no me oyó porque estaba afligido como siempre, en busca de un reposo inalcanzable.

Le hablé a la enredadera que teje en los barrotes de mi ventana, la cortina de sus hojas: "—Tú, enredadera, que sabes elevarte diariamente, ¿querrías enseñarme de qué modo puedo ascender utilizando el apoyo de cuanto me rodea?"

Pero la enredadera no se inclinó a escucharme, pues se hallaba atareada en ascender todavía más.

Le hablé, por fin, a un pájaro que cantaba alegremente en una rama de invierno: —"Tú, pájaro, que consigues olvidarte del frío, en la ebriedad de tu canto, ¿no serías tan bueno, que me enseñaras a cantar con tal fervor que perdiera la noción de mi vida, en el desequilibrio del entusiasmo?"

Pero el pájaro huyó asustado creyendo, sin duda, que pensaba matarlo.

Entonces oí la voz de algunas personas que decían: —Ese hombre parece tonto; pues pregunta, todavía. Es un infeliz que ignora que en este mundo, muchos hablan; pero ninguno contesta.

Pedro Miguel OBLIGADO

ANECDOTAS

Cuando Mlle. de Blois, hija natural de Luis XVI, estaba a punto de casarse con el duque de Chartres, le dijo Mme. de Caylus:

—¿Sabéis que el duque está enamorado de Mlle. de Borbón?

—Poco me importa—replicó ella—que me quiera o no; lo que me importa es que se case conmigo.

* * *

Preguntó a Napoleón Mme. de Stael quién era, a sus ojos, la primera mujer del mundo.

—La que ha tenido más hijos—contestó él.

mago, levantó la cabeza una vez más, miró en torno suyo y se incorporó. Escurriéndose sin hacer ruido por el piso llegó a la entrada posterior de la vivienda, se dejó caer en su canoe y se alejó. Kwattu era muy anciano para bailar; mientras los jóvenes dormían él había permanecido despierto y ahora estaba contento, muy contento de haberlo hecho, pues descubrió el medio de volver a ser rey de Soroekwari.

Saonek no fué a cazar jabalíes con los hombres. No era la costumbre de la tribu; además estaba algo afiebrada y prefirió permanecer echada sobre las esteras en su fresca vivienda, con algunas de las mágicas medicinas del jefe blanco a su lado, bebiendo jugo de limas y esperando a que la fiebre se alejara.

Howe y Átu, fueron junto con los jóvenes. Se internaron en la selva, donde todavía hay peligros y los caníbales merodean a la sombra de los árboles, armados de sus cachiporras y sus lanzas traicioneras. Pero no encontraron a ninguno de los habitantes de la selva; no se veía humo por entre las copas de los árboles, como tampoco se veían los perros de caza de las tribus caníbales.

Esto hizo pensar a Atu y lo preocupó bastante. Al finalizar el segundo día, aunque la cacería se presentaba muy abundante, Atu habló:

—Jefe, tengo una serpiente en el estómago, y no me deja tranquilo. Creo que sería mejor que regresáramos a Soroekwari.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Nada que yo sepa, pero me gustaría saber adónde han ido todas estas gentes. Es extraño que no veamos a ninguno.

—¿Se ocultan a veces?

—Sí, jafe; en ocasiones llegan hasta la costa, y otras llegan a las islas; son muy silenciosos y astutos. Pero yo creo que Soroekwari no es como las otras islas. Está muy alejada.

—Igualmente, si usted cree que existe peligro, regresaremos — declaró Howe no muy intranquilo, y, sin embargo, carente de la serenidad necesaria para prolongar el viaje.

Llegaron a Soroekwahi al rayar el alba. El pueblo vino a la playa para recibirlos, como de costumbre; se produjo una gran alegría por los numerosos jabalíes que se habían matado, y los nativos comenzaron a gritar y a bailar alrededor de las piezas a medida que éstas eran desembarcadas.

—¿Dónde está Soanek? — preguntó Howe, no viéndola entre el resto. — ¿Se halla todavía enferma?

—Jefe, ¿no la has encontrado en el camino? — dijo uno de los nativos.

—¿Encontrado? ¿Qué quiere decir? ¿Dónde está? — y se expresó con rapidez, poseído de un súbito temor. El presentimiento de Atu lo había tornado más nervioso que de costumbre.

—Ayer llegó tu mensaje en la canoa, y Saonek partió como tú se lo ordenabas.

—Yo no envié ningún mensaje. ¿Quién trajo la canoa?

—Un hombre llamado Fajkal,

—¿Sabe usted algo de Fajkal? — le preguntó a Atu, pronunciando sus palabras como si tuviera la lengua reseca.

—No lo conozco — respondió atu, — es hermano de Kwattu y éste no lo quiere a usted ni a Saonek.

—Traiga a los jóvenes y las ca-



—Es muy lamentable; pero solo estás cariñosa conmigo cuando vas a pedirme dinero.
—Tieres razón, monín ¡Nene, cariño mio, encanto! ¿Quién te quiere a ti, vidita?

jefe. Dijo que tú lo habías encontrado en la costa, pidiéndole que regresara rápidamente en busca de Saonew, pues la cacería era muy buena y tú tenías pensado quedarte algunos días más y querías que ella te acompañara. Como estaba mejor, corrió con rapidez a la casa y se llevó su más linda pollera de corteza, y todas las cuentas de vidrio y sus abalorios, y cuando entraba en la canoa tenía el pequeño espejo en la mano. Así entraron juntos a la canoa, y elhombre llamado Fajkal remó rápidamente, y como ya era cerca del crepúsculo, después de un rato no pudimos verlos más.

Howe tornóse lívido debajo de su color tostado; sus ojos brillaron al punto de que la mujer que contó a otras, más tarde lo ocurrido, no pudo resistir su mirada.

noas y saldremos de inmediato, de manera que no quede ni un solo punto de la costa sin registrar.

—Jefe, no es en la costa donde debe buscar — dijo Atu.

—¿Qué quiere usted decir?

—Los que se han apoderado de ella no viven allí. Es posible que hayan viajado en canoas, pero ahora ya haorán regresado a la selva.

—¿Los caníbales?

—Jefe, este Fajfal se llevó a un hombre de aquella tribu; no hay nada entre ellos que éste ignore.

—Vayan a la casa de Kwattu — rugió Howe con una voz que parecía más bien el aullido de alguna fiera herida. — Vayan y tráiganlo. ¡No! ¡Yo ire!

No había nadie en la casa de Kwattu, y tampoco se hallaba éste en sitio alguno de la isla. Los jóvenes iniciaron la búsqueda, dando gritos excitados. No había trazas del mago. Alguien había visto su canoa venir a la isla durante la noche; pero ahora se había ido y él también.

Se detuvieron para cobrar aliento en la playa, cuando un grito terrible que partía de la casa del jeje blanco los hizo sobresaltar y todos regresaron corriendo. Encontraron a Howe de pie en medio de la penumbra de la habitación que había sido de él y de Saonek. Algo se hallaba entre sus dedos, algo que había encontrado en medio del colchón de Saonek. Era una mano pequeña y hermosa, con un anillo en uno de los dedos. Y la mano estaba asada.

Nadie en la isla de Sorockwari volvió a ver a Fajkal otra vez. Kwattu el mago no fué visto durante muchas lunas después que el vapor vino a la Bahía Humbolt, llevándose al jefe blanco.

Se jactaba mucho de sus hazañas, sin excluir la última, y tuvo éxito en apoderarse de la isla, ya sin jefe, haciendo que se le nombrase cacique. Cuando un escuadrón de policía amboynesa enviado desde las Molucas, mediante enormes gastos, desembarcó en Sorockwari y lo arrestó por el delito de asesinato en la persona de un súbdito británico, es decir, de Saonek, baronesa de Burntisland, no todos los jóvenes se sintieron tan contentos como debían estarlo, y pocos se alegraron cuando supieron que había sido conducido a Amboyna y allí ahorcado.

¡Era un amigo tan excelente!

CLAROBSCURO

Ya cruzó la novicia lentamente.
El ritmo de su andar, es verso riente
Que en el silencio nocturnal desmaya.
Y en la sombra del claustro
Su figura arropada en las nieves de la saya
Finge un largo brochazo de blancura.
Contemplando el sayal que se diseña
Vagoroso—a lo lejos—mi alma sueña
Con su eterna quimera irrealizada.
Es ella una adorable bien venida,
Que surje como blanca pincelada
Al pasar por la sombra de mi vida.

L. GONZALEZ CALDERON

EL ORIGEN DE UN NOMBRE

Los varones de la familia Percy, a la cual pertenece el aristocrático título de duque de Northumberland, llevan generalmente, entre sus varios nombres, el de Algernon.

El origen de este nombre es tan antiguo como curioso.

El fundador de la casa fué un tal Guillermo de Percy que desembarcó en las costas inglesas con Guillermo el Conquistador.

Aquel Guillermo de Percy era conocido con el sobre nombre de Guillermo "als Gernon", que significa "Guillermo el de las patillas".

Desde entonces quedó en la familia la costumbre de dar a muchos varones aquel nombre transformando por corrupción en "Algernon".

El hombre que nos silba en el oido

Por Félix Cuquerella

Gabriel llegó precipitadamente a su casa. Introdujo el llavín en la cerradura de la puerta, la abrió, y avanzando por el pasillo se metió en su cuarto.

Su hermana Elvira, que se dió cuenta, fué tras él para preguntarle:

—¿Qué te pasa, Gabriel? ¿Vienes enfermo?

—¡Esto es intolerable, insufrible!...

Elvira, impaciente, le interrogó de nuevo:

—¿Pero te ha ocurrido algo?... Habla, que me tienes en vilo.

—No, no te asustes—explicó el hermano—. No me ha pasado nada, aunque hay para volverse loco. No se puede salir de casa sin que le taladren a uno los oídos... Aquí silba todo el mundo: en la calle, en la oficina, en el tranvía, en el subterráneo, en el café, en el círculo...

—¿Y por eso te disgustas?—le arguyó la hermana.

—Es que es una falta garrafal de educación y de respeto.

—Cierto. Pero si tu no incurres en ella déjalos que silben...

—Y, sobre todo, que es muy molesto ese ruidillo monótono, que se le mete a uno en los sesos...

—¡Qué atrocidad!—le dijo Elvira, ya más tranquila y tomándolo a broma—. ¡No le das tú poca importancia! ¡Cualquiera diría que a ti no te gusta la música!

—Naturalmente que sí.

—Pues a los demás también. Y cada cuál la cultiva a su modo, y manifiesta esas sus aficiones como le place...

Nuestro buen Gabriel salió de su casa cierta mañana para ir a la oficina. En la escalera se cruzó con el panadero, que subía silbando el celebérrimo *fox* charlotesco:

> Con los panecillos,
> que nos cuestan un caudal...

En la portería, un sobrino de la portera, que limpiaba el ascensor, silbaba también:

> ¡Hay que ver mi abuelita, la pobre, que faldas usaba!...

Aceleró el paso. Tomó por asalto un tranvía. En la plataforma, abarrotada de viajeros, se acomodó como pudo.

Inmediatamente después, un jóven comenzó a silbar un tango:

> Adiós, alegres compañeros
> de mi vida,
> barra querida
> de aquellos tiempos...

Se volvió para mirar fijamente al silbador. Este, advertido, calló un instante; pero apenas dejó de mirarlo reanudó con mayores bríos su interrumpido silbato.

Gabriel se revolvió bruscamente:

—¿Quiere usted hacerme el favor de no silbar?

—¡No sé por qué!...

—Porque no es correcto, y porque me está usted soplando en el cogote.

El aludido abrió desmesuradamente los ojos, admirado sin duda de que el silbar fuese incorrecto, se encogió de hombros y continuó silbando.

—¡Es usted un mal educado y un idiota!

Sobrevino el choque: denuestos, bofetadas, y el silbador que desde el tranvía fué a dar con la cabeza contra los adoquines de la calle y se descalabró...

Arremolinóse la gente haciendo diversos y pintorescos comentarios. Llevaron al herido a la Asistencia Pública y a Gabriel lo detuvo un guardia. Cuando llegaron a la Comisaría, otro guardia, el del servicio, recostado en el quicio de la puerta, silbaba otro tango:

> ¡Por esas calles
> de Buenos Aires
> se echó a rodar!...

En el antedespacho del comisario lo mandaron sentarse en un banco en el que había dos rateros, uno de los cuales, recostado sobre la pared y las manos en los bolsillos del pantalón, silbaba con cínica familiaridad:

> Esta noche, Baltasara,
> por tu puerta pasaré...

Aquéllo era desesperante. Gabriel púsose a pasear, presa de gran excitación.

Cuando le llegó el turno, lo hicieron pasar ante el comisario, que, mientras le tomaba declaración, estiraba de vez en cuando los labios emitiendo un silbido finísimo, apenas perseptible, y dando golpecitos con el mango de la pluma sobre la carpeta, movía suavemente la cabeza como si llevara el compás de alguna novísima canción que aun no sabía del todo.

No vamos a seguir a nuestro atormentado héroe en su triste odisea.

A él ya no le molesta que silben. Es más; ahora lo practica implacable y fatalmente. Caminando a grandes zancadas, va por esas calles con mirar vago, inexpresivo, y de vez en cuando se detiene para silbarle en el oído al primer transeúnte que pasa a su lado. Después se aleja palmoteando y riendo como un niño...

Inauguración de la Bolsa de Valores



Con asistencia de representantes de los poderes públicos, miembros de la banca, del comercio y de la industria y de numerosos corredores de títulos y acciones, realizóse la inauguración oficial de la Bolsa de Valores. — El presidente de dicha institución, doctor Ramón S. Castillo, pronunciando su discurso en el acto inaugural.



Aspecto del salón de la Bolsa de Valores, situada en la calle Corrientes 562, al iniciarse las primeras operaciones bursátiles, momentos después de ser inaugurada oficialmente la institución de referencia.

Decanato de la Facultad de Ciencias Médicas



El doctor Alfredo Lanari, decano saliente de la Facultad de Ciencias Médicas haciendo uso de la palabra durante el acto de poner en posesión del cargo al nuevo decano, doctor Julio Iribarne.



Vista parcial del salón de actos de la Facultad de Ciencias Médicas, durante la toma de posesión del decanato de la misma, por el doctor Julio Iribarne recientemene elegido para desempeñar el mencionado puesto.

Nuevo buque petrolero para el Ministerio dè Obras Públicas



Con asistencia del embajador del Brasil, del ingeniero Gamberale, en representación del Ministerio de Obras Públicas, del doctor Ubatuba, representante de la empresa constructora y de un núcleo de técnicos oficiales se llevó a efecto la entrega del buque petrolero "340-B" construído para el Ministerio de Obras Públicas de la Nación. — El embajador del Brasil doctor José de Paula Rodríguez Alves, izando la bandera nacional en la mencionada nave, en el momento de la entrega oficial del buque.







El buque petrolero "340-B" construído por la Companhia de Navegacao Costeira, de Río de Janeiro, para el Ministerio de Obras Públicas de la Nación y destinado a surtir de combustible a las dragas de la Dirección General de Navegación y Puertos.

Obra Cardenal Ferrari



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la inauguración del edificio para la sección femenina, construído en la calle Belgrano 2670, por la Obra Cardenal Ferrari. — En primera fila: monseñores Devoto y De Andrea, especialmente invitados.







Fiesta Cívica Rumana



Conmemorando el décimo aniversario de la nueva constitución de Rumania, realizóse en el hotel Congreso una fiesta cívica a la cual asistió gran número de familias de la mencionada nacionalidad. — Un aspecto de la concurrencia al acto.



Notable concertista uruguaya



Señorita Teresita Arana Bilbao, prestigiosa concertista uruguaya que en breve dará, en el teatro Cervantes un concierto de piano, dedicado al público porteño quién indudablemente, confirmará con su fallo, la justa fama de que viene precedida la eximia pianista.

Nuevo edificio de "El Pueblo"



Concurrentes al lunch ofrecido por nuestro colega "El Pueblo" con motivo de la inauguración del nuevo local propio situado en la calle Piedras, 567.

Compromiso matrimonial



Señorita María del Carmen Berenguer, cuyo compromiso matrimonial con el doctor Víctor Contreras Miranda, se ha formalizado recientemente.

BIBLIOGRAFIA



Señor Juan Carlos Lucero, autor del volumen de poesías titulado "Agua de cántaro", que acaba de aparecer.

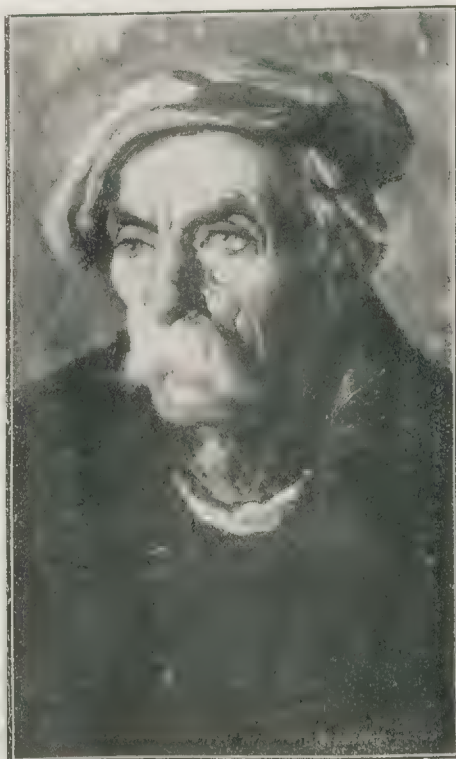
Exposición Ciochini



El destacado pintor, señor Cleto Ciocchini, que acaba de inaugurar, en los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes, una exposición de sus cuadros



"Pescadores de Mar del Plata", uno de los cuadros de Ciocchini que figura en la serie expuesta en los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes.



"Don Pietro", otra de las telas exhibidas en la mencionada exposición Ciocchini.

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÈZE)





Dib. de *P. Rojas*

(Continuación)

¿Qué tal habeis pasado la noche? mee preguntó.

—¡Ah! exclamé; ¿sois vos? Llegásteis a tiempo.

—¿Qué quereis decir, mi buen amigo?

—Quiero decir... quiero decir que os esperaba con impaciencia. ¿No ha ocurrido nada de particular en el hormiguero la noche pasada?

—Que yo sepa no. ¿Por ventura álguien ha turbado vuestro reposo?

Nadie, pero oí ruido de pasos en el corredor.

—Probablemente era la ronda nocturna.

—¡Ah! comprendo.

—¡Vaya! Estais mojado de pies a cabeza.

En efecto, no me encuentro a mis anchas en este sitio, y luego ¡hace tanto calor!

—Aquí traigo vuestro desayuno, dijo la hormiga arrojando al interior de mi celdilla algo parecido a una piedrecilla blanca. Cuando hayais satisfecho vuestro apetito, daremos una vuelta por la ciudad y os enseñaré todas sus curiosidades.

—¿Qué cosa es esto? pregunté.

—Un terrón de azúcar, contestóme la hormiga; excelente azúcar blanco. Probadlo, amigo mío, y luego que os lo hayáis comido todo os lamereis las uñas de gusto, creedme.

He de advertir que mis visiones no habían logrado hacerme perder el apetito; así pues, hice honor al almuerzo que tan galantemente se me ofrecía.

—¡Qué buena cosa es el azúcar! Nunca lo había comido. ¿Cómo os lo procuráis?

—¡Ah! ¡ah! exclamó la hormiga. ¿Conque os agrada, eh? Este es bocado que guardamos para nuestras tiernas larvas y para obsequiar a nuestros mejores amigos. Con dificultad nos procuramos el azúcar, pues para esto tenemos que introducirnos en la quinta que, como sabeis, está bastante distante de aquí, constituyendo además una expedición peligrosa, que sólo emprenden las más atrevidas y las más listas de mis hermanas.

—¿De modo que os alejais de vuestra ciudad?

¿—Sí, pero las jóvenes son las más rondadoras: van a donde les acomoda.

—A oiros, diríase que vos os contais en el número de las viejas.

—¡Ya lo creo! ¡Pues si soy de las de más edad de la república! Ante vos teneis a una inválida.

—Efectivamentee, dije; os falta una de vuestras antenas.

—Tiempo há que la perdí en una refriega. Al principio me hizo suma falta, pues casi me quedé sin los sentidos del olfato y del oído; pero poco a poco la antena que me resta, gracias a la práctica, ha ido adquiriendo más percepción.

Al oir esto miré a Meg como sorprendido y con aire interrogativo, lo cual fué notado por mi amiga.

—¿Acaso ignorais que las hormigas olfatean y oyen por medio de las antenas?

—Yo también siento los olores y oigo, pero juro que jamás he sabido por qué parte de mi cuerpo percibía tales sensaciones.

—Bueno, bueno. En lo sucesivo no direis otro tanto. Ya que habeis acabado de almorzar, añadió, seguidme: voy a enseñaros nuestra ciudad. Primeramente os llevaré a las piezas donde se educan las larvas; estas piezas están en el piso más alto, pero debemos empezar por allí, pues de otra suerte nos expondríamos a encontrarlas vacías.

Dicho esto, Meg comenzó a andar, y yo la seguí.

Las calles empezaban a animarse. Ya he dicho que la víspera habíamos bajado hasta los sótanos del hormiguero, pero entonces me fijé muy poco en la distribución de aquella vivienda: ahora notaba que la ciudad constaba de gran número de pisos sobrepuestos y que las calles inferiores se comunicaban con las superiores por infinidad de conductos verticales sin escaleras, que ninguna falta hacen a las hormigas. Como yo no podía encaramarme y era demasiado corpulento para recorrer cómodamente aquella especie de pozos, veíame forzado a dar grandes rodeos y a no pasar sino por las calles más anchas y por las que formaban un suave declive. En aquellos momentos pensaba muy cuerdamente que si hubiese puesto en obra el proyecto de huir durante la noche, me habría perdido sin remisión en aquel laberinto. He dicho que la ciudad empezaba a animarse, y así era, pues a cada paso encontrábamos hormigas atareadas, muchas de las cuales cargaban o arrastraban pesados fardos. Además de las grandes hormigas rojas, que constituían la mayoría de la población, habíalas de otra especie, que al parecer vivían amigablemente con las primeras. También se veían multitud de insectos diversos, entre ellos algunos estafilinos, que estaban como en su casa. Pasé junto a una celdilla donde yacía una larva blanca con



cabeza amarilla, más grande que yo y bastante parecida a las larvas de saltón que había visto en casa de mi prima la cigarra, si bien aquella era más rechoncha y más velluda. Asimismo ví otras larvas asaz extrañas, que enseñaban la cabeza y las patas a traves de una especie de estuche negro adornado de arabescos y al parecer muy sólido.

No pude menos de rogar a Meg que me ilustrara tocante a aquellos huéspedes originales.

—Después, me contestó, podremos examinar minuciosamente todo esto. Ahora no debemos perder ni un minuto si queremos sacar algún provecho de nuestra visita al departamento escuela, pues, de lo contrario le encontraríamos vacío.

Era la segunda vez que Meg temía encontrar vacíos los locales dedicados a la educación de las hormigas, si no nos despachábamos. Indudablemente que en esto había un misterio que yo no sabía explicarme.

La mayor parte de las hormigas que se cruzaban con nosotros nos mirában con cierta indiferencia o con aire de sorpresa, y daban los buenos días a Meg. Otras le preguntaban sigilosamente quién era yo; empero, en honor de la verdad confesaré que ninguna de ellas me insultó ni reclamó contra el intruso. Esto me probó que la "respetable Meg" disfrutaba del general aprecio, de suerte que no podían ser más bien fundadas las seguridades que me dió de que yendo con ella no corría el menor peligro.

Por último penetramos en unas galerías inmensas donde se ofreció a mis atónitos ojos un espectáculo extraordinario.

A lo largo de las paredes, y metidos en celdillas, veíanse una multitud de gusanillos blancos, completamente inmóviles, habiéndolos tan pequeños que apenas se divisaban. Los mayores no pasaban del tamaño de las hormigas. Cada gusanillo tenía a su lado una hormiga que le daba de comer con la boca, más bien dicho, le suministraba por este medio un líquido que, según me informaron, era una a modo de melaza.

Olvidé decir que al penetrar en las galerías salieron a nuestro encuentro verias hormigas de aspecto amenazador; pero Meg sin duda las tranquilizó respecto a mis intenciones, ya que después de hablar con ellas se retiraron inmediatamente y prosiguieron su interrumpido paseo.

—Estos gusanillos, díjome Meg, son nuestras larvas. Las hay de toda edad: unas acaban de salir del huevo, otras ya han alcanzado casi su completo desarrollo. Fijáos en aquel grandullón que teneis en frente: a este se le da de comer por última vez. Hoy mismo empezará a hilarse su envoltorio y luego se transformará en ninfa.

Sorprendido en extremo de lo que estaba oyendo, clavé mis ojos atónitos en Meg.

—Luego os enseñaré el departamento de las ninfas, añadió mi cicerone, así como el de los huevos. Por ahora contentaos con observar lo que aquí pasa.

Los grupos de hormigas que al penetrar nosotros nos habían atajado el paso, iban de acá para allá sin cuidarse de sus hermanas las nodrizas. Se me dijo que aquellas constituían una especie de patrulla encargada de guardar las galerías de alimentación. Otras hormigas desempeñaban el oficio de criadas, barrían el piso, pulían y ponían en orden todas las cosas y quitaban de enmedio los objetos inútiles.

—¿Estas hormigas que cuidan de los pequeñuelos, pregunté, serán sin duda sus madres?

—No, me contestó Meg: las que aquí veis son mozas, y en tal estado se mantendrán mientras vivan. Sólo cuando van a fundar nuevas colonias las madres, cuidan a sus pequeñuelos: en las ciudades populosas y antiguas como ésta, su única función es incubar los huevos.

—¡Cosa más rara! ¿Y los machos?

—Estos tampoco trabajan. Todos los servicios públicos, así administrativos como militares, están a cargo de las hormigas que llamamos "neutras", no figurando entre ellas ni los machos ni las madres. Yo también soy una vieja solterona. Los machos y las destinadas a contraer unión son aladas.

—¿Habeis dicho las destinadas a contraer unión?

—Sí: una vez efectuado su enlace les arrancamos nosotras mismas las alas, si ya no lo han efectuado ellas, lo que sucede la mayor parte de las veces.

—¿Y los machos?

—Después que han tomado estado desaparecen, pues debo advertiros que entre nosotros las uniones se llevan a efecto fuera del hormiguero.

—¿De modo que jamás vuelven a la ciudad?

—Jamás, pues si se presentaran serían inmolados.

—¿Por qué motivo?

—Por uno bien sencillo: porque nuestros machos son unos haraganes y las hembras no estamos dispuestas a mantener ningún ser inútil.

—Todo lo que me estais contando es muy singualr.

De repente las hormigas que allí había empezaron a correr como alocadas, tocándose con las antenas, al paso que por todas las aberturas penetraba una multitud inmensa de sus compañeras.

—Van a llevarse los chicuelos, dijo Meg.

Al oir esto abrí tamaños ojos.

A una señal dada, las nodrizas y las recien llegadas sacaron los gusanillos de sus celdilas y empezaron a llevánselos. Los más pequeños eran acarreados por una hormiga, al paso que para trasportar los mayores empleábanse dos o tres. Al principio pareció reinar gran confusión, pero muy pronto efectuóse el desfile con mucho orden.

Interrogué a Meg con la vista.

—Los van a poner en el piso superior para que les de el sol, me dijo. Ahora vamos a ver las ninfas, que también han de ser trasladadas a otro sitio.



Dirigimos nuestros pasos hacia nuevas habitaciones. Allí no se veían nodrizas, pero había patrullas y barrenderas como en las de los gusanillos. También nos atajaron el paso las guardianas, y Meg, lo mismo que antes, las tranquilizó con pocas palabras.

Sobre el piso se veía una multitud de objetos blancos parecidos a huevos grandes, más bien dicho, a saquitos. Explicóme mi compañera que cada uno de aquellos sacos, formado de un tejido de seda compacto y muy delgado, enserraba una larva de hormiga en completo desarrollo: que la misma larva se hilaba el saco todo arededor de su cuerpo, permaneciendo en él varios días completamente inmóvil, al cabo de cuyo tiempo el gusano había adquirido la apariencia exterior de una hormiga con las patas y antenas pegadas a la caja del cuerpo; que en un momento dado las neutras abrían el saco por uno de sus extremos y sacaban a la hormiga vestida aun con su pellejo de larva; que quitándole semejante envoltorio la ponían al sol para que sus tegumentos, todavía blandos y blanquecinos adquiriesen, secándose, la debida consistencia y el color natural.

Al poco rato repitióse, en el sitio donde nos encontrábamos, la misma escena que en el departamento de las larvas. Multitud de hormigas invadieron la habitación y se llevaron las ninfas afuera.

Dados algunos pasos presencié la abertura de varios sacos de ninfas, llegadas a su perfecto desarrollo: con el auxilio de las mandíbulas algunas hormigas obreras desgarraron la extremidad del envoltorio seroso, sacando las ninfas, a las que inmediatamente libraron de una sutilísima película que las ocultaba a nuestras miradas; luego les estiraron las patas y las antenas, y terminada esta operación se las llevaron para exponerlas al sol.

—Aun nos falta ver el departamento de los huevos dijo Meg. Está a dos pasos de aquí.

Efectivamente en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos en dicha sección, donde se veían apilados muchos huevos. En el centro de la habitación había algunas neutras que iban en pos de otra hormiga mucho mayor que todas las demás. Era una madre, la cual a cada paso que daba ponía un huevo, y las que la seguían se apresuraban a colocarlo en una de las pilas. Junto a las pilas había otras neutras encargadas de ir tomando los huevos uno por uno y de pasárselos por la lengua repetidas veces.

Pregunté a mi amiga el objeto de semejante operación, y supe, no sin poca sorpresa, que era indispensable para que llegase a sazón el glóbulo reproductor; que bajo el influjo de la saliva con que se impregnaba, el huevo aumentaba en volumen, volvíase más trasparente, siendo al principio opaco y lechoso, y finalmente, que no tardaba en abrirse, lo cual no sucedía si dejaba de vivificársele, digámoslo así, con la saliva.

—Siento infinito tener que dejaros, añadió Meg. El trabajo me llama, pues a pesar de mi edad todavía no he sido jubilada ni lo seré nunca. Ya os he dicho que entre nosotras la holgazanería se tiene por un crímen y se castiga con la muerte.

Habiéndola preguntado si durante su ausencia yo no corría ningún peligro:

—Nada temais, contestó; actualmente todo el hormiguero sabe quien sois: podeis ir de acá para allá sin que nadie se meta con vos. Esta noche o mañana pienso enseñaros otras secciones de nuestra ciudad. Dad una vueltecita por ella o retiraos a vuestra habitación, o salid un rato afuera como querais.

—Siendo así, dije, voy a tomar el fresco. No me disgustaría ver el sol, y supuesto que vuestras ocupaciones os retendrán hasta la noche, quiero pasar el día en el campo. A propósito: si no vuelvo a veros durante el día, ¿cómo encontraré mi cuarto?

—Dirigíos a la primera hormiga que encontreis y ella os guiará. ¡Vaya hasta más ver!

Y dicho esto, Meg se alejó presurosa. En cuanto a mí, encaminéme a una de las puertas que daban al campo y, siguiendo la hilera de las portadoras de ninfas y de larvas, al poco rato encontreme fuera del hormiguero.

(Continuará)

Con la 100ª. representación de "Las descentradas", culminó la notable y exitosa temporada del teatro Ideal. - La pieza de Salvadora Medina Onrubia recorrerá el interior del país, donde existe viva expectativa por conocerla



Con la 100.a representaciones de "Las descentradas" drama en tres actos de Salvadora Medina Onrubia, terminó su temporada en el Teatro Ideal la Compañía de Angelina Pagano, cooperativa de artistas integrada por figuras del relieve de nuestra admirable actriz y animada por el inteligente temperamento organizador de F. Defilippis Novoa. El éxito alcanzado por una tan arriesgada empresa de teatro serio — tentativas cada vez más difíciles y por ende menos frecuentes en nuestra escena — es parejo al triunfo de "Las descentradas"



una de las pocas obras de largo aliento que, no obstante sus valores superiores, logró atraer y preocupar al público. Hemos expresado oportunamente la trascendencia particular de la pieza de Salvadora Medina Onrubia. Con nosotros, la crítica avezada de todo el país estuvo conteste en reconocer la enjundia de ese trabajo al cual — debemos decirlo — FRAY MOCHO auguró con anticipación el éxito a que estaba llamado. Pero queremos hacer resaltar, a modo de desquisición exegética, las sugestiones que se derivan no ya de la obra en sí, tema que el comentario general agotó en sus diversas faces, sino de la influencia o repercusión que ella pueda tener en nuestro teatro y del significado de un éxito de público que para el criterio mercantil de algunos pareció dudoso en el primer momento.

En efecto, las 100.a representaciones de "Las descentradas" vino a probar con hartura que la escena y la sensibilidad del público no se han cerrado aún a las obras de corte clásico, (tres actos) y de factura ideológica esencial. "Las descentradas", en sus cualidades legítimas de teatro honesto, con su estilo impecable, con su desarrollo naturalmente prolongado, duró en el cartel más que la mayoría de los sainetes, revistas y ensayos snobistas estrenados en la temporada. Ni falsa inquietud vanguardista, ni coreografía baladí, ni tanos gauchiparlantes han sido necesarios para que el público asistiera en compacta columna, durante 100.a representaciones sucesivas, al Teatro Ideal. ¿Cómo no tener confianza, pues, en las virtudes de nuestro público? Afirmemos de una vez que tenemos un público apto, puro, cuyo espíritu no necesita para orientarse sino el incentivo de las buenas obras. El relajamiento del gusto es cosa propalada por los especuladores de la escena, a los fines consiguientes. No de otro modo se explica que, mientras los "entendidos" de la escena miraron con escepticismo la iniciación de la Cooperativa en el Teatro Ideal, la modesta sala de la calle Paraná se llenaba de bote a bote con la representación sostenida de la misma pieza que sirviera de presentación al conjunto. El público respondió ampliamente a los altos propósitos expresados por los organizadores de la temporada. Concurrieron a ella, para su éxito inmediato y para su afianzamiento, valores ponderables de nuestro teatro. A los méritos extraordinarios de la obra de Salvadora Medina Onrubia se agregó el acierto y la actividad de la Dirección Artística, puesta en manos de F. Defilippis Novoa, el notable autor de "El alma del hombre honrado"; la sabia dedicación de Angelina Pagano, que dió su experiencia y su nombre a la Compañía; el fuerte y delicado sentido interpretativo de Gloria Ferrandiz, cuya actuación la coloca en primer término entre las figuras femeninas de la escena argentina. Concurrieron, además, para asegurar el triunfo de esta generosa tentativa por la elevación de nuestro nivel artístico, todos cuantos pusieron su fe en la Cooperativa surgida de un sentimiento común de amor al teatro argentino. De tal manera se consiguió realizar un digno esfuerzo que servirá de estímulo a los autores y actores bien intencionados. Madurará, por otra parte, la feliz tentativa, en un afán de superación que ojalá perdure y que indudablemente tendrá la simpatía y la inteligente comprensión del público. La Compañía de Angelina Pagano hará, ahora, una breve temporada en Avellaneda y partirá, luego, en jira por el interior del país. No es aventurado vaticinarle una fructífera actuación dados los antecedentes que dejamos consignados y que han despertado viva espectativa en todas partes. "Las descentradas" será otra vez su caballito de batalla, caballito de éxito noble según quedó demostrado en la reciente temporada del Teatro Ideal. La obra de Salvadora Medina Onrubia, incorporada definitivamente al acervo del teatro de verdadera excelencia artística e intelectual, debe ser conocida del público del interior y del extranjero. Hay en sus tres actos el desenvolvimiento certero de una trama de carácter universal que interesa sobremanera al hombre y a la mujer de nuestro tiempo. Profundos e inquietantes problemas plantea "Las descentradas", mayormente sugestivos por la altura literaria de su estilo y por la severidad y naturalidad de sus recursos. Salvadora Medina Onrubia ha hecho así una creación duradera, que resistirá a los años con la consistencia de sus valores de belleza y de ideas; y que si explica el éxito total de la empresa lograda en el Teatro Ideal, justifica, asimismo, la confianza en que la jira que realizará la Compañía de Angelina Pagano será seguida de un contínuo triunfo.



Consejo directivo de la Unión Panamericana en Washington

De izquierda a derecha. — Primera fila: señores Dr. Carlos G. Dávila, Embajador de Chile; Doctor S. Gurgel de Amaral, Embajador del Brasil; Dr. Hernán Velarde, Embajador del Perú; Honorable Henry L. Stimson, Secretario de Estado de los Estados Unidos y nuevo Presidente de la Unión Panamericana; Don Manuel C. Téllez, Embajador de México; Dr. Orestes Ferrara, Embajador de Cuba y Dr. J. Varela, Ministro del Uruguay. — Segunda fila: Dr. Manuel Castro Quesada, Ministro de Costa Rica; Don Angel Morales, Ministro de la República Dominicana; Dr. Ricardo J. Alfaro, Ministro de Panamá; Dr. Enrique Olaya, Ministro de Colombia; Dr. Carlos F. Grisanti, Ministro de Venezuela; Dr. Eduardo Díez de Medina, Ministro de Bolivia; y Dr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador. — Tercera fila: Dr. Ramiro Fernández, Encargado de Negocios de Guatemala; Dr. Julián Enciso, Encargado de Negocios de la República Argentina; Dr. Juan B. Sacasa, Ministro de Nicaragua; don Raoul Lizaire, Encargado de Negocios de Haiti; y don Pablo Max Insfran, Encargado de Negocios del Paraguay. — Cuarta fila: Dr. Esteban Gil Borges, Subdirector de la Unión Panamericana, y Dr. L. S. Rowe, Director General de la Unión Panamericana.



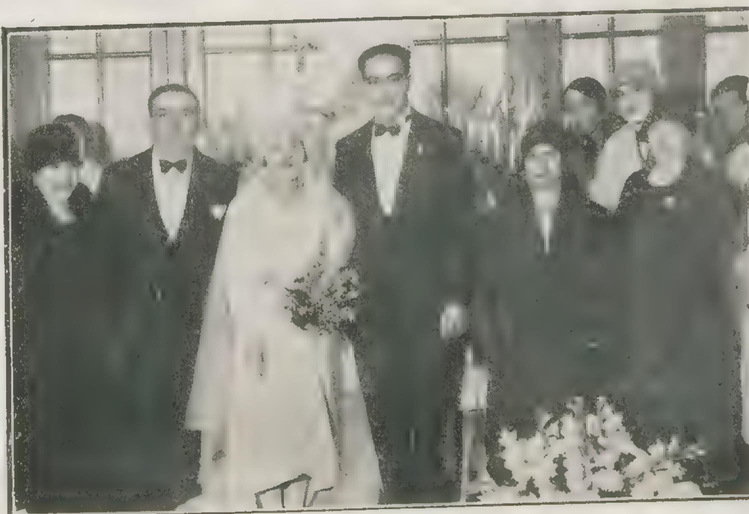
Información Gráfica del Interior



SAN RAFAEL (Mendoza) — Aspecto de la sala del Cine Select, durante la velada organizada por el Centro Español, en la que tomaron parte señoritas de la sociedad de San Rafael.



RIO CUARTO. — El reverendo padre Martínez Heras, director de las Escuelas Pías de la localidad, pronunciando su discurso en la colocación de la piedra fundamental del nuevo edificio de dicha institución.



MAR DEL PLATA. — Los contrayentes señorita María Emilia Dartiguelongue y señor Alfredo Miranda, después de la bendición de su enlace.



CORRIENTES. — Pabellón construído en el Asilo del Buen Pastor, por disposición del gobernador de la provincia, doctor Benjamín S. González.



Colocación de la piedra fundamental del asilo maternal, sala cuna y dispensario de lactantes, que se edificará en la capital correntina.



Señor Intendente:

LA VENTA DE NUMEROS DE RIFA EN LA VIA PUBLICA FUE PROHIBIDA. DEBERAN TOMARSE MEDIDAS CONTRA CIERTAS AGENCIAS.

El secretario de Obras Públicas de la Municipalidad, doctor Luis Rodríguez Irigoyen, se dirigió por una circular al señor Jefe de Policía, coronel Graneros, notificándole que de acuerdo con una ordenanza de 1924 estaba absolutamente prohida la venta pública de números de rifa, como asimismo la exposición al aire libre del objeto rifado, cualquiera sea su condición. Con tal motivo indicaba el doctor Rodríguez Irigoyen la conveniencia de proceder contra los infractores de dicha ordenanza ya, que, según había podido observar, el mal aludido había adquirido grandes proporciones en nuestra metrópoli.

Ciertamente, no cabe sino hacer el elogio de la actitud del diligente funcionario. El incumplimiento de la ordenanza que rige en la materia no necesita de mayores pruebas: cada transeunte tiene la certeza de que lo más frecuente en nuestra ciudad es encontrarse con un vendedor de rifas. Aquí, un auto; allá, un chalet; en seguida, un pasaje para Europa o Estados Unidos. La verdad es que Buenos Aires se halla plagada de vendedores de rifas que, si bien estarán autorizadas es indudable que no pueden circular libremente. No nos queremos referir, desde luego, a los fundamentos de la ordenanza citada por el doctor Rodríguez Irigoyen; en tal caso deberíamos advertir que la venta pública de números de rifas constituye un factor pernicioso de juego que la susodicha ordenanza vino a limitar oportunamente. Nos referimos nada más que a su existencia, que exige su acatamiento y el deber de las autoridades de aplicar las condignas sanciones a quienes la infrinjan. Las ordenanzas municipales no han sido creadas para que duerman el sueño de los justos en los impresos distribuídos profusamente por la ciudad; lo fueron, al contrario, para que sean respetadas. Y, sin entrar a juzgar si la ordenanza es buena o mala, el doctor Luis Rodríguez Irigoyen ha estado en su verdadero papel de funcionario celoso de su gestión, al pedir al señor Jefe de Policía el procedimiento que corresponde a quienes, violando la ordenanza, liquiden rifas en la calle y obstaculicen el tránsito exhibiendo sus artículos en subasta.

EL ASUNTO DE LOS TERRENOS DE LA DIAGONAL

Estamos en vísperas de grandes novedades en el asunto de los terrenos de la Diagonal. El desenfado con que los malos concesionarios siguieron explotando la generosidad municipal tendrá pronto el correctivo aleccionador que corresponde. Nosotros sabemos por qué lo decimos... La firma Bauret - Dacharry y algunas otras que no trepidaron en violar los términos de la concesión, subarrendando los lotes y permitiendo que se los convirtiera en una sucia barraca de feria, recibirán una poco grata visita en estos días. La medida a que aludimos tendrá, por otra parte, un fundamento más. El comercio honrado y el vecindario se presentarán en son de queja a nuestras autoridades comunales. Se pide el desalojo de los puestos de fruta no autorizados por la concesión respectiva, y en virtud de razones atendibles de diverso orden. Los puestos en cuestión, aparte de carecer de autorización, hacen una competencia desleal y constituyen un factor antihigiénico considerable. Se señala la circunstancia del feo espectáculo que ellos ofrecen en la principal arteria urbana, y de los vehículos de endemias que representa la falta de todo control sanitario en que se desenvuelven. En efecto, es sabido que dichos puestos no cumplen las ordenanzas que rigen generalmente en la materia y que además, por su misma organización callejera aparecen a diario rodeados de una densa atmósfera cargada de insectos portadores de todo género de elementos nocivos para la salud de la población.

El corte de cuajo que se dará oportunamente al asunto de los terrenos de la Diagonal anuncia, pues, un notable triunfo periodístico de FRAY MOCHO.

¿AGENCIAS DE LOTERIA O AGENCIAS DE RIFAS?

Tan ahondado está el mal de la venta pública de rifas en Buenos Aires, que el menos curioso habrá apuntado un sugestivo detalle: en las agencias de lotería oficial lo único que no hay son billetes para la jugada de la fecha. En cambio, en sus vidrieras cuelgan abigarrados y llamativos los números de rifas de toda clase. Se trata, seguramente, que todavía no se dió con el negocio de la reventa de éstos; porque, en cuanto a los billetes de lotería, es sabido que se liquidan por fáciles y substanciosos medios. Ello explica que, mientras en la agencia oficial se han "vendido" todos los billetes, en la agencia no oficial los mismos billetes se vendan a elevados precios sobre el escrito. Las operaciones de las agencias oficiales parecen haberse limitado así a los números de rifa; de tal manera se atrapa al incauto que, en trance de suerte, lo mismo adquiere un billete de la Nacional, que uno subrepticio de la provincial, o algún número de un problemático automóvil...

Creemos que, correlativamente a la digna conducta seguida por el doctor Rodríguez Irigoyen, por el cumplimiento estricto de aquellas ordenanzas, corresponde por vía superior, regular la administración de las agencias oficiales de lotería impidiendo que sólo se dediquen a la venta de números de rifas mientras, al amparo de nuestras deficiencias de organización, favorecen la reventa de los billetes, promoviendo el agio directamente o bien por medio de terceros.

POR LA CULTURA ARTISTICA DEL PUEBLO HAY QUE APOYAR LA GESTION DE "CAMOATI"

"Camoatí", Asociación de Artistas y Escritores que viene cumpliendo una profícua obra por la elevación espiritual del pueblo, realizando en sus salones de la Avenida de Mayo actos públicos diarios de verdadera y noble trascendencia cultural, se había dirigido a la Intendencia solicitando su apoyo en un pedido de subvención destinado a asegurar el sostenimiento de la empresa que se ha propuesto. La gestión de "Camoatí" está inspirada, como es sabido, en un profundo y patriótico anhelo que los poderes públicos cuidadosos de los intereses morales, no pueden dejar de advertir en los términos de la solicitud. El señor Intedente, doctor Cantilo, fué el primero en reconocerlo. De ahí que acogiera con viva simpatía el pedido de aquella entidad, y expresara acerca del mismo conceptos que, ante el Concejo Deliberante, adonde fuera elevado, tendrán el peso de la dignidad y la inteligencia del que los emitiera. En efecto, el doctor Cantilo manifestó su apoyo decidido a la solicitud de "Camoatí", intercediendo a favor de la notable asociación artística cuya labor no le es, por cierto, desconocida. Cabe esperar, así, que el cuerpo deliberativo confirme un petitorio acompañado de la adhesión entusiasta del señor Intedente. Creemos que es deber de los representantes del pueblo considerar estas cuestiones de vital importancia para el desarrollo de la cultura ciudadana, por encima de todo prejuicio o error político o partidario. La acción patriótica está más allá de todo color de bandería, y suponemos que ninguno de los representantes sentados en el recinto de la calle Perú podrá eludir una sanción patriótica como esta, de atender con el concurso oficial la obra de cultura de "Camoatí".

UN TERRIBLE EXPERIMENTO

Por H. Von Ruck

Tres de los más destacados médicos se habían reunido con el propósito de saborear un buen cigarro en el vestíbulo del Forest City Club, después de una opípara cena.

—El hipnotismo no es un verdadero engaño, — afirmaba Hillard, el más joven de los tres; luego prosiguió: — Allí viene el doctor Felipe Román, especialista en psicoterapia. ¿Qué les parece si le pedimos su parecer respecto al hipnotismo?

La atrayente figura del doctor Felipe Román se hacía más visible a medida que se acercaba al grupo de médicos, resaltando en especial sus ojos negros y su blanca cabellera que le daba un sello de distinción.

—Felipe, ¿qué sabes de hipnotismo? — inquirió Hillard de pronto.

El doctor Román extendió la mano para pedir silencio, y los presentes vieron que una expresión rara se reflejaba en sus ojos. Tomó asiento y no pronunció palabra alguna durante varios minutos, tratando de dominar la emoción que lo embargaba ese momento. Después de un buen rato habló:

—Señores, voy a relatarles un acontecimiento que servirá de contestación a la pregunta: ¿Qué es lo que sé de hipnotismo? Después de haber cursado los estudios de la facultad, me interné en uno de nuestros principales hospitales, en el cual daban preferencia al tratamiento de la psicoterapia. Tuve la oportunidad, durante mi internado, de observar y estudiar un sinnúmero de casos de mentalidad trastornada y sistemas nerviosos alterados que me indujeron a especializarme en esa rama de la medicina. Al abandonar el internado, me trasladé a París y tuve la oportunidad de ejercer bajo la dirección del eminente doctor Paul Richard.

Como hipnotizador gozaba de una fama única y lo he visto llegar a resultados casi milagrosos. He sido un devoto admirador del doctor Richard y consideraba un honor poder secundarlo, a tal extremo que, al terminar el segundo año de mi práctica, bajo su dirección, fuí requerido conjuntamente con otros colegas, para que asistiera a uno de sus experimentos más arriesgados de hipnotismo, algo que nunca se había ensayado antes.

—Deseo que usted se halle presente — me dijo — y quiero también que Maynard venga. Mañana a las 8 y 30 de la noche espéreme en la Rue... núm. 27.

Ustedes podrán imaginarse el placer que me causó la invitación, y salí en busca de Maynard para darle tan buena nueva.

Maynard, aunque era mi compañero inseparable, siempre mantuvo en secreto la historia de su pasado, si bien es cierto que nunca me permití hacerle preguntas al respecto; pero cualquier cosa que hubiera sido no sería algo que empañara su buen nombre, porque siempre había sido el honor personificado, siendo tan retraído que yo le llamaba familiarmente "El ratón".

Por cierto que al enterarse de la atención que nos dispensaba el doctor Richard; debió haberse conmovido, aunque no lo demostró. Sin embargo, ninguno de los dos pudimos comer, ni dormir tranquilos, y las horas nos parecían interminables.

Cuando por fin llegó el momento de la cita, hacía ya buen rato que nosotros aguardábamos y tratábamos de acortar el tiempo, observando la casa donde iba a realizarse tan extraordinario experimento.

El edificio se componía de tres pisos y no se destacaba en nada de los demás. Sin embargo, a medida que lo observaba, parecía adquirir un aspecto lúgubre, no guardando relación con la tranquilidad de mi espíritu.

Finalmente, después de lo que a nosotros nos parecieron horas interminables, llegó el doctor Richard acompañado de cuatro personas. Tuvimos la oportunidad, al sernos presentadas, de estrechar la mano a cuatro de los más destacados hombre de ciencia.

El doctor Richard nos invitó a entrar. Subimos varios escalones y luego recorrimos un largo corredor mal iluminado, hasta llegar a un cuarto situado en el extremo del mismo. Era una habitación amplia, muy pocos muebles: una especie de sofá-cama, sobre el cual pendía una lámpara de luz bastante poderosa, unas siete u ocho sillas y una balanza. Dos ventanas que se abrían sobre un pasadizo y una puerta de comunicación, eran los únicos adornos de la estancia.

—Señores, — dijo el doctor Richard dirigiéndonos la palabra — los he invitado para que puedan ustedes ayudarme a conseguir, por medio de un nuevo experimento, mantener el cuerpo humano en estado hipnótico durante un tiempo ilimitado. Ensayaremos sobre el cuerpo del conocido criminal Jacques Voisin, condenado a muerte por haber cometido aquel márbaro asesinato que todos recordamos, descuartizando a una criatura de corta edad. Por intermedio de amigos bien vinculados con la justicia, he podido obtener permiso para utilidad la persona de Voisin en mi experimento, durante seis semanas, o sea el tiempo que le resta de vida, hasta la fecha de su ejecución.

Hizo una breve pausa el sabio médico, y después prosiguió:

—Mi deseo sería poderlo mantener en estado hipnótico durante ese tiempo. Por demás está decir que se han tomado precauciones para evitar su fuga, habiéndose dispuesto una vigilancia constante, que hace imposible el acceso o salida de esta casa sin una orden especial del Jefe de la policía. Ninguno de nosotros ignora que el cuerpo humano en estado hipnótico, pierde varias libras de peso, fenómeno que aún no tiene una explicación satisfactoria. Por consiguiente, nuestra misión aquí será de tratar por todos nuestros medios, de dar con ese motivo o causa, aprovechando el largo tiempo que podemos disponer para mantener al sujeto hipnotizado. Algo tangible debe abandonar el cuerpo humano. Por lo tanto, si el cuerpo utilizado pierde bastante peso, tal vez lleguemos a reducir los obstáculos físicos, para que éstos no se interpongan a nuestras observaciones y, entonces, podremos apreciar con más claridad la liberación de ese elemento tangible. Conocer su origen, y probar si la conciencia posee la cualidad del peso. Yo creo que esto es factible: por lo tanto, ruego a ustedes cooperar conmigo en esta prueba que, si resulta, solucionará uno de los mayores problemas que existen relacionados con la raza humana, desde tiempo inmemorial. Más aún, debo pedirles a ustedes

juren, bajo palabra de caballeros, que no divulgarán una sola palabra de lo que ocurra, hasta que no reciban mi consentimiento.

Uno por uno juramos mantener secreto todo lo que aconteciera dentro de esa habitación. En cuanto terminamos, el doctor Richard se acercó a la puerta de comunicación, hizo girar la llave e indicó a alguien, en la otra pieza, que avanzara.

En el acto aparecieron en el umbral de la puerta dos gendarmes de estatura corpulenta, conduciendo a un hombre engrillado. La apariencia del acusado era de un hombre vulgar, a excepción de sus ojos, de un color tan claro e indefinido, que daban la impresión de que estuvieran cubiertos con un velo. Nunca hubiera creído que fuera ese hombre, de actitud tan humilde, el feroz criminal de que tanto se hablara.

El doctor Richard indicó a los gendarmes que avanzaran con el prisionero. Luego, mirando con fijeza al asesino, le dijo:

—Voisin, usted está aquí por orden del Jefe de la Policía, para ayudarnos en un experimento cuya naturaleza no comprendería si se la explicáramos. De cualquier forma, el tiempo que le queda de vida es limitado, pues ya se ha fijado el día de su ejecución; por lo tanto su muerte es inevitable. Si llegase a ocurrir durante nuestro ensayo, se habría librado de la guillotina; de lo contrario la ejecución se llevaría a efecto lo mismo; pero le queda la satisfacción de sabes que, si nuestro experimento se realiza, usted será la persona mediante la cual se habrá podido lograr uno de los mayores descubrimientos jamás igualado en los anales de la ciencia. Elija: ¿quiere usted prestarse a nuestro experimento, o prefiere volver a su celdd y esperar la hora de su ejecución?

A medida que el doctor Richard hablaba, los ojos extraños de Voisin escrutaban nuestros rostros, y recuerdo que se posaron por largo tiempo sobre el de "El ratón" quee se hallaba casi deetrás de mí.

El doctor Richard esperó la respuesta, y se dejó oír la voz tranquila de Voisin al contestar:

—¿Qué es lo que van a hacer conmigo?

—Usted no sufrirá, Voisin, — replicó el doctor. — Además, será tratado con toda consideración.

Lo único que le interesa saber es que será puesto en estado hipnótico y mantenido así, hasta que nosotros lo creamos necesario para realizar nuestros experimentos. ¿Acepta o rehusa?

A medida que hablaba el doctor, mi atención estaba fija en Voisin, y noté con extrañeza que cuando se hacía mención del estado hipnótico, sus ojos se achicaban y reflejaban una rara expresión de astucia. Casi instantáneamente sus facciones volvieron a su estado normal, y dijo:

—Acepto, y debo considerarme halagado de poder servirlo en tan noble misión. Debo agradecerles el honor que me dispensan al asociarme a ustedes, y mis deseos son que lleguen a descubrir algo que pueda ser útil a la humanidad. Estoy a sus órdenes, señores.

Dicho esto, los gendarmes colocaron al detenido sobre el sofá, sujetándole las cadenas de los pies a las patas del mismo, y luego se retiraron a la habitación contigua.

—Acérquese, Felipe — dijo el doctor Richard, — quiero que nos ayude; y usted, Maynard, arrime una silla a la luz y tome nota de todo lo que acontece. Bien, señores: haré los pases de práctica, y ruégoles concentren bien sus pensamientos sobre la buena marcha de

—Sí, doctor.

—Bien, — replicó Richard, acto continuo le quitó las cadenas de los pies y, dejándolo en completa libertad, le dijo:

—Voisin, usted está completamente engrillado y no podrá moverse hasta el momento en que sea conducido a su celda. No le haremos daño, y puede confiar en nosotros. Por lo tanto, empezaremos por probar su sensibilidad agujereándole la mejilla izquierda con este alfiler. Abra la boca.

Extrajo un alfiler de largas dimensiones, introduciéndolo a través de la mejilla del acusado. Voisin se mantuvo inmóvil, permaneciendo con los ojos cerrados. Al retirar el alfiler, se notó un pequeño reguero de sangre.



EL MARIDO.—Los hombres más necios tienen las mujeres más bonitas.
LA MUJER.—¡Qué adulador eres, Felipe!

nuestro experimento. Voisin, míreme y haga todo lo que le indique.

Luego le pasó la mano con suavidad por la frente y fijó su vista en los ojos de Voisin. La atención de todos nosotros se mantenía atenta, sin observar que se produjera ningún efecto en el sujeto.

Vuelta a pasar la mano del doctor Richard ante los ojos de Voisin, se observó que la vista cedía y que lentamente se le cerraban los ojos; notándose en él una respiración fatigosa.

Continuó el doctor Richard sus pases, y después de un rato retrocedió unos pasos preguntando:

—Voisin, ¿me oyé usted?

—Ahora volveré a pasarlo por la mejilla opuesta, y no ha de sentir usted dolor alguno ni manará sangre.

El doctor le perforó la mejilla derecha sin que vertiera ni una gota de sangre.

—Bien, bien — observó el doctor Richard con satisfacción. — Esa superficie está completamente anestesiada. Ahora arrimaré una vela encendida a la planta de su pie, quemando la media, pero sin afectar para nada la piel — continuó diciendo, mientras le quitaba los botines y encendía la vela, que arrimó al pie de Voisin.

Casi en el acto notamos un penetrante olor a lana quemada, mientras el doctor continuaba con la vela arrimada al pie del criminal. Entretanto, no quitábamos la vista de la cara de Voisin. No pudimos observar ningún movimiento ni contracción que reflejara dolor: nada absolutamente. Se mantenía en la más completa calma. Cuando la vela casi se había consumido, el doctor Richard la apagó y nos invitó a que examináramos la piel.

La media estaba completamente quemada en la planta; pero al ser restirada observamos con gran asombro que la piel no había sufrido la menor irritación.

—Otra zona anestesiada — exclamó el doctor, — es un excelente sujeto; ahora la última prueba. Voisin, esta vez le quemaré el pie y sentirá el dolor. Avíseme cuando no lo pueda soportar más.

Y manteniéndose a dos pasos del criminal, tomó otra vela que sostuvo apagada en la mano. Casi instantáneamente Voisin movió el pie y los músculos de la cara se le contrajeron en expresión de agonía.

—¡Por Dios! — gritó. — ¡Doctor, estoy sufriendo horriblemente!

—Muy bien — contestó el doctor — Ya he terminado y no lo lastimaré más. Señores, quieren tener la bondad de examinar el pie del paciente?

Nos acercamos con curiosidad y observamos sobre la planta una mancha circular, rojiza, igual a la que producen las quemaduras.

—¡Bien, bien! — fué el coro de aprobación notándose en el Dr. Richard más entusiasmo que de costumbre.—Esto bastará por hoy; está completamente hipnotizado. Sólo queda por comprobar el peso para asegurar nuestra primera teoría.

Al decir esto, abrió la puerta y llamó a los guardianes, indicándoles que colocaran a Voisin sobre la balanza.

—Póngase de pie — ordenó el doctor. — Luego le pondremos los grillos.

Tieso como una figura de palo, se mantuvo rígido sobre la balanza. Fué el Dr. Richard quien lo pesó, y después de consultar sus apuntes, anunció que el paciente había perdido, durante el experimento, tres libras. Lo colocaron nuevamente sobre el sofá y lo dejaron bajo la custodia de los guardianes.

Todas las noches se repetía el experimento con resultados similares, y el criminal registraba el mismo peso que en el primer ensayo.

En la noche del undécimo experimento, tuvimos una junta como de costumbre para cambiar impresiones, y nos disponíamos a retirarnos cuando súbitamente, el Dr. Albert, uno de nuestros colegas, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Miren eso!

Volvimos la vista hacia el sofá y vimos al criminal sentado, con sus ojos completamente abiertos y observándonos con una terrible y

maligna expresión.

—¡No se muevan, señores! ¡Ninguno de ustedes puede hablar ni dar un paso—Su voz, generalmente tranquila y melodiosa, tenía ecos discordantes.

—¡Ustedes han estado jugando conmigo; pero ahora me toca a mí!

No sé lo que les pasó a mis compañeros: eso sólo podría adivinarlo. Pero lo que en realidad sé, es que cuando traté de dar la alarma a los guardianes, me fué imposible articular una palabra o dar un paso.

—¡Querían descubrir algo en el campo de hipnotismo? ¿Y me han empleado para sus experimentos? Están a punto de aprender de mí más de lo que se imaginaban. Usted, Dr. Richard, ¿recuerda nuestra primera entrevista?— le preguntó Voisin con voz amenazadora:— Yo le dije, si mal no recuerdo, que deseaba que, por mí descubrieran algo que asombrara al mundo. Lo descubrirían, pero el mundo no les dará crédito. ¿Ustedes son hipnotizadores? También lo soy yo, y, sin alabarme, les aseguro que lo que han hecho es completamente pueril. Desde que recuerdo haberlo hecho por primera vez, he podido dominar a más de una voluntad. Ese ha sido el secreto de mi éxito como asesino, porque en realidad he cometido más crímenes de los que ustedes pueden imaginar, y esta noche, señores, pienso cometer otro ¡Uno más!

Al hablar así, su rostro adquirió una expresión tan diabólica que me hiela la sangre al recordarla.

¡Imagínense el efecto que sus palabras producían en nosotros! Allí estábamos inmóviles, mudos, paralizados, y se podrán figurar el pensamiento de cada uno al comprender la amenaza que encerraban sus palabras. Uno de nosotros tenía que morir: eso era un hecho, porque al mirar al hombre comprendimos que no hacía vano alarde de su poder. ¿Cuál sería la víctima? ¿Podrían los restantes vengar la muerte del camarada? ¿O seríamos todos aniquilados por nuestro terrible enemigo?

—Antes de hacer la elección— continuó — permítanme que les diga algo que interesará a los que sobrevivan.

—Entonces, ¿sólo uno morirá?

—He dicho que siempre pude doblegar la voluntad de otras personas, no una por vez, sino varias juntas. Sin embargo, una vez fracasé. Fué durante mi último proceso. Si pudiera haber enfrentado a mis jueces solos, sin la corriente de antipatía que surgía del público y me envolvía por todas partes en la sala de la audiencia, hoy sería un hombre libre. Pero entonces caballeros — dijo inclinándose burlonamente — me verían privado de ofrecerles este pequeño entretenimiento y de demostrarles que, como hipnotizadores, no son más que torpes principiantes. Antes de demostrarlo, quiero hacerles algunas indicaciones que podrán servirles en sus futuros experimentos, es decir, a aquellos de ustedes que puedan seguir con sus experimentos.

Calló, observándonos, y de nuevo se volvió a inclinar burlonamente, en un ademán sarcástico.

Nos estaba torturando con la crueldad de un demonio, sabiendo que cualquier cosa hubiera sido preferible a esta agonía de incertidumbre.



—Los estoy haciendo esperar— dijo—y ¡qué lástima! Pero uno de ustedes, al menos, no se lamentará de tener algunos instantes más de vida. Sus experimentos han sido muy divertidos y los he gozado grandemente— nos aseguró, — y como usted dijo, Dr. Richard, no he sufrido dolor alguno. Aun cuando practicó esa antigua prueba de pasar un alfiler a través de mi mejilla, no me sentí molestado, porque he aprendido a incapacitar cualquier parte de mi cuerpo para sentir dolor. Ni la bujía acercada al pie me incomodó, aunque me obligó a concentrar toda la fuerza de mi voluntad para evitar la formación de una llaga. También poseo el secreto para contener la sangre y puedo paralizar mi circulación a voluntad. De modo que les será fácil comprender cómo la herida en mi cara no sangró. Este es un secreto que desearía compartir con ustedes, sólo que considero que sería imprudente divulgarlo a un cuerpo de sabios tan eminentes, y, además, porque ustedes... uno de ustedes... — dijo corrigiéndose, — tal vez sentiría la tentación de publicar algún interesante opúsculo al respecto, informando a las masas populares de un procedimiento que costó años de esfuerzos a los maestros de la magia negra. No creo que debo privarme de este placer de llevarme el secreto. ¡Y pensar que todavía están esperando! ¡Qué descortesía de mi parte! Les ruego que me perdonen. Pronto llegaremos al final de este asunto tan beneficioso para mí y tan... ¿desastroso diré?, para uno de ustedes.

Voisin recalcó sus últimas palabras, como comprendiendo bien el efecto que nos causaba su amenaza. Nos miró una vez más atentamente, y prosiguió:

—Pero antes de continuar, debo advertirles que nunca fuí hipnotizado. De modo que, Dr. Richard, usted no dejará de reconocer que soy un buen actor. Los engañé de intento para poder, durante ese tiempo, elegir de entre ustedes al que más me conviniese. Ya lo he resuelto.

Nos miraba, gozando de nuestra agonía. Y cuando lo juzgó oportuno, continuó con voz melodiosa y suave, tan suave que no podía penetrar en la habitación contigua donde esperaban los guardias, nuestra única salvación. Estos pensamientos cruzaban por mi mente. Estos y otros muchos más que no puedo recordar. ¿Me tocaría a mí morir?

Bueno: que fuese de una vez, no se perdería gran cosa y si mi muerte salvase a los otros, tanto mejor. Eran todos hombres de ciencia, bienhechores de la humanidad, sus vidas eran útiles y necesarias al mundo, mientras que yo... sólo mis padres me llorarían. ¡Mis padres! Al pensar en ellos se posesionó de mí un deseo tan vehemente de vivir, que resolví salvarme; salir de este estupor que me envolvía, romper el satánico hechizo que me aprisionaba, lo mismo que a mis compañeros.

¡Mis compañeros! Sufrían tanto como yo en ese instante; pero, pensé, tal vez me salve: ¿quién sabe si el terrible sorteo no caería sobre uno de los otros, el Dr. Albert o el mismo Dr. Richard? Cuando esta idea cruzó mi cerebro, retrocedí avergonzado ante la profundidad de mi egoísmo. Mi querido jefe, todo bondad, tan noble y sabio y cuyos continuos estudios salvarían a millones de enfermos, ¿qué era mi vida comparada con la suya? Creo que si hubiese tenido el poder de moverme, me hubiera arrojado a los pies de Voisin y rogado que tomara mi vida antes que la del Dr. Richard; pero el monstruo no tenía intención de aceptar tal sacrificio.

—Usted me dijo, Dr. Richard— continuó con atormentadora lentitud—, que si sobrevivía a mi experimento mi ejecución se realizaría, según la orden del juez, el 6 de noviembre a la madrugada. En esa fecha y hora, una ejecución se realizará... pero no será la mía. Uno de ustedes caballeros, ocupará mi lugar en la guillotina y yo estaré lejos, disfrazado en forma tal que nadie me conocerá. ¿Cómo se llevará a cabo la sustitución?, me preguntarán: pues de la manera más sencilla para los que conocen el secreto. Tomaré el cuerpo de uno de ustedes y esconderé en él mi personalidad, dejándoles el mío. ¿Fácil, verdad? Casi se diría divertido. Saldré de esta casa siguiendo cuidadosamente mis planes, mientras que ustedes, bajo mi voluntad, llamarán a los guardianes e indicarán a aquél que he elegido para tener el honor de ocupar mi cuerpo. Se lo llevarán a su celda, y, en la fecha fijada, lo ejecutarán mientras yo estaré lejos divirtiéndome a mi gusto. Ese es mi plan. ¿Verdad que los deleita?

—A usted, Dr. Richard, hubiese cabido el honor—continuó con mayor lentitud — sólo que no deseo ocupar su puesto en el mundo. Sus tareas serían demasiado fatigosas y la recompensa no tentaría a una persona como yo. De modo que, mi querido galeno, me perdonará por despreciarlo tan abiertamente y elegir en su lugar a su joven ayudante.

¡Era yo! Traté de calmarme como mejor pude, pero inútilmente. Voisin hablaba de nuevo:

—Señor Maynard, avance hacia la luz.

ANECDOTA

Un periódico de Nueva York publicaba diariamente una nota en la cual afirmaba que no rectificaba jamás.

En cierta ocasión se insertó la noticia de haber fallecido el rico industrial neoyorkino Mr. Wanderstirf. No era cierta la defunción, y, como es natural, el "difunto" fué a pedir que se consignara el error.

En el periódico se quedaron atónitos. Aquél hombre tenía razón; pero si rectificaban, echaban a tierra el lema del diario.

El señor Wanderstirf rogaba y amenazaba con toda insistencia, alegando los perjuicios que aquello le ocasionaba.

Durante varios días acudió al periódico suplicando la rectificación, hasta que cansado ya el director, le dijo:

—Lea usted mañana el periódico.

Lo leyó, en efecto, y decía lo siguiente: "Ha nacido el rico industrial Mister Wanderstirf."

El error se había subsanado y el lema del diario continuaba intangible.

¡Le tocaba en suerte, o en desgracia, a "El ratón"!

El criminal anunció socarronamente:

—Caballeros, pueden ustedes presenciar este pequeño experimento, pero lo único que les suplico es que ninguno se mueva.

Al oír estas palabras, Maynard avanzó y se detuvo rígido, como tallado en piedra. Sus pupilas estaban fijas en aquellos extraños y terribles ojos de Voisin, que lo atraían tan poderosamente que el muchacho no se detuvo hasta que su cara llegó a tocar la del criminal. Las órbitas de Voisin se alargaban casi cerrándose, pero de sus pupilas emanaba un poder que se diría palpable. En los ojos de "El ratón" se pintaba el horror, la impotencia y también la resignación hacia su extraño y terrible asesino. ¡Jamás he visto una mirada semejante!

Cuando el significado de esta terrible escena llegó con claridad a mi cerebro, rogué a Dios que me volviera a mi voluntad, la palabra y el movimiento necesarios para impedir este horrendo crimen.

—Acérquese más, Maynard; tenga mis manos, ponga su boca contra la mía, así; usted es casi de mi estatura y me servirá mejor que cualquiera de los otros.

Mi pobre amigo hizo como le ordenaban y durante varios minutos reinó en la pieza un silencio absoluto, el silencio profundo de las tumbas. Allí estábamos, inmóviles e impotentes para salvar a nuestro camarada del poder de ese demonio. Sólo nos era dado mirar y sufrir.

De repente, dos o tres exhalaciones rápidas de alguno de los dos—estaban tan cerca que era difícil poder decir de quién—un gemido, un suspiro y, entonces, lo juro, desde el cuerpo de Maynard habló la voz de Voisin:

—¡Eso es todo! Vaya al sofá, acuéstese y duerma. Cuando despierte será usted Jaime Voisin, y cumplirá el destino de este criminal condenado a muerte. Ustedes, caballeros, permanezcan donde están y después de treinta minutos llamen a los guardianes para que lleven al prisionero a su celda.

Cuando oí las palabras de Voisin saliendo de los labios de Maynard, sentí que los horrores anteriores no eran nada comparados al que nos dominaba ahora, el espantoso crimen, quedó consumado, y las leyes que rigen los fenómenos naturales, se quebrantaron ante nuestra vista. Y la melodiosa voz de Voisin, partía nuevamente de los labios de Maynard:

—Ustedes dirán que el experimento ha terminado y que fué un fracaso. Esto es cierto con respecto a lo que hicieron; pero yo lo consideraré el éxito más grande de mi vida y les agradezco profundamente la oportunidad que me dieron de ilustrar mi teoría con tan excelente ejemplo. Maynard, perdóneme, me olvidaba— Voisin, acuéstese. Y usted, Dr. Richard, tenga la bondad de colocarle los grillos. Gracias—dijo al ser obedecido.—Ahora, les desearé buenas noches y mucha felicidad.

Se dirigió hasta donde estaban nuestros sombreros, probándoselos todos hasta tomar el de Maynard, y se encaminó hacia la puerta. De esa media hora que transcurrió después de su partida; no hablaré; ni siquiera puedo tolerar su recuerdo; sólo diré que exactamente a la hora fijada por él, por Voisin, corrimos como un solo hombre hacia la puerta llamamos a los guardianes, que se acercaron con aire somnoliento, como hombres despertados de un profundo sueño. El Dr. Richard les dijo que el experimento había terminado y que se llevasen al prisionero, porque, a pesar de nuestra angustia, y del imperioso deseo que sentíamos de proclamar la terrible verdad, estábamos todavía bajo la voluntad del criminal. Solo "El Ratón" parecía haber recuperado el dominio de sí mismo, y recuerdo cómo nos miró a cada uno de nosotros al ser llevados por los gendarmes.

Pasando junto a mí, me dijo en voz baja:

—No te aflijas tanto, Felipe; no pudieron evitarlo, y, al fin, será mejor que me haya elegido a mí. Ven a verme antes del día seis.

Su silueta pareció borrarse ante mis ojos llenos de lágrimas, y oí que un guardia decía:

—Vamos, Voisin, es inútil que hables en otra lengua a estos señores. Están de nuestra parte, no de la tuya, aunque cambies de voz.

—Así es—dijo el otro gendarme,—no te van a salvar aunque te hayan enseñado a hablar en inglés mientras te tenían dormido.

Con una carcajada, ambos lo arrastraron hacia la puerta.

No entraré en detalles acerca de las semanas que siguieron a esta terrible noche, ni de nuestros esfuerzos para salvar a "El Ratón". Nos entrevistamos con el Jefe de Policía, el Ministro de Justicia, el embajador americano. Todo inútil. Contamos todos los detalles de aquella espantosa experiencia y nuestros oyentes se burlaban de nosotros o, lo que era peor aún, dudaban de nuestra cordura.

El Dr. Richard sufría doblemente, reprochándose el haber comenzado el experimento. No comía, ni dormía; se paseaba incesantemente de uno a otro extremo de su estudio pidiendo a cada momento noticias sobre la marcha de los asuntos. Su salud estaba quebrantándose. A petición suya, me alojé durante esos días en su casa y dividía mi tiempo entre atender a cualquier detalle que pudiese salvar a nuestro amigo encarcelado, y consolar a mi jefe, que parecía olvidarse con mi presencia.

Visitaba a Maynard en su celda tantas veces como me lo permitían. Esperaba la fecha de su muerte con cristiana resignación y en sus ojos había la expresión de un hombre que no teme encontrarse a los pies de su Creador. Aunque agradeciéndonos, no se interesaba en nuestros esfuerzos por salvarlo, porque parecía presentir que no habría fuerza en el mundo que lo salvara. En mi última visita, la víspera de su ejecución, me abandoné a la emoción y lloré como un niño. Maynard rodeó mis hombros con sus brazos, diciéndome:

—No te aflijas tanto, Felipe; no tengo miedo de morir. Mañana sabré conducirme como un hombre. Sólo una persona me llorará, una niña en mi país, pero es muy joven y espero que con el tiempo ha de consolarse. Me gustaría que le llevaras este anillo y le dijeras que he muerto. ¡Oh, esto se lo harás saber de cualquier modo que te parezca bien! Será inútil decirle la verdad; se asustaría demasiado. Te pediré un último favor. ¿Quieres venir mañana? Me confortaría saber que te tengo cerca, a ti que eres un leal amigo, en mis últimos momentos.

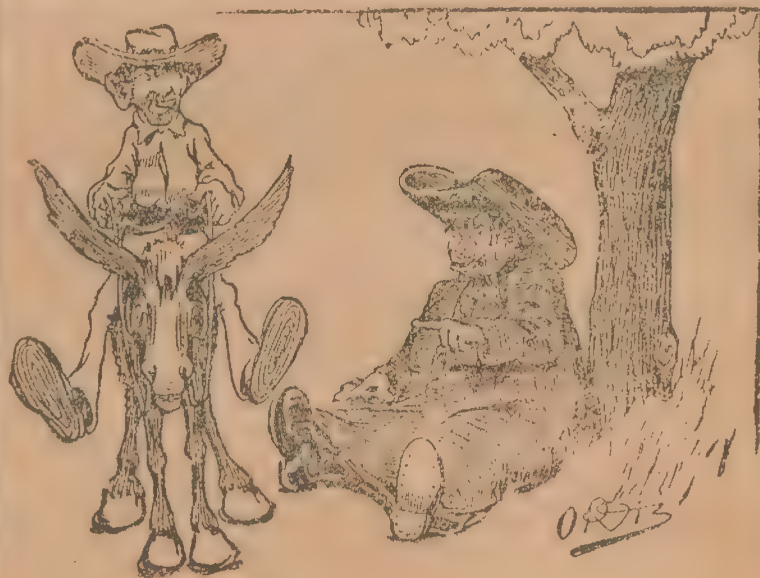
—Soy el último de mi familia —continuó,—y me alegro de ser el elegido para morir, salvando así a los otros. Nunca sería un hombre célebre; el mundo no me echará de menos. Ahora quiero morir. Vete, vete y no te aflijas por mí.

Y tomando mi mano entre las suyas me miró y por largo rato. Bruscamente y por temor de perder mi serenidad, me alejé de su presencia y nunca olvidaré el crujir de la puerta de su celda tras de mí.

Del día siguiente, no diré más que mi amigo recibió a la muerte con fortaleza y serenidad, pero algo en mí murió y, cuando me alejé de su último lugar de reposo, me sentí envejecido.

Posiblemente consideren ustedes que este relato sea el producto de un cerebro desequilibrado, de una imaginación excesivamente vívida. Pero les aseguro que todo lo que he dicho es cierto, y, aunque ha sucedido hace ya muchos años, ni un detalle se borra de mi memoria.

—Esta, caballeros, — concluyó el Dr. Richard—es mi respuesta a su pregunta: esto es lo que yo sé del hipnotismo.



EL CURA Y EL ARRIERO

Con su sombrero de teja
Y con su talar ropaje,
Salió para un lugarejo,
De su pueblo no distante,
El padre Benito, cura
Famoso por sus bondades.
Iba a ver a un labrador
Que, ya en el último trance,
Santa confesión pedía;
Y por ser asunto grave,
Sin tener en cuenta callos
Y sesenta navidades,
Tomó mi cura el camino,
Y echó a andar tan tieso y ágil.
En julio, a la diez del día,
Con un sol... inaguantable,
Y por una carretera
De las de "tercera clase",
A mitad de la jornada,
Cansado y sudando a mares,
Comprendió el padre Benito
Que su empresa no era fácil.
Y junto al tronco de un árbol
Sentóse sobre el follaje,
Con una faz que decía:
"De aquí no me mueve nadie".
Oportunamente ,a poco
Pasó por aquel paraje.
Un campesino en su burro,
Y apenas le vió acercarse:
—Hijo mío—gritó el cura,—
¿Cuanto quieres por llevarme
Al cortijo del tío Pedro?
Te pago por ese viaje
Lo que quieras.
—Padre cura—
Contestó el otro apeándose,—
El dejar yo mi camino
Me hace *prejuicio* muy grande;
Pero sí usté me lo paga...
—Sí; ¿cuánto quieres que pague?
—Cuánto?... —replicó el arriero
Deteniéndose un instante,
Y fijando su mirada
Del cura en el atalaje:—
Pus misté, si viene así
Como está, catorce reales;
Y si se quita el sombrero,
Con cuatro tengo bastante.
—Hijo, ¿y por qué pides tanto
Si voy cubierto?
—¡Carape!...
Pus si lleve *la canoa*,
¿Aónde me monto yo, padre?

Javier de BURGOS.

El camino hacia la televisión

Hace veintisiete años, Pohn L. Baird, joven escocés, destinado por la suerte a ser el Galileo de la televisión, comenzó seriamente a estudiar las materios que directamente habían de conducirlo al descubrimiento de su invento: el ojo eléctrico capaz de responder a las fluctaciones de la luz correspondiente a un millonésimo de segundo.

Hace doce años comenzó por fabricar la celda de celenium para transmitir grabados en sombra, precursoras de la televisión. Se quemó los dedos durante sus ensayos en forma tan grave, que su padre tuvo que intervenir seriamente. Sin desmayar ante las prediciones de los pesimistas, casi siempre "sabios" de la antigua escuela, que aseguraban que pasarían cincuenta años antes que el *joven* lograra algún éxito, trabajó en la pobreza y, naturalmente, dentro de las más adversas condiciones. En 1925 se le encontraba por las calles de Londres con parches en los pantalones y sin más que el equivalente de 30 soles en el bolsillo, resto de lo que le había pagado un amigo por parte de su invento, para que no se muriera de hambre y pudiera seguir trabajando.

John L. Baird tuvo su primer empleo en la Argyle Motor Works, de Alexandría (Escocia), donde trabajó en la sección de dibujos. De allí pasó a la Clyde Power Company, cerca de Glasgow. Durante la guerra inventó lo que se conoce por "Baird undersock", que llevaban los soldados en las trincheras para evitar la enfermedad denominada "treachfeet", que afectaba terriblemente los pies. Después, los médicos le aconsejaron que abandonara todo trabajo, pues su salud estaba verdaderamente quebrantada. Se fué a Trinidad, donde entró en el negocio de frutas en conserva, porque el hombre no podía estar sin hacer alguna cosa. Lo primero que le ocurrió, obligándole a regresar a Inglaterra, fué que los zancudos, mosquitos, moscas e insectos de toda clase invadieron el sitio en que se fabricaba la miel y él no tenía recursos suficientes para combatir la invasión.

Abandonó la fábrica a las moscas y se volvió a su tierra. Finalmente vendió todo por "cinco libras esterlinas".

Baird tiene hábitos muy curiosos. Cuando quiere dedicarse a pensar algo, se mete en cama y se queda en ella durante semanas. Cuenta que en el curso de una de "esas estadas" concibió la idea de los aparatos de televisión.

Una tarde, estando sentado sobre el techo de su laboratorio, contemplaba la caída del Sol, y observó que los rayos rojos, que tienen mayor largo de onda, penetraban la niebla de Londres. Pensó que los rayos que en el espectro se encuentran debajo del rojo, conocidos por infra-rojos, podrían penetrar mejor que los rojos visibles. Se propuso estudiar la forma de utilizar esos rayos invisibles.

Entró en su laboratorio y se quedó allí durante una semana, al cabo de la cual llevó a Hutekinson al recinto, movió unos contactos en la obscuridad y le hizo ver en una pantalla un muñeco que había dibujado al otro extremo del cuarto. Estaba resuelto el problema.

Curiosa es la costumbre de Baird de callar, aun para sus amigos más íntimos, los detalles de sus estudios y no dar cuenta de ellos sino cuando están terminados. Nunca se vanagloria de lo que hace. Habla lentamente y siempre evitando las exageraciones.

Para realizar sus experimentos, Baird colocó dentro de una caja de vidrio una figura, lanzó dentro de la caja una nube formada químicamente y tan densa que no era posible divisar la imagen. Hizo penetrar los rayos infra-rojos a través de esos vapores y aparecer la imagen en la obscuridad: ese es el aparato denominado "noctivisor".

Baird comenzó también a fabricar *films* parlantes, pero supo que existe una patente otorgada a Ernst Boumar, inventor alemán, lo que le indujo a dejar el filón, concentrándose en los experimentos de televisión. En 1925, en el almacén Selfridge, hizo su primera exhibición, pero el tema estaba todavía muy lejos del punto en que ahora se encuentra. El asunto estaba en hallar una celda tan sensible que reflejara la luz por débiles que fueran sus efluvios.

En enero de 1926 ofreció la primera sesión sería en su laboratorio ante un grupo de hombres de ciencia de primera fila quienes miraron unos y otros en el receptor y en el trasmisor, respectivamente.

Se repitió el experimento, poco tiempo después, transmitiendo imágenes desde Londres hasta Harrow-onthe-Hills, ciudad situada a catorce millas de la capital.

La prueba inmediata se realizó entre el laboratorio Baird, de Londres y el de la Universidad de Glasgow, separados por 430 millas.

El profesor Taylor Jones, sucesor de lard Kelvin en la presidencia de la cátedra de Filosofía Natural, manejaba el aparato receptor.

Las demostraciones se repitieron ante los hombres de ciencia del mundo entero de la reciente reunión de la Asociación Británica para el adelanto de la ciencia. Baird comenzó a obtener resultados en el radio capaces de garantizar el éxito de un ensayo a través del Atlántico, y quedaron preparados los instrumentos para realizar la prueba entre los Estados Unidos e Inglaterra.

Vino entonces el asombroso anuncio de 8 de febrero de 1928, por el que se supo que un grupo de personas, reunidas en un sótano en Hartsdale (Nueva York), había podido *ver* a otro grupo de amigos reunidos en la estación transmisora 2 KZ,, de Inglaterra. El receptor estaba instalado en casa de Mr. Hart, uno de los muchos aficionados al radio, usando un mecanismo idéntico al que se emplea por otros aficionados en la recepción de señales de onda corta, provenientes de estaciones distantes. El "televisor" Baird es una pequeña caja que contiene los instrumentos y un marco con su correspondiente vidrio despulido donde se refleja la imagen. Esa caja se acopla directamente al amplificador de audio del aparato receptor de onda corta.

La onda portadora de la visión entra como un ronquido que haría un aeroplano distante o un líquido derramándose lenta y uniformemente.

Hace veinticinco años, un conocido hombre de ciencia británico hizo la siguiente profética declaración: "Día llegará en que, por medio de las ondas eléctricas, hablaremos con nuestros amigos en cualquier parte del mundo en que, mediante un ojo eléctrico, podremos mirar a nuestros amigos dondequiera que se encuentren. Día vendrá en que, mediante un ojo eléctrico, podremos mirar a nuestros amigos dondequiera que se escondan. Ese día, si no podemos ver a nuestro amigo o si nuestro amigo no contesta a nuestra llamada, podremos decir: "¡Nuestro amigo ha muerto!"

LA PREGUNTA

En los días de mayores agitaciones dolorosas, en que hayas sufrido más choques de tus semejantes, más rozamientos penosos; en que hayas tratado más negocios difíciles y ásperos; en que hayas, en suma, sufrido más contrariedades, y disgustos; en que a pesar de tu esfuerzo y de tu voluntad de dominio sobre ti mismo, hayas sentido en tu interior el aguijón de la impaciencia, aun cuando nada dejases ver en tu rostro ; en esos días en que toda la casecha de espinas de la jornada parece haber sido para ti solo, pregúntate simplemente, en el silencio del atardecer y después de inventariar tus dolores:

"¿He hecho, por desgracia, mal a alguien?"

Y si por ventura no lo has hecho si la sola víctima has sido tú, si los únicos desgarramientos producidos por las malezas han sido los de tu carne, regocíjate cuanto puedas; pon en tu cara la más luminosa de tus sonrisas, y vete a dormir con el corazón sereno y reposado...

...Pero, si no solamente no has hecho ningún mal, sino que en medio de la tormenta has acertado a hacer algún bien, que tu regocijo no tenga límites y tu alma esté más luminosa que el crepúsculo.

Amado NERVO.

Hormigas y pulgones

Por el doctor Hermann Eidmann

Desde hace tiempo es sabido que muchas especies de hormigas acuden a los pulgones para lamer sus dulces excrementos, que contienen materias azucaradas. Las relaciones que se establecen entre hormigas y pulgones presentan muy diversa especialización, y en la fauna de Alemania encontramos realizados todos los grados de esta notabilísima simbiosis que se designa también con el nombre particular de *trofobiosis*.

Muchas especies de hormigas visitan sólo ocasionalmente a los pulgones o "vacas lecheras" que les proporciona alimento; otras dependen, en mayor o menor medida, de este modo de alimentación y nuestras especies amarillas de *Lasius* viven casi exclusivamente de lo que expulsan los pulgones de las raíces, a los que crían en sus nidos subterráneos, por lo cual dichas hormigas ya no vuelven generalmente a la superficie. Sólo en el tiempo del vuelo nupcial hacen unos orificios de salida en los nidos para que los machos y hembras, que son alados, tengan ocasión de salir. Existe una serie de especies de pulgones que sólo los encontramos en sociedad con las hormigas; son estrictamente mirmecófilos; su número excede al de animales domésticos que tiene el hombre. Las analogías con la cría de ganado que dirige el hombre, son en general muy grandes, pues las hormigas no se limitan a expoliar a sus "vacas lecheras" sino que muchas veces extienden sobre ellas su eficaz protección, construyéndoles "establos" especiales, llevándolas para invernar a los nidos, cuidando los huevos, e incluso llevando el "rebaño" a nuevos "pastos" donde se multiplica rápidamente.

La trofobiosis, ofrece, por consiguiente, varios problemas interesantísimos, por lo que me he propuesto investigar con la mayor exactitud esta cuestión en la hormiga *Lasius niger* L. que mantiene relaciones muy complejas con varias especies de pulgones. Con predilección acude esta hormiga a los verdes rebaños de pulgones que se presentan con gran abundancia en nuestros frutales produciendo el encrespamiento de las hojas. Ya al principio de la primavera, antes de que se abran las yemas, revisan las hormigas los árboles de lor alrededores del nido, y en cuanto aparecen las primeras hojitas son transportados a este tierno pasto los pulgones que han invernado en el nido; pero, al principio, cuando las noches son aún frías, los pulgones son llevados por la noche al nido protector para ser colocados de nuevo, al día siguiente, en la hoja. Cada pulgón tiene, como guardiana, una hormiga determinada. Fue interesante seguir este servicio de guardia: para ello se señalaron las distintas hormigas guardianas con una mota de color que les pinté en el dorso, e igualmente quedó marcada con una mancha grande del color correspondiente, la ramita en que se situaba cada guardiana con su pulgón. Después de una vigilancia de ocho días consecutivos quedó demostrado que la *hormiga guardiana de un pulgón determinado es siempre la misma*. Permanece junto a su protegido, al que parece conocer perfectamente, desde primera hora de la mañana hasta el fin de la tarde, y al día siguiente vuelve junto al mismo pulgón. Después, cuando hace ya más calor, parece que se queda incluso de noche, junto a sus hijos adoptivos.

El papel de la hormiga guardiana consiste sobre todo en proteger a estos. Si se colocan hormigas extrañas en una ramita, la guardiana inmeditamente las acomete y a veces la mata a mordiscos. También la parasitación de los pulgones por los himenópteros, a menudo muy intensa, depende esencialmente de que aquéllos estén, o no, guardados por las hormigas. Entre las diversas colonias de hormigas se desarrollan encarnizadas luchas por la posesión de los rebaños de pulgones y de sus pastos, del mismo modo que en los tiempos primitivos de la humanidad, los rebaños y pastos fueron objeto de vivas contiendas.

En verano, cuando los grupos de pulgones se han convertido en enormes rebaños de numerosísimos individuos y cuando en las colonias de hormigas las necesidades alimenticias han aumentado grandemente por el crecimiento de las crías, cambian notablemente las relaciones. Entonces se ve una no interrumpida procesión de hormigas que van del nido a sus rebaños de pulgones y que vuelven con el buche lleno. Observaciones precisas demostraron que en esta visita a los pulgones se puede comprobar una periocidad muy exacta. Al obscurecer aumenta la visita a los pulgones, llega a su máxima hacia media noche y decae hacia la mañana. De día, con sol vivo, rara vez son visitados; a pesar de lo cual, aun entonces, hay siempre una hormiga guardiana en cada rebaño. La hormiga *Lasius niger* L., es una especie lucífuga que sólo con desagrado se sitúa a plena luz del día, por lo cual construye galerías subterráneas o cubiertas como túneles hasta el pie del árbol en que están los pulgones; constituye en este respecto una forma de tránsito al *Lasius flavus* L., cuya vida es completamente subterránea.

En lo que yo he podido observar, la hormiga guardiana que no abandone su rebaño ni aun en los días de sol, no toma nunca la producción azucadara de los pulgones. Además, sabe apartar cualquier peligro, y es capaz, cuando no alcanzan sus propias fuerzas, de dar la señal de alarma en el nido y traer auxilio.

Contando las hormigas que vuelven al nido, se pudo calcular aproximadamente la cantidad de producción azucadara de los pulgones transportada por aquéllas. Resultó ser, para las necesidades de una colonia numerosa durante un año, alrededor de un litro; cantidad muy considerable si se tiene en cuenta la pequeñez de los proveedores de materia azucarada, y el número que ha de hacer falta para producir dicha cantidad.

HUELLAS DE UNA BESTIA PREHISTORICA

El departamento del Interior, de Estados Unidos, ha hecho el anuncio de haberse descubierto las huellas de un enorme animal que tenía ocho patas y diez y seis dedos, dos en cada una, en las antiquísimas rocas del Gran Cañón del río Colorado, en Arizona.

La naturaleza de la extraña bestia antidiluviana no ha sido determinada todavía, pero la vejez extremada del animal ha sido confirmada por el hecho de que hizo tres impresiones en un terreno sobre la cual las edades han echado mil pies de estrato, los cuales ha cortado la corriente del río Colorado, en el curso de siglos y siglos, poniendo en descubierto esta prueba de la existencia de otro monstruo de los tiempos sin recuerdo ni historia posibles.

El doctor Gildore, paleontólogo del Museo Nacional, trabajando con los empleados del Parque Nacional del Gran Cañón, encontró las huellas al mismo tiempo que otras muchas evidencias de la fauna prehistórica, todas las cuales están en exhibición en las oficinas de aquél.

Durante varias semanas se estuvo descubriendo impresiones de las patas de nuevas especies desconocidas en el llamado Rastro de la Ermita, en la formación Supal y en las arenas de Coconina, terrenos construídos hace centurias.

ZARPAMOS

(Apuntes de un diario de viaje)

Hace ya varios minutos que la doble hilera de malecones que nos guiaran al mar se ha perdido de vista; vuelve a tierra la última lancha que nos acompañara; lleva tras sí todo nuestro agradecimiento y para ella es la última lágrima que indecisa corre por las mejillas.

Vibran aún las almas con la emoción de la partida, resuena en los oídos el último adiós, queda en los labios la dulzura de los besos de madre, hermanos, amigos y se graba para siempre en los aún húmedos ojos la visión de los que quedan, el aleteo de los blancos pañuelos que en su alejamiento embalsaman el aire con la evaporación de cien lágrimas de despedida.

La distancia se aumenta paulatinamente, la visión se enturbia, se empequeñece, se esfuma... Lentamente volvemos la cabeza hacia la altiva proa; otra figura querida nos recibe con toda su grandeza; el Río: con sus aguas tranquilas en una calma absoluta se aparece cual inmenso lago de plata, y como en aquellos cuentos de la no muy distante infancia, aquellos con que los abuelos de nevadas cabezas infiltraron bondad en las almas vírgenes; como en ellos, el hada buena, el hada de todas las naves, se desliza por el lago de plata, como gigantesco cisne con blancuras de ángel.

El cielo nos corona con la pureza de su azul, y si alguna nubecilla blanca se atreve a romper su homogeneidad es solo para vestirle de fiesta con un girón de bandera. Hacia él se elevan los rígidos palos como portadores de plegarias y en su enjambre de cabos, murmura la brisa una dulce canción...

Ya se ha iniciado el esperado viaje; ya la blanca fragata se aleja de la patria. Vamos a llevar al mundo el saludo de los nuestros; a pasearte querido buque, como emblema de paz por todos las aguas, custodiado por Dios y el entusiasmo de los que te queremos.

Banderita de los bellos colores que luce el "pico" orgulloso como si su altura te hubiera arrancado del propio cielo.

Banderita, que en tu cuna te arrullaron los cañones, y que ahora jugueteas con la brisa, esquivando sus caricias de despedida, séanos de bonanza tu bendita sombra.

PETI FOQUE

A bordo de la fragata Sarmiento en navegación, abril de 1929.

Comisarios de campaña

(Del natural)

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

El paisano Doroteo llega hasta la comisaría del pueblo X y sin saludar al cabo que está en la puerta, trata de entrar hasta la oficina donde se encuentra el comisario.

—¡Hepa amigaso! ¿Ande va usté?, dijo el milico atajándole el paso.

—A ver al comesario, pué.

—¿No sabe que allí no se dentra sin permiso?

—¿Dende cuándo acá tanta política?, siempre me han traido hasta aquí a empellones encerrándome en un calabozo, sin pedirme permiso, ni preguntarme tan siquiera si era gustoso de dentrar, y agora que veengo de visita pa conferenciar con él, como dicen los leídos, me atajan el paso. ¿De manera que a esta categoría e'comesario no se le puede ver por dentro e'las casas deno cuando él quiere?.. ¡Ni qué juera mujer bonita que se mezquina pa hacerse desear, ja, ja!

—Dejate e'gastar tanta saliva al cuete ,che hermano, y decime lo que querés.

—¡Ya te lo he dicho! dentrar a ver al representante e'la autoridá, pué.

—Esperate que te anuncie.

—¿Anunciarme? ¡Si siempre he dentrao aquí como facón a su vaina!, derechito y sin estorbos.

—Sí, es verdá, pero eso era cuando hacías una de las tuyas, y te portabas como un matrero, carneando animales ajenos.

—Y hoy, que me he conducido decentemeente, me atajan el paso, ¡no me hagas reyir hermano que se me va a dentrar el bigote en los hoyos e'mi nariz y me va a hacer estornudar sin ganas, como cuando me suele rociar un zorrino...

—Andá y anunciale mi visita ¿querís?

Salió el cabo, y al rato regresó, diciendo:

—Diz que pases, y seas breve.

—¡Diande! si no soy higuera pa tenerlas negreando.

Entró Doroteo hasta la oficina del comisario, con el sombrero encasquetado hasta las orejas.

—Güenas tardes, don.

—Buenas tardes, ¿qué te trae por acá?

Naide me trae, don, vengo solo, y a conversar con usté pa pedirle justicia.

—¡Justicia! ¿en qué ándas?

—En nada malo patrón, usté no ignora lo trabajador que soy, y lo cumplidor como argentino.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¡habráse visto audacia igual! ¿A mí me vas a decir quién sos? ¡Cuándo a cada paso tengo que dar orden de arrestarte porque eres un ratero haragán y sinvergüenza!

—Más despacio don, vea que esas palabras ya no me cortan el hipo porque estoy acostumbrado a oírlas... yo vengo en calidá de amigo, a hablar claro y sin rodeos.

—Sí, ¡y te asusta mi franqueza!... Comenzá por quitarte el sombrero ¿acaso ignoras que me debes respeto?

—¡Ay! desculpe, no recordaba que tenía el piojero puesto; güeno, ya está, y voy a tomar asiento, porque vengo e'visita, y usté se ha olvidao de hacerme sentar , ansina què estamos a mano en lo desmemoriaos.

—¡Eso! ¿Por qué no me pides también que te haga cebar unos matecitos?

—Tenía recelo e'ser cargoso, pero ya que usté se empeña, acepto de antemano, pa no despreciarlo

—¿Me dirás que fin tiene esta visita?

—Eso depende de usté, yo siempre estoy dispuesto a todo, y no me sé achicar, aunque algunas veces los pantalones me resulten cortos pa enfundar a este machazo...

Usté señor comesario, no ignora que soy padre de catorce hijos entreveraos, y que haciendo el aparte, resultan ser nueve los machitos, y cinco las chancletas.

—Sí, ya lo sé, seguí.

—Pues entonces creo que no tendrá inconveniente en pedir justicia pa este pobre padre de familia.

—Pobre, ¡porque eres un haragán!, trabaja, y no te faltará pan para tus hijos.

—Yo no pido tanto don, con galleta me aconformo... eyos tienen güenos dientes, po, y lengua tampoco les falta pa arrear la mascada ansia el gañote.

—Bueno, pero, total, no me dices a qué vienes.

—Vengo a pedirle ayuda, y que me recomiende.

—¿Deseas trabajar?

—Ya soy viejo y maseta p'al caso, y deseo descansar.

—Y, ¿en qué has trabajado toda tu vida? ¡si jamás te he conocido otro oficio que el de ratero!

—Vea, don, tuita mi perra vida he trabajado pa la patria.

—¿Para la patria?

—¡Agora güelve usté a las andadas!, ¿no me acaba e'decir reciencito que no ignora que soy padre de catorce hijos?

—Sí, ¿y qué hay con eso?

—Que por esto mesmo pido justicia.

—¡Dale! ¿pero de qué manera? demasiadas consideraciones he tenido para contigo no mandándote a Sierra Chica.

—Y añádale, también de miedo a mi lengua... pues, por mi familia es que pido su ayuda pa conseguir un sueldito del gobierno, porque ¡hay que ver los servicios que me debe la patria!

—¿Cuáles son esos servicios?

—El haber dao a la República Argentina nueve "come pulentas". ¡Nueve soldaos, pue! ¿Le parece poco entoavía? He hecho más que usté y que muchos otros que agatas tienen uno y lo muestran como una hazaña, canejo! Por esto agora yo pido protección por los servicios prestados a la patria.

A ver si me muñequea el asuntito, señor comesario, vea que ya estoy vichoco, y no voy sirviendo pa matrero. ¡Pucha que he sido trabajador! En mi mocedá!, me pintaba solo pa cortar alambres, y rastrear una pieza güena p'al asador. ¡Cuántas veces ha comido usté costillares de esos que le truje de rigalo en agradecimiento cuando me largaba del calabozo! ¡Pero qué! ya esto se ha acabao, y como le digo, no me van quedando juerzas en las muñecas. Naide mejor que usté, don, sabe quién soy yo, por esto acudo aquí pa que me recomiende y trate de que el gobierno me haga justicia. Vea que soy padre de nueve soldaos e'la patria, y si a esto se le llama haragán, es porque son mal intencionados... Ansina es que espero en su reconocimiento ¿no? Mis muchachos son machitos de verdá, fortachos y tan míos, que aquí no hay fraude, como que tienen mis mesmas ciencias p'al trabajo. ¡Hijos e'tigre, abijuna!...

—Vos donde vas a ir a parar es a la cárcel por desfachatado.

—Y, por algo se comiensa a vivir del gobierno, ¡je je!... Yo soy lo mesmo que el cuis; en cuantito dentra la cabeza en un pajonal, hago lugarcito al cuerpo; la cuestión es que venga el conchabo, y no se quede en promesas, como el mate que me diba a hacer cebar...

—¡Qué!

—Es un decir, nomás, para que aprienda a no ofrecer lo que no puede brindar. Como iba diciendo, ¿no? aquí me tiene pa prieguntarle si está dispuesto a ayudarme a vivir del estao, al igual que usté.

—¡Sujetá tu lengua, bagual!

—¿Por qué? el buey si lo sujeta, no puede lamberse. ¿Acaso no tenemos el mesmo derecho a la recompensa? Y deno vea: usté hace arrear cuatreros a la comisaría pa hacer méritos ante su jefe, pero si no hubiera gente mañera y de mi laya se cerrarían las comesarías de campaña. Los matreros robamos pa que no se aburran los milicos, y de ahí se les conoce su habilidá, si no hubiese ratones ¿cómo se sabría cuando un gato es cazador? ¡Bastante pan les he hecho comer con mis fechorías, acarreándoles méritos y ascensos ¡caracho!, porque nojotros, señor, comesario, ensuciamos el partido de gente maleante, como dicen en difícil, y ustedes lo limpian. ¡Tuito es trabajo!, el perseguir, y el juyir, y no olvide que a veces cuando se da güelta la suerte, esta suele ser como la tripa gorda, lo que hoy está cerquita e'l rabo, mañana no más puede ser bocao sabroso p'al paladar, ya ve, si por onde me busquen tengo hecho bien al prógima! Con que hablemos claro, y no gastemos saliva al cuete. Si usté me consigue un empleito descansao, como son los del gobierno, yo le asiguro que mientras vivan mis nueve hijos, los milicos no tendrán sosiego, y hasta se dejarán capturar, como dicen los leídos, y usté, como siempre, será el beneficiao con la hazaña, pero de no ¡que se hagan gente e'bien!, pues con el ejemplo del desagradecimiento al padre les bastará pa acobardarse, ¡qué caray!, y entonces verá usté como la almíbar se güelve yel, porque se cerrarán las comesarías por falta e'trabajo, y usté quedará cesante, teniendo que ratear pa vivir decentemente, y deno haga memoria y recuerde aquel robo simulao que usté me ordenó que hiciera, y que le valió el nombramiento é'comesario, y a mí unas pilchas nuevas. Es en balde don, tuito es cuestión de ser baqueano en sobar el cuero, pa que sirven las botas. ¿De maneera que trato hecho?, ¿no?

—Andá no más, ya lo pensaré.

—Así me gusta compañero, mañana, en cuantito raye el día, tiene usté aquí un corderito de peya, pa relamerse el hocico, prepare el asador, y los melicos que salgan a rastrear al matrero, dispué que yo haiga llegao con el rigalito...

Doroteo se despidió, y una vez en la calle, desata su pingo, sonríe satisfecho y haciendo una guiñada dicen en alta voz:

¡Ahijuna, quién sabe si con el tiempo también yo no yego a comesario!

LA PERSEVERANCIA

No hay destino, ni hado, ni suerte, capaz de engañar, detener o desviar la firme resolución del alma fuerte. Las dotes poco valen. Sólo es grande la voluntad que contra todo se abre paso, pronto o tarde. ¿Qué obstáculo detiene la poderosa corriente del río que fluye al mar? ¿Qué fuerza impele en su gloriosa ascensión al día? El alma victoriosa, es la que supo ser más fuerte y no creyó en la suerte.

Afortunado el que nunca se desvía de su propósito y cuya más leve acción se encamina a los más altos fines de la vida, de él será el triunfo.

E. WHEELER WILCOX

Un hombre sensible

Por Concha Espina

A Lucas San Martín le hacía daño la vida porque era buenísimo; pero se daba cuenta de que lo era. De noble inteligencia, inquieto y fino, le perdía el primer impulso, hijo de su sensibilidad extremada. Primer impulso de curiosidad afectiva, de reacción fraternal, de compasión, de interés, de indignación generosa, de atención servicial, de susceptible dignidad, siempre ponderada y amplia... Ya hemos dicho que Lucas San Martín era un hombre buenísimo.

Consciente al mismo tiempo de la propia discreción y seguro de poseer tacto y habilidad suficientes para desenvolverse por el mundo, no sabía a qué atribuir ese daño que le hacía la vida, esa cruel ospereza con que parecía vengarse de sabe Dios qué defectos ignorados, de qué torpezas inadvertidas... Lucas San Martín se volvía en vano, sobre el espejo de la propia conciencia, buscando causas, intentando desentrañar culpas, tanteando deficiencias y, en sus mejores momentos, anhelando justificaciones.

Pero no era allí, en el reflejo de la voluntad, donde estaban la cifra y el secreto y la clave... Si en vez de cerra los ojos y encogerse sobre la propia conciencia, los abriera para lanzar un rebote de egoísmo fuera de su intimidad, vería que no era precisamente la carencia de un cierta virtud lo que transtornaba el ritmo de su vida. Pecaba, al contrario, por exceso de virtudes; que en la rígida armonía del mundo pueden ser una maldición y un fatal defecto las mayores excelencias. En realidad, Lucas San Martín era un santo. Imaginad ahora el papel de un santo que estudia la carrera de arquitectura en una escuela de nuestros días. Por otra parte, la santidad suya era más bien temperamental, no iluminada por místicos resplandores. No era un incrédulo, pero sí lo bastante escéptico para no gozar de ese dichoso baño de gracia, esa fe inmaculada de los verdaderos elegidos que nunca se opuso al entusiasmo artístico, al rudo trabajo material, a la ingente empresa de los antiguos "maestros en piedras vivas", arquitectos y hombres de religión y de fe al mismo tiempo, como si el entusiasmo interior, el fervor religioso y el puro deseo estimulasen sus claros impulsos de hombres, su voluntad de acción y de victoria.

———

Esta tarde de junio, cuando Lucas San Martín—alto, foraido, el gesto apacible—llegó al café, traía los ojos embriagados, radiante en ellos toda la fuerza de la hora postmeridiana. Se sentó en el rincón de siempre, sumergido en la penumbra; pero hasta él llegaba esa claridad bronca de la calle, que de cerca estimula y de lejos hiere. Represada por los muros del edificio, se entraba, violenta, por los ventanales.

Va llegando la gente con la querencia atávica de la bebida maravillosa, del estruendo de la conversación y del sahumerio del tabaco. Situado este café de Madrid en el límite del centro ciudadano, y al mismo tiempo en la linde de los admirables barrios bajos, participa de un hetèreogéneo público burgués y popular. Sé ven mujeres solas. Muchachas esbeltas, bien vestidas, primorosamente calzadas. Sin sombreros. Muchachas de costumbres libres y limpias, como fueron siempre las del pueblo castellano. Su presencia en algunos cafés es un síntoma vivo de modernidad, precisamente porque es un alarde de tradición.

Lucas San Martín abrió sobre el mármol de la mesa el grueso libro de texto, amable ahora, después del examen de fin de curso. Entre sus hojas guardaba la papeleta, fresco aún de tinta el anhelado "sobresaliente". La dulce expresión del muchacho no delataba orgullo, ni entusiasmo siquiera. Diríase que reservaba su alegría, lleno de nostalgia el corazón. Allí, en la penumbra del café ruidoso, entre las voces duras y los ademanes recios, callaba y esperaba un hombre sensible...

Llegó, solapada, la tragedia hasta el rincón del café, hasta el hombre bueno que esperaba. Llegó en la fría blancura de aquel billete escrito por una mano dedicada y firme. Hizo el estudiante un doloroso esfuerzo para dominar el arrebato de los pulsos, y logró reprimir el síntoma delator y enterrar las voces de su angustia para poner una firma clara y serena en el talón del continental, bajo las mayúsculas impresos que decían: *recibido*...

La obscuridad, que en el teatro moderno ha substituído al melodramático "cae el telón" de otros tiempos, no es, al cabo, más que el trasunto de esta vida de masas en las grandes ciudades, donde, ¡cuántas veces!, los más bárbaros conflictos humanos se hunden en la penumbra anónima, sin declamación y sin literatura. La muchedumbre devora al individuo y ahoga su dolor y su lamento. Así vivió Lucas San Martín, silencioso, mudo, el "final" de su drama. Miró a su lado la silla vacía por una ausencia que le desolaba, por una ausencia presentida casi, pero inexplicable de aquella manera, con aquel "no puedo ir", sin disculpas; con aquel "no volveré más", sin apelación posible.

Que el deporte amoroso no gana "el mejor hombre", lo sabía muy bien nuestro estudiante, y daba su duelo por perdido. Lo que añadía ahora una tortura nueva y cruel a su viejo dolor y a su tristeza, era esta emboscada fuera de la buena lid y del *fair play*.

Porque había adivinado detrás de la mano delicada y firme, una taimada sugestión, el mandato brutal de una voluntad sin freno. No le torturaba tanto el que dejase de ser en su vida una esperanza y un señuelo de ilusión la mujer para quien resevaba su alegría y su fuerza de hombre sensible, como que se la arrebatara rudamente, "por derecho de conquista"... Y una ira sorda se apoderó de él, una ira impresionante en su tensión reprimida. Durante aquellos minutos de intensidad se abandonó, por primera vez, al obscuro acicate del instinto, que nunca falla en el hombre, porque es una potencia inhumana. El rumbo de su existencia parecía torcer por un cuadrante nuevo, al realizarse en él esa transformación terrible que supone la eliminación de un prejuicio moral... Así, el golpe de un desengaño, el derrumbe de una convicción aligeran la conciencia, hacen más fácil el camino y más libre el movimiento de los hombres... Es la triste experiencia que entenebrece las almas y las hace felices en la tierra. Donde hay virtudes sin fe, las arranca el dolor con sus hachazos...

———

Lucas San Martín cerró, brusco el libro de texto, estrujando en sus hojas la papeleta cándida con el "sobresaliente" fresco aún de tinta... Momentos después cruzaba la calle, bronca de sol. Eran ágiles sus pasos, y tenían sus pupilas un vigor extraño.

EVANGELICA

Los verdaderos exponentes de un ideal — que son los internamente organizados y externamente equilibrados para la realización del ideal ese, — labraron su reputación definitiva y salvaron al ideal, poniendo a los desencantados y los desertores entre los muertos y los idos.

El que cuenta los que se van se hace esclavo de los que quedan y da la razón a los que se van.

Cuando la ausencia de alguien produce un vacío en tu ser y una desviación en tus ideas, es porque tú no eras tú, sino el que se fué, y porque no pensabas con tus sesos, sino con los del ausente; no me vengas, entonces, con la música de tus excelencias.

Si eres de los que enferman en el silencio del olvido, de los que arrincona la malquerencia general, de los que desconcierta y encoleriza la calumnia, de los que mata la ingratitud, nada se habrá perdido con tu defunción.

El que quiera sobrenadar en el tiempo, a pesar de los siglos, ha de sobrenadar en la vida, a pesar de todo y de todos: la posteridad tiene presente la fisonomía de los vencedores y de los vencidos; pero a los que se quedaron a la vera del redondel apenas los imagina.

A fuerza de producir desencantos se suele llegar a ser encantador.

La humanidad es harina viviente que quiere ser amasada: hazla pan.

Los realmente grandes lo son por comparación con el nivel humano, como las montañas con el nivel del mar; pero no por confrontación recíproca como las aves de corral.

ALMAFUERTE

LA SEMANA MEDICA

ACCION DE LOS TONICARDIACOS SOBRE LOS TRASTORNOS CIRCULATORIOS DE LA DIFTERIA

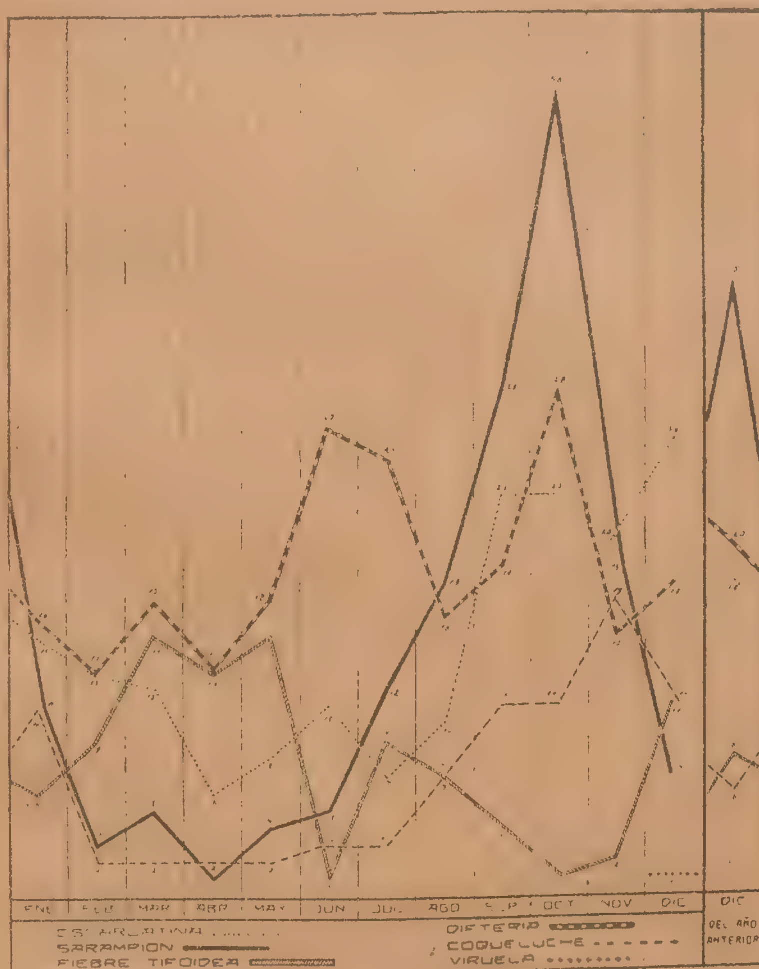
Los Dres. Edmund y Cooper han comparado la acción de los principales tonicardíacos en la difteria, tomando 3 grupos de perros preparados con la toxina diftérica, en etapas diferentes de intoxicación. Los resultados de las drogas son apreciables por las modificaciones de la tensión arterial y la intensidad de los latidos cardíacos. En el período próximo a la muerte, toda acción teraupética (intravascular, intracardíaca) es nula, en otros animales menos enfermos, (tensión arterial a 40-60 m. m.) la digital, pituitrina y adrenalina actúan bien aunque transitoriamente. Los mejores resultados se obtuvieron con la solución fenicada caliente al 10 o|o. Las inyecciones salinas fueron sin efecto como también el alcanfor, la estricnina y la cafeína.

EL EMPLEO TERAUPETICO DE LA DIGITAL: VIA ENDOVENOSA. DRES. ROBINSON, WHITE, EGGLESTON Y HATCHER

La indicación mejor del medicamento es la insuficiencia cardíaca con arritmia completa. Los resultados son netos, especialmente en sujetos jóvenes, con corazón reumático. Está indicada en el Flütter auricular, que transforma en arritmia completa, que es el preludio del retorno al ritmo normal. La indicación es neta cuando hay taqui-ventriculia. La extrasistolia no contraindica su empleo. La taquicardia paroxística no la reclama, no habiendo insuficiencia cardíaca. En el bloque aurículo-ventricular no está contraindicada, sino cuando el trastorno de conducción es parcial o incompleto. Su empleo se extiende a toda insufiencia cardíaca de origen indeterminado. El empleo "per os" es suficiente casi siempre, pues en dos horas la absorción del medicamento es casi completa. La indicación de la vía endovenosa, está hecha en caso de urgencia mayor. El mal estado del miocardio, puede contraindicar la brutalidad de un tal empleo. Hay insuficiencias cardíacas agudas (obliteración coronaria) que pueden terminar en un instante por fibrilación ventricular. Esta puede ser determinada por la digital. Lo mismo puede ocurrir en toda insuficiencia cardíaca en que el miocardio esté más o menos alterado por lesiones exteriores o crónicas latentes.

LA TRANSFUSION EN LA PURPURA HEMORRAGICA

Larrabee insiste sobre el rol que juega en la transfusión sanguínea, en los sujestos atacados de púrpura hemorrágica, la introducción en la sangre, de las plaquetas sanguíneas del donante. La práctica de la citratación de la sangre inyectada tiene el inconveniente de disminuir considerablemente el número de estas plaquetas. Hay que preferir, dice, los procedimientos de transfusión fundados en el parafinamiento de los aparatos empleados.



En este diagrama que hemos extraído del boletín que publica la dirección de estadística de la Municipalidad de Buenos Aires, se puede observar la mortalidad por enfermedades infecto-contagiosas registrada en nuestra capital, durante el transcurso del año 1928. Por el mismo cuadro podrá verse cómo la demostración gráfica alude a cada uno de los meses que integran el año y también al año anterior, a los efectos de que pueda establecerse una exacta comparación entre los períodos consignados.

TRATAMIENTO DE LAS ULCERAS VARICOSAS POR LA SIMPATECTOMIA PERIARTERIAL, SEGUIDA DE INJERTO DERMO-EPIDERMICO

M. Cotte, en dos casos de úlcera varicosa, de grandes dimensiones, ha ultilizado la simpatectomía peri-femoral. En un hombre de 66 años la úlcera fué mejorada por la diatermia, después se practicó una simpatectomía perifemoral, y en la misma sesión la safena interna fué resecada sobre cuatro puntos. La cicatrización se produjo rápidamente y no fué necesario recurrir al injerto dermo-epidérmico. En un segundo caso, mujer de 36 años, seis días después de una simpatectomía con exición de la piel enferma, la úlcera fué recubierta con injertos de Thiersch, la calidad de la cicatriz fué excelente. La simpatectomía no constituye un tratamiento curativo de la úlcera, actúa modificando el terreno y la flora microbiana, los injertos dermo-epidérmicos no deben practicarse en la misma sesión, sino algunos días más tarde.

EL DR. ROFFO, MIEMBRO DEL COMITE INTERNACIONAL DEL CANCER

El Comité Internacional del Cáncer, con sede en Londres, caba de elegir miembro por la República Argentina al Dr. Angel H. Roffo. Esta designación, que importa un honroso reconocimiento de la importante labor científica desarrollada por el Dr. Roffo, constituye también una demostración del mérito que se atribuye a la colaboración de nuestro país en el estudio de los grandes problemas que preocupan a la ciencia médica.

La distinción conferida al doctor Roffo reviste además una significación práctica de indudable importancia, ya que la obra de conjunto que el comité realiza constituye para los investigadores una fuente de mutua y provechosa cooperación.

DRES. A. CAMAUER, J. SACON Y G. MORTOLA: RUPTURA ESPONTANEA DEL CORAZON.

Relatan una observación de un caso en el cual después de varios días de malestar general caracterizado por epigastralgias, nauseas, vómitos, sobreviene en forma súbita e inesperada la muerte.

La necropsia realizada horas después da ruptura espontánea a nivel de la pared posterior del ventrículo izquierdo con un hemopericardio de un litro más o menos.

El examen histológico reveló una miocarditis supurada con exudado polinuclear, necrosis, cariolisis y miocarditis intersticial crónica, habiendo sido este diagnóstico realizado por el Dr. Domingo Mosto.

Los comunicantes entre otras consideraciones dicen que jamás se produce la ruptura espontánea del corazón con un miocardio sano, y que es condición indispensable que el miocardio esté enfermo. Frecuentemente la ruptura se produce en un sólo tiempo produciendo la muerte en forma instantánea como en el caso relatado.

METODO SIMPLE DE EXPLORACION DEL TONO VAGO SIMPATICO. FINCK

Se toma la curva oscilométrica al Pachon, 5 minutos más tarde una segunda curva sobre la misma arteria. La segunda es comunmente más amplia que la primera. La diferencia de amplitud entre las dos curvas, traduce la excitabilidad del simpático. Si entonces se ejerce, una compresión sobre los globos oculares y se toma una tercera curva oscilométrica se constata un nuevo aumento de amplitud cuya diferencia con la segunda, traduce la excitabilidad del vago.

Un viaje involuntario

por Luciano Biart

(*Continuación*)

—Tiene 660 kilómetros en longitud por 260 de latitud y está dividida en dos secciones, o sea, república dominicana o imperio haitiano. Esta isla, la más próspera de las colonias francesas, rebelose contra la madre patria en 1791. Debido a una equivocación lamentable, los negros pasaron a cuchillo a los blancos que acababan de darles la libertad. Desde aquella fecha, a pesar de una tentativa llevada a cabo en 1802 para reconquistar el territorio perdido, la parte de la isla dominicana llamada Haiti ha conservado su independencia.

Una vez engolfado en el capítulo de las preguntas, Azogue perdía los estribos; así pues, fué preciso que el ingeniero le contase de pe a pa la historia de Santo Domingo, la de su libertador Toussain Louverture y la de su segundo Dessalines. Al saber Azogue que la tierra que tenía a la vista producía azúcar, café, nueces de coco y que en sus bosques vivían varias clases de monos y de papagayos, entróle una gran comezón de visitarla e hizo votos para que el *Davis* aportase en su capital, es decir en Puerto Príncipe.

Naturalmente que hubo que explicarle porqué el *Davis* y el *Fulton* marchaban de conserva, escoltados por una fragata española y un bergatin haitiano. A las doce del día siguiente, hora en que Azogue subió a cubierta en compañía de su maestro, todo parecía en el mismo estado que la víspera; la costa se extendía hasta perderse de vista de Levante a Poniente, y las cuatro embarcaciones navegaban a la distancia de quinientos metros las unas de las otras. Los tripulantes del *Davis* que había en el puente llevaban todos camisetas de lana de distintos colores, en vez del uniforme que ostentaban los de los demás buques.

—Diviso allí, dijo el comodoro dirigiéndose al señor Pinson, una mezcla de hombres, hez de todas las nacionalidades, que quisiera ver colgada al tope de mis mástiles. Abrigo sentimientos humanitarios, caballero, y aunque ha de atribuirse a ceguera la rebelión de los habitantes del Sur contra sus hermanos, en ellos sólo reconozco enemigos nobles; pero ¿a qué se mezclan en nuestras disensiones esos extranjeros?

A esto habiese podido contestar el señor Pinson que en el ejército del Norte abundaban los irlandeses y alemanes; más habíase propuesto no entablar discusión sobre el particular con el comodoro, y en esta ocasión también supo contenerse, aunque no sin violentarse.

—¿Y no volverá a pertenecer a Francia la isla de Santo Domingo? preguntó de repente Azogue.

—No, muchacho; nuestro país ha renunciado a los derechos que sobre ella tenía; el territorio que estás viendo no forma parte de Haiti, sino que estamos en frente



¡Cargue usted las velas! gritó el comandante del "Fulton"

de la isla inmediata, llamada Cuba, cuya capital es la Habana.

—¿No es en la Habana, objetó Azogue, qué se fabrican los mejores cigarros del mundo?

—Sí, y su reputación es muy legítima. La isla de Cuba, que arrebató a Santo Domingo el dictado de *Perla de las Antillas*, es la mayor de las islas que los geógrafos han dividido en pequeñas y grandes Antillas. Pertenecen a la última división Cuba, Haiti, Jamaica y Puerto Rico; las pequeñas Antillas constan de las islas de Santhomas, San Juan, Anguila, San Bartolomé, San Eustaquio, la Deseada, la Domínica, la Martínica Tabago, Trinidad, Curazao, etc., etc. Respecto a la isla de Cuba has de saber que fué descubierta por Cristobal Colón; que mide 1,150 kilómetros de Este a Oeste y unos 170 en latitud. Al igual de Santo Domingo, produce café, tabaco, cocoa, arroz, etc., y contiene minas de oro y de cobre.

Mucho agradó a Azogue la noticia de que probablemente el *Fulton* arribaría a la Habana. Armado de un anteojo se entretuvo largo rato en examinar la costa, y cada vez que veía alguna casa o algún ser humano lanzaba exclamaciones de contento. Una pobre ave, llevada hasta el *Fulton* por la brisa, posóse en el tope del palo mayor; apresada por un marinero, éste la regaló al muchacho. Era un bonito gorrión de plumas azuladas, lo cual acrecentó la admiración de Azogue por los países que nacen tales pajaritos.

Durante otros tres días las cuatro embarcaciones navegaron de conserva, hasta que por último divisóse la punta y el fuerte del Morro, detrás del cual se encuentra situada la Habana. De improviso el bergatín haitiano saludó a sus compañeros y viró de bordo para navegar hacia su país. Empujados por la brisa el *Fulton* y el *Davis*, a menudo se aproximaban el uno del otro, en cuyo caso el comodoro apenas podía contener su impaciencia y decía en alta voz que iba a atacar al corsario, más que tuviera que habérselas con la nave española; pero la falta de combustible, que no le había dejado maniobrar convenientemente, le ataba las manos: así pues, forzoso fué resignarse. Por otra parte, los Estados Unidos de América tenían un enemigo harto poderoso en sus hermanos del Sur para pensar en procurarse nuevas enemistades.

A eso de la tres de la tarde el *Davis* se metió en el angosto canal que conduce a la Habana, cuya preciosa rada no se ve hasta que se penetra en ella. Después de reunir el señor Pinson las cuantas camisas que constituían su equipapaje y el de Azogue, se instaló en el puente, para poder saltar a tierra el primero. Habiendo entablado conversación con un guardia marina que conocía el puerto principal de la grande isla española, le preguntó por los medios de comunicación que existían con el viejo mundo, y supo, no sin satisfacción, que había una línea de vapores de la Habana a Cádiz y otra que se dirigía a un puerto de Inglaterra. Ansioso de pisar cuanto antes la tierra de su patria adorada, el señor Pinson resolvió embarcarse en el vapor que primero partiese de la Habana.

Mientras tanto el comodoro, rodeado de sus oficiales, discutía acaloradamente, asestando el anteojo ya a un punto ya a totro del horizonte donde aparecían los mástiles de una veintena de embarcaciones, unas que abandonaban el puerto, otras maniobrando para penetrar en él. El castillo del Morro se divisaba a simple vista, de modo que Azogue estaba absorto en la contemplación de los centinelas que iban de un lado para otro de la muralla. De repente la chimenea del *Fulton* despidió densas nubes de humo; arriándose las velas, la hélice volvió a funcionar y la embarcación viró de bordo, alejándose rápidamente del sitio donde el señor Pinson ya se veía anclado.

—¡Volvemos a emprender la marcha mar afuera! exclamó Azogue.

El ingeniero, sofocado por el coraje, no tuvo aliento para contestar, y se dejó caer sobre un banco.

CAPITULO XVII

Ardid de guerra.

Por espacio de diez minutos el señor Pinsón permaneció inmóvil, con el lío de camisas a sus pies, en un estado completo de postración.

—¡Vamos! murmuró, ¡héme aquí, por obra y gracia de Boisjoli, convertido en émulo del Judío errante!

De repente se levantó y fijando sus ojos en Azogue, que se encontraba a su lado, preguntóle:

—¿A dónde nos encaminamos? ¿A Europa? ¿a los Estados Unidos? ¿a la China?

—Lo ignoro, señor, contestó el muchacho todo mohino.

—¡Cómo me pone usted la cara seria, señor Pinsón! dijo el comodoro que se frotaba las manos de contento.

—¿Acaso no me dijo usted, profirió el ingeniero, que su nave estaba falta de carbón, que esta noche anclaríamos en la Habana, que el *Fulton*...?

—¡Vaya! ¡vaya! dijo el oficial interrumpiéndole; tenga usted un poco de paciencia, caballero, y verá como todas mis promesas se convierten en realidades.

—¿Podría usted decirnos a donde vamos?

—A alcanzar las cinco embarcaciones que se ven a lo lejos.

—¿Y con qué objeto? ¿acaso son buques piratas?

—Al contrario; estos barcos van cargados de carbón de Nefcastle.

—¿Y usted piensa pedirles el combustible que llevan a bordo?

—Es usted muy libre de creer lo que le plazca, señor Pinson; mas confío en que antes de cuarenta y ocho horas el *Fulton* estará anclaro en el puerto de la Habana.

—Nadie lo diría al ver la dirección que lleva, objetó el ingeniero señalando el mar: a pesar de que, según usted, la nave de su mando carece de carbón, en este momento anda más a prisa que nunca.

—Se están consumiendo los últimos restos del combustible, contestó el comodoro, y, para que usted se tranquilice, voy a explicarle mis intenciones. Usted tal vez ignore, caballero, que del puerto de la Habana no se sale así como quiera. Temeroso el gobierno español de que otra potencia se apodere a traición de la isla de Cuba, muéstrase desconfiado con cuantos visitan su colonia y tiene mucho apego a los antiguos reglamentos marítimos.

—¡Los reglamentos marítimos! repitió el señor Pinsón. Cómo se entiende! Parece imposible que esos malditos reglamentos vengan a contrariar nuevamente mis deseos oponiéndose al apetecido desembarque.

—Deje usted que concluya, repuso el marino. Ha de saber usted que una vez anclada en el puerto de la Habana una embarcación, queda sujeta rigurosamente a dichos reglamentos; además, según ellos, el *Davis* no puede permanecer en la Habana más que el tiempo estristamente necesario para proverse de víveres de refresco. De consiguiente, mientras que mi buque se abastece de carbón, el corsario podría levar el ancla de improviso y escabullirse como una anguila antes de que el *Fulton* tuviera tiempo de desamarrar. Yo no quiero verme burlado de esta suerte; por lo tanto, antes de penetrar en el puerto habré hecho provisión de carbón, para poder seguir todos los movimientos de mi enemigo.

Estas expicaciones consolaron un tanto al señor Pinsón, sobre todo al asegurarle su interlocutor que aunque consiguiese proveerse de conbustible penetraría en el purto de la Habana para poder vigilar mejor al corsario. Durante esta conversación, el vapor habíase aproximado a las embarcaciones cargadas de carbón, que al verle izaron el pabellón inglés. Pronto el comodoro dirigiólas la palabra con el auxilio de su bocina, ordenando a la que estaba más cerca que arriase las velas y se detuviese.

—¿Qué quiere usted? preguntó el capitán inglés harto malhumorado.

—Que me ceda el cargamento de carbón que lleva, respondió el comodoro.

—No puede ser, caballero: me está prohibido venderlo.

—¡Cargue usted con las velas, vociferó el comandante del *Fulton* con voz imperiosa, o de lo contrario en menos de diez minutos inutilizo todos sus mástiles!

—Inglaterra está en buena armonía con los Estados Unidos, objetó el capitán de la embarcación mercante.

—No lo niego; de esta suerte todo se hará en debida regla, replicó el comodoro, y pagaré a usted en el acto el carbón que me suministre.

El capitán del buque mercante miró en derredor suyo con la esperanza de descubrir alguna nave de guerra de su nación, cuyo auxilio invocaría. A pesar de estar unidos por un estrecho parentesco los norteamericanos y los ingleses, hay que confesar que John Bull y Jonthan, primos hermanos, según ellos se nombran, detéstanse cordialmente. Como no había por aquellos contornos ningún buque inglés, fuerza fué obedecer. Empezada la operación de trasbordo del carbón, ocupó a todos los marineros del *Fulton* durante veinte y cuatro horas.

Impulsado nuestro ingeniero por una idea que acababa de invadir su mente, arrastró a Azogue hasta la embarcación mercante, donde se avistó con el capitán. Este, asaz malhumorado, estaba vigilando el trasbordo del combustible; pero el señor Pinson logró hablarle y expresarle su deseo de tomar pasaje en el buque inglés si es que, una vez trminada la descarga, se dirigía a la Gran Bretaña, como él presumía. Nuevamente vió nuestro amigo contrariados sus deseos por los malditos reglamentos marítimos: el buque iba destinado a Sisal, puerto del Yucatan, a donde se encaminara para tomar cargamento de retorno. Descorazonado el señor Pinsoń, dirigió sus pasos hacia el *Fulton*, y ya en él fijó los ojos en la costa, esperando que algún bote salido del puerto de la Habana pasase cerca del vapor y que quisiese tomarlo a bordo.

Al anochecer el *Fulton*, llevando a remolque al buque mercante, se acercó a la costa, para ejercer mejor vigilancia sobre el corsario. Los marineros trabajaron toda la noche, sin dejar un momento de estar en acecho. Al alba del día siguiente, después del vaiven y bullicio producidos por el trasbordo, el señor Pinson y Azogue, que no habían logrado cerrar los ojos, subieron a cubierta. El sol asomaba su rubicunda faz por el horizonte, y gracias a la enorme capa de aire que se interponía entre el astro diurno y la nave norteamericana, cuantos iban a bordo podían desafiar impunemente la luz de sus rayos. La tierra aparecía como un manto de verdura, salpicado de manchas blancas, cada una de las cuales constituía una vivienda. Sobre los picos de las colinas se destacabana, en medio del azulado firmamento, las extrañas sombras de corpulentas palmeras y añosos cedros.

—¡He aquí algunos pilotos, exclamó un marinero; ya tenemos cerca a los tiburones!

Al oir el nombre de tiburón, Azogue se aproximó al marinero que acababa de hablar e interrogóle: éste, inclinándose hacia el mar, cuya trasparencia permitía ver hasta a algunos metros de profundidad, le enseñó cinco peces del tamaño de una merluza grande, cuyo cuerpo ostentaban varias fajas negras. Esos peces nadaban pausadamente a ambos costados del *Fulton*: eran los pilotos que, según acababa de afirmar el marinero, formaban la vanguardia de los tiburones.

Extrañado el muchacho lo que había oído, se reunió con su camarada, a quién preguntó:

—¿Es cierto, que casi todos los tiburones son ciegos y que los peces llamados pilotos les sirven de perros?

(Continuará)

PENSAMIENTOS

Ya vengan la riqueza o la necesidad, el bien o el mal, acéptenlo de buen grado jóvenes y viejos. Inclinen su frente ante la Soberana Voluntad, acomodándose a ella con ánimo alegre. El que pierde o el que gana el premio, vaya en buena hora a perder o a conquistar según pueda. Pero ya caigas vencidos o ya triunféis, sed por Dios, siempre caballeros. — THACKERAY.

* * *

Cuanto más trabaja un hombre, tanto más sabe. — SAN FRANCISCO DE ASIS.

* * *

El día es desmesuradamente largo para quien no lo sabe apreciar y emplear. — GOETHE.

* * *

Nada grande empezó por grandes comienzos. — JOSE DE MAISTRE.

* * *

Las palabras de Cristo hacen valientes a sus caballeros — WYCLIFFE.

* * *

La fama, última debilidad de las grandes almas, es la espuela que excita a los espíritus elevados, para despreciar deleite y vivir días laboriosos. — MILTON.

* * *

Yo no sé que un noble espíritu puede; sin avergonzarse ni cometer delito, sacar de su trabajo un legítimo tributo. — BOILEAU.

* * *

No creáis que la justicia se alberga en las almas dominadas por la ambición. — BOSSUET.

* * *

El primer deber de los reyes es la justicia. — NAPOLEON I.

* * *

El equilibrio de la justicia es falso cuando una eterna y ciega misericordia pesa sobre uno de los platillos de la balanza. — ALEJANDRO DUMAS.

* * *

La tolerancia es tan necesaria en política como en religión; sólo el orgullo es intolerable. — VOLTAIRE.

* * *

La amistad debe ser infinitamente más tolerante que el amor. — MADAMA DE GENLIS.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

UNA CUCHARADA DE SAL DISUELTA en medio vaso de agua fresca, es un buen remedio contra la indigestión. Se toma antes de cada comida.

PARA QUE LAS MOSCAS NO ENSUCIEN LOS CRISTALES de las ventanas y balcones, se limpian del modo usual, se les da un poco de trementina y se abrillantan con un paño suave. De este modo las moscas no se posarán en el vidrio.

COMO NO SIEMPRE SE TIENE A MANO ALAMBRE GALVANIZADO conviene saber la manera de estañar el alambre ordinario con lo cual se conserva siempre limpio y adquiere más solidez.

He aquí el sistema: Se empieza por limpiar muy bien el alambre bañándolo en ácido muriático y lavándolo después al chorro de una fuente. A continuación se vuelve a bañar en el ácido muriático, echando antes unos trozos de cinc para descomponerlo.

Al sacar el alambre de este baño se echa en un recipiente que contenga estaño fundido, se saca en seguida y se frota bien con un pañuelo de estopa para alisarlo.

Siguiendo este procedimiento, que es sencillísimo, el alambre queda perfectamente estañado y puede dársele infinidad de aplicaciones, sobre todo si se trata de usos en que tenga que soportar humedad, como, por ejemplo, en los tendederos, pues ni el alambre se enmohece ni mancha la ropa.

PARA FABRICAR LOS ESPEJOS PLANOS DE CRISTAL, hay que preparar éste pulimentándolo, lo cual se hace primero con asperón grueso, luego con esmeril, y por último se frota con colcotas. Después se procede al azogado.

Para esto se toma una hoja de estaño de las dimensiones del cristal, y que deberá ser sólo de una pieza para que no produzca rayas el cristal. Esta hoja de estaño se pone sobre una mesa de mármol, y se echa una capa de mercurio, cuyo espesor será de 4 a 6 milímetros.

Se coloca luego la lámina de cristal en el extremo de la hoja de estaño, de modo que sus bordes despidan el mercurio sobrante. El cristal oprime con su peso la amalgama formada; colócanse además encima unos pedazos de yeso que ejercen una presión más fuerte, y se inclina un poco la mesa para que corra así el mercurio. Al cabo de quince o veinte días la lámina de estaño se apodera de todo el mercurio que ha podido.

Cuando se manifiestan algunas irregularidades en el cristal, debe principiarse de nuevo la operación, porque no pueden enmendarse; pero el estaño puede levantarse con facilidad, extrayendo por una parte el estaño y por otra el mercurio.

Siendo la humedad una de las grandes causas de alteración del alinde de los espejos, se ha tratado de evitar este inconveniente cubriéndolo con un barniz que sea lo bastante elástico para que no se agriete con los cambios de temperatura.

LAS MANCHAS DE FRUTA EN LOS DEDOS suelen ser difíciles de quitar con agua y jabón. En cambio, es facilísimo hacerlas desaparecer con una vulgar pajuela de las que usaban para encender nuestros abuelos.

Se enciende una de éstas y se expone al humo que de ella se desprende la parte manchada, humedecida previamente, y la mancha desaparece.

UN SUICIDIO EXTRAÑO

CUADRO PRIMERO

La muerta que habla

(La escena representa el despacho de trabajo de Lonfock-Holmes.)

El señor desconocido (entrando).—*Caballero, vengo a someter a su genial talento deductivo mi misteriosa e inexplicable situación. Desde hace diez años vengo ejerciendo la profesión de verdugo de sardinas...*

Lonfock-Holmes. — *¿Verdugo de sardinas?*

El señor desconocido.— *Sí; verdugo en una gran fábrica de conservas. Estaba encargado de decapitar las sardinas antes de meterlas en las latas. A fuerza de ver caer cabezas me volví neurasténico. Decidí suicidarme. Antes de seguir mi relato permítame una pregunta: ¿Soy visible a simple vista?*

Lonfock-Holmes.—*Sí lo veo a usted perfectamente. Además eso es muy natural.*

El señor desconocido.—*No, lo encontrará usted tan natural cuando sepa que he muerto hace dos horas.*

Lonfock-Holmes.—*¿Dice usted...?*

El señor desconocido.— *Digo que esta mañana me he suicidado, ahorcándome con una cuerda que até al techo del comedor de mi casa, calle de la Tumba, número 7.*

Lonfock - Holmes. — *Eso no es posible, puesto que está usted aquí.*

El señor desconocido.—*Pues, sin embargo es la verdad. En este momento estoy ahorcado en mi casa y estoy aquí al mismo tiempo.*

Lonfock - Holmes. — *Todo esto es extraño. Voy a su casa para comprobar yo mismo si está usted colgado del techo del comedor. De todo lo que cuenta deduzco que ha sido usted víctima de una alucinación. Aguárdeme aquí en compañía de mi fiel discípulo.*

CUADRO SEGUNDO

El suicida distraído

(La misma decoración)

Lonfock - Holmes (de regreso). — *Tenía usted razón, caballero. Su cuerpo, en efecto, pende del techo del comedor de su casa.*

El señor desconocido (asustado. — *Entonces, ¿quién soy yo? ¿Quién soy?*

Lonfock - Holmes. — *Tranquilícese. Al volver aquí he hecho mis deducciones. Usted es, de seguro, el espíritu del cuerpo ahorcado en su casa. Se ha rematerializado usted inmediatamente después del suicidio, y ha tomado la forma y el traje del cuerpo que acababa usted de dejar. Sin embargo, me ha llamado la atención un detalle.*

El señor desconocido (ansioso). — *¡Diga! ¿Qué detalle?*

Lonfock - Holmes. — *Lleva usted zapatos negros, y el cuerpo que hay colgado en su casa lleva zapatos amarillos.*

El señor desconocido. — *¡Amarillos! ¿Ha dicho usted amarillos?*

Lonfock - Holmes. — *Amarillos sí. Y de esto deduzco...*

El señor desconocido. — *¡Váyase al diablo con sus deducciones! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Soy un asesino!*

Lonfock - Holmes. — *¿Un asesino?*

El señor desconocido. — *Sí. Yo vivía con mi hermano gemelo. Aparte del calzado, nos parecemos de un modo sorprendente. Y lo ocurrido no puede ser más sencillo. En lugar de colgarme yo, me he equivocado y...*

Lonfock - Holmes. — *¿Y ha pasado usted la cuerda por el cuello de su hermano?*

El señor desconocido. — *Sí. Me he confundido con mi hermano gemelo. Creyendo ahorcarme, lo he ahorcado a él. ¡Cuidado qué soy distraído!*

TELON

CAMI

Hay que tener cuidado de no acercar mucho los dedos, pues podría ser contraproducente el procedimiento, y en vez de quitar las manchas causar una quemadura.

PARA QUE NO SE RESQUEBRAJE Y SALTE LA PINTURA DEL HIERRO deben lavarse previamente los objetos de este metal, calentarse y sumergirse por completo en aceite de linaza. Después, se aplica la pintura, la cual quedará tan agarrada que no la deteriorará ni el hielo, ni la lluvia ni el aire.

PARA LIMPIAR LA MADERA pintada o barnizada no hay nada mejor que el agua de te. Este agua se prepara cociendo hojas de te ya usadas en regular cantidad de agua. Con este líquido colado se friega la madera.

LOS RECIPIENTES DE BARRO que contengan materias grasas se limpian así: Se llenan con una solución diluída de permanganato de potasa y se dejan hasta que se haya formado una capa pardo-obscura de hidrato de manganeso; se tira entonces la solución y se friega el recipiente con ácido clorhídrico fuerte. Se desprende cloro, que destruye lo que pueda quedar de materia orgánica. Luego se enjuaga con agua abundante.

Las que son de hoja de lata, para limpiarlos, sobre todo cuando están ahumados, se hace una pasta con ceniza y aceite, y se aplica sobre el metal. Después se frota enérgicamente con un trapo y después con una franela. Si es necesario se repite la operación.

PARA RESTAURAR UN TRAJE DE PAÑO DESLUCIDO se ponen en un recipiente veinte hojas de laurel, se les echa encima 0,5 litros de agua hirviente y se dejan tres horas en maceración; se deshace el traje quitándoles los forros, se cepilla bien, se extiende sobre una mesa (de mármol, si es posible) y se frotan ambas caras con una esponja empapada en la infusión; se deja secar un poco y se plancha del revés con una plancha muy caliente. La seda puede tratarse del mismo modo. La hiedra produce idéntico efecto que el laurel.

NO SE DEBE ECHAR AGUA sobre el petróleo, porque si éste se inflama puede ocasionar perjuicios. Cuando el petróleo se inflama, lo mejor es echar leche sobre él y al momento se apaga la llama.

DEJANDO LA NARANJA al fuego durante unos minutos, puede después mondarse con suma facilidad.

Boletín informativo de la Cinematográfica Juan Probst

Tucumán 1458 — Buenos Aires

¿QUE DEBE SER UNA PELICULA POLICIAL?

Se han exhibido muchas películas llamadas policiales, pero, por lo general, tal calificativo ha servido para señalar a films de inferior calidad. Una película policial no lo es porque su asunto se refiera a delincuentes y policías, ya que ello significaría colocar a escritores como Conan Doyle, Wallace y otro, en la categoría de simples folletinistas. Hay en las novelas policiales un ambiente de misterio, que hace justamente que una novela de Doyle sea una obra de valor literario. En cine pocas veses hemos visto obras policiales bien hechas. Recordamos hace años una versión de "El misterio del cuarto amarillo", que era digna de elogios, pero por lo común, despreciando este tipo de asuntos, ningún director de categoría se dedicó a explotarlos. Es ahora Lamprecht, en Alemania, quien resuelve entrar en el género policial, para demostrar que existe en él elementos de sobra para hacer una obra maestra. Resultado de ese propósito es el estreno de "Crímen". ¿Qué es éste film? Simplemente una obra policial, pero ¡Qué maravillosamente realizada! A medida que pasan las escenas el público tendrá la sensación de que está leyendo las páginas de algún maestro del misterio, dentro de una línea de arte y de buen gusto digna de la alta categoría artística de su director.

"Crímen", que se estrenará en breve por el programa de la casa Juan Probst, es una obra maestra, digna de verse. Ha sido producida por la National-Warner Bros y sus exhibiciones en Europa han constituído uno de los más resonantes sucesos de la última temporada.

LO QUE DICE LA PRENSA INGLESA DE "PICCADILLY"

Pocas veces la crítica inglesa, característica por su parquedad en el elogio, ha dicho cosas tan entusiastas y elogiosas de un film, como de "Piccadilly", la última obra de Dupont, el director de "Varieté". G. A. Atkinson, el más destacadao y temido de los críticos cinematográficos ingleses, escriben en el *Sunday Express* "Ninguna opinión, ya sea profesional o no, cometerá el error al apreciar la nueva cinta de la Britisch International. No es solamente la mejor película que se ha hecho hasta ahora en Inglaterra, sino una de las mejores entre las hechas en el mundo".

El *Daily Mail* se expresa así: "Había muchas personas que dudaban que Dupont llegara nuevamente a la perfección manifestada en su obra "Varieté". Pues bien, en "Piccadilly" volvemos a encontrar todo aquello que contribuyó a hacer tan extraordinaria a aquella película.

Daily Chronicle escribe: "Es la cinta más conmovedora que se haya exhibido en Inglaterra". *The Referee* termina su crónica diciendo: Todos deberían ir a ver "Piccadilly" y el *Daily Telegraph* agrega "Dupont ha superado todas sus anteriores producciones".

CRIMEN

Superproducción policial de la National - Warner Bros

La acción de "Crímen" se inicia en un pobre hotel de barriada, en París, a donde llega un curioso personaje, acompañado de un frasco en el que lleva una ranita. Conocemos allí a una pareja de estafadores, interesada en obtener dinero de cierto rico comerciante, cuya hija habrá de comprometerse en matrimonio la misma noche que se inicia la acción del film. En determinado momento de la película, la mujer de la pareja de estafadores aparece asesinada, de manera que ante el público pueden ser autores del crímen el hombre de la ranita, el comerciante, el compañero de la muerta y alguno de los habitantes del hotel. De hecho es el comerciante el que se encuentra en peor situación, pues es él en realidad el esposo de la muerta, ha estado en el hotel sustrayendo a su mujer una alhaja que ella robara a su hija, para que esta pudiera usarla en el acto de su compromiso, por pedido de los padres de su prometido que se la obsequiaran, y finalmente, al llegar al hotel y ver a su esposa asesinada no denunció el hecho a la policía.

Por otra parte el hombre de la ranita ha sido visto en forma sospechosa, por lo cual es puesto bajo discreta vigilancia. El nudo del asunto al llegar a este punto, cuyo detalle no aclaramos del todo para no restar interés al film, es tan complicado que solo faltan pocos metros para terminar el film y nadie es capaz de asegurar quien es el verdadero autor del hecho. Este es descubierto en forma imprevista y lógica, siendo el culpable el que menos parecía. Es preciso gustar del desarrollo del asunto para comprender la forma como Lamprecht, el director de esta producción, ha sabido ir mostrando los elementos que componen la trama de la obra, para lograr mantener despierto el interés del público hasta el final, impresionante y bien buscado. "Crímen" se estrenará en breve por el programa de la casa Juan Probst y habrá de constituír una revelación de lo que puede un director de talento con un asunto policial.

ANECDOTA

El día de la inauguración del Hotel de los Inválidos, de París, Luis XIV se trasladó con gran pompa al hermsoo edificio, y al aparecer con su magnífica vestidura se produjo una gran agitación entre los desdichados inválidos, que se colocaban como podían para ver al Rey Sol.

Los guardias del Rey impidieron algo bruscamente que se acercaran a Luis XIV, pero el soberano vió que un mutilado le dirigía una mirada de triste reproche, y comprendiendo en el acto la situación, dijo a sus guardias:

—Señores, retírense. En ningún lugar de mi reino puedo encontrarme más seguro que entre estos valientes, heridos por la gloria de Francia. En adelante, yo y mis sucesores entraremos siempre solos en Los Inválidos.

Esta costumbre se siguió siempre, y el mismo Pedro el Grande, Zar de Rusia, para demostrar la estima que le merecían los que habían dado su sangre por un país amigo, tomó la sopa solo con ellos y bebió "a la salud de mis camaradas".

HEINRICH GEORGE, EL NUEVO EMIL JANNINGS.

Para la crítica y el público alemán Heinrich George, el protagonista de la película "Crímen" es el nuevo Emil Jannings. De físico parecido, aunque siendo George mucho más joven, su arte de ambos hechos a base de composición de tipos de carácter, se parece, sin dejar de ser ambos eminentemente personales. Hay en Heinrich George más ductibilidad que en Jannings, y así se permite abordar la nota delicada de la comedia junto a la hondamente trágica que ha hecho la fama de Jannings, y no hay crítico que no esté de acuerdo en señalar a George como una nueva gran figura de la cinematografía alemana, cuya vitalidad le permite encontrar de inmediato sustitutos las grandes figuras que el cine yanqui le ha podido quitar.

PRECAUCION

Enfermóse un campesino de los alrededores de Clermont, y como el gran médico Moulin se hallase casualmente en esta ciudad, quisieron ir a buscarlo; pero el enfermo se opuso terminantemente, diciendo:

—No, no; es un médico demasiado famoso. Que vayan a buscar al veterinario de la aldea; ése no se atreverá a matarme.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.—	Trimestre	$ oro 2.—
Semestre	„ 5.—	Semestre	„ 6.—	Semestre	„ oro 4.—
Año	„ 9.—	Año	„ 11.—	Año	„ oro 8.—
No. suelto	„ 0.20	No. suelto	„ 0.25		
No. atrasado	„ 0.40	No. atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

No. 22 — CHARADA

Lleva esa *prima segunda*
en el *prima tercia* a Blas,
y le dices que de *todo*
en casa no queda más.

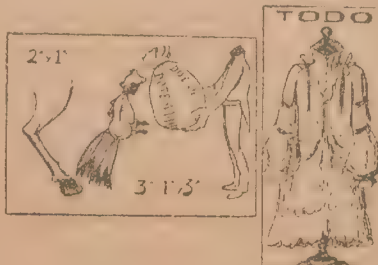
No. 23 — JEROGLIFICO



No. 24 — CHARADA

Un *todo* le quitó a Marta
el *tres-cuatro* que compró
y un banquetazo se dió
prima segunda tres-cuarta.

No. 25 — CHARADA EN ACCION



No. 26 — COMPRIMIDO

50 - 1 - 1000 - 0 |▭|

No. 27 — CHARADA EN ACCION



No. 28 — CHARADA

Según me dice Facunda,
se ha casado hace ya un mes
prima Tercera-segunda,
Primera-segunda-tres.

No. 29 — COMPRIMIDO

NEGRO i NOTA

No. 30 — JEROGLIFICO

MON**T**

No. 31 — FRASE CRIOLLA



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

No. 11 — Torero
" 12 — Conócete a tí mismo
" 13 — Dolo
" 14 — Una escopeta empavonada
" 15 — Tabaco
" 16 — Carnero
" 17 — Mustio
" 18 — Riendas
" 19 — Menoscabo
" 20 — Granadero
" 21 — Milico

Las aventuras de Limonada Roger, "balet" del Negro Gorostiaga. Por qué se llama Limonada Roger nuestro protagonista. Historia en varias series



Episodio I

Limonada Roger, balet del Negro Gorostiaga. Así, con B de burro, calificativo que le era aplicable por las múltiples barrabasadas en que incurrió en su vida de tronado magnate, rezaba la tarjeta de nuestro hombre, personaje de historieta dominical.

Limonada Roger había llegado desharrapado y triste a nuestra urbe, desecho inútil que la laboriosa Cataluña fondeó en el puerto argentino entre otros muchos cayos cosmopolitas. Aunque le tenía amor a España, no tuvo tiempo, ni talento, ni sensibilidad, para ponerse a tono con la lengua cristiana de la península. De ahí que al convertirse como primera providencia en valet del Negro Gorostiaga no pudiera prescindir de la b que, como burro, le cuadraba tan admirablemente. Limonada Roger, balet del Negro Gorostiaga, decía, pues, su tarjeta de visita. De cómo hizo, sin embargo, fortuna y posición para su nombre es el tema que ocupará nunestra atención de todas las semanas. El pintoresco sujeto lo merece. Por otra parte, será divertido amigo de nuestros lectores, y ello nos compensará, de tener que tratarle a fondo.

—¡Hola, señor Limonada Roger! — le hemos dicho de entrada nomás. ¿Siempre es usted "balet" del Negro Gorostiaga?

—¡No, señores, no! El Negro Gorostiaga ha muerto. Ya es apenas un recuerdo que, se lo pido a ustedes de favor, no quiero que lo evoquen en mi presencia. Ahora soy un personaje. ¿Qué importa que no tenga más cualidades que mi dinero?

Nos habían dicho que Limonada Roger contaba con muchos millones. Era exacto; pero ahí andaba el hombre, en su tachería de la calle S. presidiendo el mostrador en mangas de camisa, discutiendo el centavito a los clientes y multando a sus empleados, por cualquier futileza, hasta robarle la mitad del miserable sueldo.

—¿Pero por qué no se retira, usted, del negocio... — objetamos — si quiere que se le tome de verdad por personaje.

—¡Ah! ese es el quid de la cuestión — afirmó Limonada Roger. ¿Quién cuida "entonces la negocios?" según dijo el judío moribundo a la familia que lo rodeaba. Si yo me retirara — continuó Limonada Roger — mi casa se vendría abajo, en pocos días. No hay nadie que pueda robar tanto como yo a sus empleados, ni hay quien aproveche como yo la propaganda de la casa de enfrente.

Ipso facto, Limonada Roger, "balet" del Negro Gorostiaga nos explicó uno de los grandes factores de su rápido enriquecimiento. Tomen experiencia todos los vivillos pobres.

—Vean: yo nunca gasté un centavo para poder vender. Mis clientes me pagan con pequeños avisos el catálogo que repárto. Esto en primer lugar; en segundo lugar, me fijo en diarios y revistas donde hay una tachería que hace mucha propaganda. En seguida me instalo enfrente, y como no hago avisos en ninguna parte puedo vender más barato. Por ejemplo, como le tengo tanta rabia a los italianos, mi casa central está al lado de otra muy importante del ramo que distribuye avisos a granel. El público que concurre llamado por la propaganda ajena no tiene inconveniente en cruzarse de acera, y entrar también en mi establecimiento. ¡Pobrecito italiano! — agregó Limonada Roger, con aire compungido. Me sale pagando toda mi propaganda...

Francamente: nos dió ganas de acogotarlo. Pero preferimos perdonarle la vida. Al fin de cuentas debíamos sacarle otros curiosos detalles sobre su vida, que nos dará materia para sucesivos capítulos no menos suculentos.

LAS TORTUGAS

Existen muchas especies de tortugas; todas ellas pertenecen a la familia de los quelonios, entre los que hay que distinguir muy diversos géneros.

Hay las tortugas de mar; a éstas se les da el nombre científico de *Talasites* (del griego Talassa, mar); las tortugas de tierra, *Chersites;* las que habitan en los pantanos, *Elodites*, y las tortugas fluviales, *Potamites*.

Los Talasites son los mayores de todos los *quelonios*, única familia que representa hoy a los reptiles en la fauna marina.

Difieren los talasites de las demás tortugas por la conformación de sus patas, que, como las de todos los animales destinados a pasar su vida en el mar, están convertidas en aletas, tan aplanadas, que los dedos no pueden ejecutar unos sobre otros ningún movimiento voluntario; las anteriores son mucho más largas que las posteriores.

Toda la estructura de las tortugas marinas está apropiada a su género de vida, esencialmente acuática. Unicamente su respiración es aérea, como la de los reptiles terrestres, y por este concepto se las debe clasificar entre los huéspedes, no entre los vecinos, del Océano.

Tienen un caparazón muy deprimido que presenta la forma de un escudo muy ancho por delante con una escotadura y que termina en punta en la otra extremidad; está dispuesto de tal modo, que el animal no puede meter enteramente en él la cabeza y las patas.

La cabeza, casi cuadrada, tiene en lugar de boca, una especie de pico córneo, muy duro, corvo y ganchudo de arriba abajo. Las mandíbulas son robustas, pero sin dientes; la lengua corta, ancha, carnosa y muy movible, junto con el pico, es el único órgano de prehensión de estos reptiles. El cuello es largo y la cola corta, redonda y bastante gruesa.

Conócense tres especies principales dee tortugas marinas: la Canane, la Franca y el Carey.

La primera es bastante común en el Mediterráneo, el mar Rojo y el archipiélago de Madagascar y las Malvinas. Es la reina de las tortugas de mar, pudiendo tener 126 centímetros de diámetro mayor y hasta 200 kilogramos de peso.

Su caparazón está cubierto de placas córneas, grandes, delgadas y transparentes, y es de color pardo moteado de blanco y de amarillo.

La tortuga Franca o Midas, llamada también tortuga verde o común, vive en el océano Atlántico y, a veces, se la encuentra en la isla de Madera y en las Canarias. Tiene de 150 y 160 centímetros de diámetro mayor y, regularmente, pesa un centenar de kilogramos. Su caparazón es de color de castaña tornasolado de verde y jaspeado longitudinalmente de matices más claros.

La Carey habita el mar de las Indias y el océano americano. Esta especie tiene 73 centímetros de diámetro máximo, siendo, por consiguiente, más pequeña que la anterior. Su caparazón está jaspeado de pardo sobre fondo amarillo y leonado.

El caparazón de estas tres tortugas es escamoso, pero hay otra que no tiene alrededor de esta armadura sino una piel córnea, entre aristas salientes trazadas en sentido longitudinal; es el Laud, especie bastante rara, que vive en el Mediterráneo y en el Atlántico, y tiene unos dos metros de longitud.

El principal alimento de estos reptiles consiste en plantas marinas, pero la tortuga Franca come, además, zoófitos.

Estos animales nadan y se sumergen con la mayor facilidad y pueden permanecer mucho tiempo debajo del agua. Sobre el orificio externo de su canal nasal hay una masa carnosa, en cuyo espesor se distingue el juego de una válvula que el animal levanta cuando está al aire libre y cierra herméticamente al zambullirse.

Por tierra andan con bastante trabajo y lentitud. En los mares tranquilos se divisan de vez en cuando en la superficie del mar y a 700 u 800 leguas de tierra, tortugas que flotan en absoluta inmovilidad; es que están durmiendo.

Estos reptiles no tienen armas para defenderse, pero su caparazón los protege hasta cierto punto. Aparte de esto, poseen, como hemos dicho, gran resistencia vital.

Las tortugas marinas son ovíparas. Por un instinto particular, todas las hembras que habitan en un mismo mar, acuden de todas partes y en épocas casi fijas, a las playas arenosas y desiertas. Allí se arrastran durante la noche a distancias bastante grandes, abren hoyos bastantes profundos y separando hábilmente la arena con sus patas posteriores, los guarnecen de hierbas y ponen en ellos sus huevos: por lo común, hasta ciento, y esto dos o tres veces en el espacio de veinte días.

Después de cubrir su postura de arena bastante ligera, la tortuga vuelve al mar, dejando sus huevos expuestos a la acción de los rayos solares, cuyo calor los incuba.

Los huevos se abren quince o veinte días después de puestos. Las tortuguitas que de ellos salen, no tienen aún caparazón; son de color blancuzco, aunque muy débiles, en seguida se dirigen al mar, donde su primer desarrollo se efectúa con rapidez, pero después su crecimiento es muy lento.

Asegúrase que las tortugas viven mucho tiempo; particularmente las de la isla Galápagos, en donde se conocen algunas centenarias.

Las tortugas Francas y los Carey son las más numerosas; mas a pesar de su prodigiosa fecundidad, han disminuído bastante a causa de la guerra encarnizada que se les hace por sus huevos y por su concha.

Esta substancia es muy apreciada a causa de su dureza, de su transparencia, de sus bonitos matices, del hermoso pulimento de que es susceptible y de la facilidad con que se la trabaja.

Se emplean diversos medios para coger tortugas. En ciertos países se aprovecha la época en que las hembras salen a tierra de noche para depositar sus huevos; se las va a buscar principalmente en las islas desiertas, y se reconoce su paso por el rastro que dejan en la arena; entonces se las acecha y se les corta la retirada, tumbándolas patas arriba con las manos o con palancas.

Otro modo de coger estos reptiles consiste en tender de noche una red de cuerda, de mallas flojas, que les intercepta el paso cuando van a tierra para poner.

Algunos pescadores las cazan en alta mar, cuando suben a la superficie para respirar. Entonces les arrojan un arpón, especie de dardo de punta triangular como la de una flecha, acerada y cortante, y que lleva una anilla a la cual va atada una cuerda.

En los mares del Sur hay buzos hábiles y prácticos que aprovechan el momento en que las tortugas están dormidas en la superficie del mar, para acercarse a ellas cautelosamente, y cuando están a su alcance las traspasan con el arpón. Si la tortuga no es muy grande la cogen sin herirla.

En las costas de Mozambique los pescadores se valen para la pesca de tortugas de ciertos peces vivos, amaestrados, por decirlo así, para esta caza.

Dichos peces, afines del género Rémora, son más gruesos y más largos que éste, y en español se les da el nombre de Revés, porque a primera vista podría tomarse su lomo por el vientre.

Los pescadores tienen muchos reveses en artesones llenos de agua y cada barca cuenta con su artesón particular. Cuando se divisa a lo lejos una tortuga dormida, el pescador se acerca a ella sin ruido y echa al mar uno de dichos peces, el cual, tan luego como ve al reptil, nada hasta ponerse debajo de él y se le adhiere fuertemente por medio de su dilatación cefálica. El revés se dejaría hacer pedazos antes que soltar el cuerpo a que se agarra. Como este pez va sujeto a una cuerda larga de corteza de palmera, mediante una anilla sujeta a su cola, los pescadores tiran de ella y atraen a su barco al pez y al reptil.

Las tortugas marinas proporcionan con su carne un manjar abundante, sano y nutritivo. Se la puede cocer en su propio caparazón y esta cacerola natural es un medio expeditivo del que se sirven los salvajes.

TEATROS

"LAS AVENTURAS DE UN CONCEJAL" en el NUEVO

El destino de ciertas obras, como el de ciertas mujeres, tienen inesperadas sorpresas, porque el éxito y el amor no suelen darse ni en la oportunidad ni en la medida que los esperamos, sino cuando al azar o leyes misteriosas quieren que florezcan en nuestro jardín. Pobres mujeres mustian una espléndida juventud en delirantes soledades llenas de tristeza y de ensueño, fuera de toda gozosa realidad y sólo cuando empiezan a encenizárseles las sienes consiguen que la vida les deje acercar la sed ardorosa de sus labios a la copa mágica de las divinas mieles. Y lo mismo ha ocurrido con numerosas obras, privadas de notoriedad durante la vida de sus autores y sacadas más tarde del anónimo por la curiosidad de un bibliófilo o la arbitraria consagración de una moda más o menos perdurable.

Claro está que lo dicho en términos generales, no puede aplicarse al teatro nacional sino en la prudente medida que corresponde a categorías y valores, pero dentro de la limitación apuntada, cabe registrar el fenómeno que nos ocupa en la pieza del epígrafe.

Esta obra, firmada ahora por Julio F. Escobar y Fernández Lepina, tiene una historia, que no es la de su argumento sino la de su propia vida escénica.

En efecto, hace ya algunos años fué estrenada por la compañía de Julio Sanjuán en uno de los teatros de la Capital, el Mayo si la memoria no quiere embromarnos, y a la sazón se denominaba "El amigo del diputado" y estaba firmada por Fernández Lepina. No tuvo la pieza en aquella oportunidad una gran resonancia. Pasó como pasa por nuestras calles un frutero ambulante o un vendedor de baratijas. Pega el grito como puede y unos le llaman, otros ni le oyen o algunos le oyen como quien oye llover. Pasan más o menos de prisa y así pasó la pieza de Fernández Lepina.

Pasó y, lo mismo que pasó, volvió. Dió la vuelta a la manzana y apareció de nuevo con ligeros cambios. Tenía cambiados el nombre y la firma. Se denominaba ahora "Mi amigo el ladrón" y estaba firmada por un autor novel, que ha quedado en novel no más, porque resultó un simple plagiario de Fernández Lepina.

Tampoco esta vez logró otra cosa que una vida efímera, a pesar de su éxito, tal vez por un fallo secreto de la justicia inmanente que vela por la verdad en el fondo de los tiempos y de las cosas.

Y así llegó a la tercera, la vencida. Es la misma pieza de Lepina, actualizada por Escobar y por el primitivo autor, sin más que convertir al diputado en concejal y ponerle en trance adecuado a las incidencias políticas ocurridas no hace mucho.

Bien jugada la obra por los actores de Casaux, comenzando por él mismo, llenó cumplidamente su cometido. Fué reída y celebrada por el público, especialmente en sus pasajes alusivos a la actualidad política y a decir verdad ya un tanto relativa y cada vez menos sugerente.

"SAVERIO", en el COMICO

Entre la escasa pero afortunada producción de Rafael di Yorio, puede contarse como el mejor logrado esfuerzo la pieza del epígrafe, estrenada con justificado éxito por la compañía de Luis Arata.

Toda la pieza se reduce casi exclusivamente a presentarnos el drama íntimo de un personaje torturado por la idea de su deshonor mancillado en la persona de una hija seducida y abandonada. La fisonomía moral del tipo está estudiada y reproducida con singular acierto, así como la evolución de su tortura que le lleva al borde mismo de la locura.

Luis Arata encarnó el papel de protagonista en forma insuperable, danda la medida de lo que puede hacer estando bien orientado. Los demás elementos de la compañía, acompañaron con acierto, mereciendo citarse especialmente la labor de las actrices Gangloff y Prada y los actores Fregues, Pássano y Yacucci.

CAPITANA QUE NO LO ES...

Aguardábamos con cierto interés el estreno de la "La capitana", en el Avenida, ya que sus libretistas lo son también de "La mejor del puerto", zarzuela últimamente estrenada con éxito por la compañía de Gimeno. Pero nuestro gozo fué al pozo, pues la nueva obra tiene un asunto viejo, desarrollado viejamente, sin ingenio, sin gracia y sin siquiera un detalle de interés. Para colmo, a los libretistas Carreño y Rivera los maestros Cayo Vela y Bru han puesto una musiquilla que también huele a cosa arcaica o, por lo menos, de escasa originalidad. Un argumento dramático sirve a los autores del libro para desarrollar la pieza y en este argumento volvemos a ver a un seductor de teatro reconciliarse con la dama seducida, sin que el hecho mueva a la compasión ni al odio de nadie...

Ha sido, sin duda, un estreno poco feliz este que comentamos, bien que en la interpretación pudo apreciarse una vez más la disciplina del conjunto que dirige acertadamente Gimeno. Las tiples Peyro y Conti, el actor Torrijos y el barítono Queralto, se desempeñaron con plausible discreción y buena voluntad.

TEMPORADA QUE FINIQUITO

Cerró sus puertas el Ideal, interrumpiendo a los dos meses de empezada la temporada de comedias que venía desarrollando la compañía en cooperativa que dirige Defilippis Novoa. Los esfuerzos de la dirección no lograron vencer la indiferencia del público, que tuvo ocasión de ver en escena una buena obra como "Las descentradas", de la señora Salvadora Medina Onrubia, sin duda el mejor trabajo escénico ofrecido en lo que va del año. Da pena comprobar cómo el público sigue dando su preferencia a otras compañías que explotan el teatro subalterno, el sainete malevesco, por ejemplo.

POMAR

Las gestiones que se viene haciendo para que este conocido actor realice una temporada de sainetes en el Onrubia, con la compañía que encabeza con María Esther Podestá, parece que quedarán en agua de borrajas. No perdemos mucho: sobran los sainetes...

"MUJER CELOSA, MARIDO MARTIR"

Un simple equívoco, que provoca los enojos de una esposa, ha servido al popular comediógrafo, Sr. Julio F. Escobar, para construir una divertida pieza, sin trascendencia, pero jugosa en sus diálogos y pleno de graciosas situaciones que provoca la hilaridad continua del público. Autor experto, no ha desperdiciado Escobar los momentos propicios a intricar el asunto, que convierte su obra en una pieza de enredo y que, como todas las de este género, se desenlaza de la mejor manera para los protagonistas, quedando todo arreglado satisfactoriamente. La interpretación fué algo vacilante.

"ME JUEGO LA VIDA"

Con este título los señores Villalba y Brega, han estrenado con la compañía de Muiño una pieza dramática a la que sirve de base un hecho ocurrido en Buenos Aires, que originó vivos comentarios por su naturaleza dramática. Una mujer mató a su amante, por que éste no quiso reconocer la paternidad de un niño. Obra efectista, sin nada nuevo en su forma, la interpretación de Muiño logró relieve en parte. Le secundaron eficazmente sus compañeros de escena.

CHOCOLATE EN LA ESCENA

La bonita comedia de Paul Gavault, "La petite chocolatière", viene resultando un buen éxito a Evita Franco. Todas las noches, el público del Liceo sale regocijado por las escenas cómicas de la pieza, posiblemente la más graciosa que salió de la pluma del autor de *Le mannequin y L'idée de Francoise*. El conjunto ensaya *Leticia* de Nicodemi, para hacerla conocer en breve.

NOVEDAD VIEJA

Probablemente a estas horas la compañía de José Gómez habrá puesto en escena "El enemigo del pueblo", de Ibsen, cuyos ensayos venía repitiendo en los últimos días. Veremos si este enemigo lo resulta del público del Marconi.

LA ULTIMA NOVEDAD DE PARRA

Con "Yo arreglo este fandango" adaptación de una pieza francesa hecha por De las Llanderas y Malfatti y estrenada en el Ateneo, se clausuró el número de estrenos, que alcanzaron a dos tan solo, en la temporada de Parravicini. Esta pieza es una pochade bien construida, de intrincado y ágil desarrollo llena de fuerza cómica y que favorece la labor escénica de Parra, cuyas facultades de hijo encuentra en esta obra motivos sobrados para brillar. El celebrado actor hace reir constantemente en el curso de los tres actos.

DEBUTA DE ROSAS

Terminada la temporada de Parravicini, ocupará el escenario del Ateneo el conjunto recién llegado de España que encabezan Enrique De Rosas y Matilde Rivera. El lector tiene fresco en la memoria los buenos éxitos de De Rosas en la Madre Patria y ha de ver con satisfacción la reaparición del prestigioso comediante, que se efectuará el 27.

GRAND SPLENDID

Un programa de películas de todo punto atrayente ofrecerá en estos días la empresa de este magnífico cine, administrado desde largos años atrás por el conocido y estimado biografista Sr. Carmelo Carbone. El público que ha convertido en su predilecto a este salón, apreciará debidamente las producciones que se pasarán.

CAPITOL

Con numeroso público desenvuelve su temporada este cine antiguo y acreditado. Para la semana que entra se ha preparado un cartel de lindas películas.

GLORIA

Continúa muy concurrido todas las noches este salón de Max Glucksmann, que brinda interesantes producciones de marcas de prestigio.

PARC

Un atrayente cartel de películas ofrecerá al público de Palermo este prestigioso cine durante la semana. Puede así descontarse el éxito de las funciones.

SOCIALES



Señorita Lucia Duhau Ham cuyo enlace con el doctor Wenceslao Julio Escalante, se realizó recientemente.



Señorita Eleonora Amalia Murray últimamente desposada con el señor Alfredo Lennon.



Señorita María Aphalo, que acaba de contraer matrimonio con el doctor Jorge Chorra



Señorita Josefina Noe desposada con el señor Casimiro Playan.



Señorita Lilia Riccio, cuyo enlace con el señor José Morales se efectuó recientemente.



Señorita Delia Taglioretti, desposada con el señor Francisco Gutiérrez.

Fots. Pérez.

Ultimas creaciones de la moda femenina





1 — Abrigo para viaje, confeccionado con "vellilaine" mosqueada marrón sobre fondo rubio, con cuello y vueltas de nutria de mar. Forro de Georgette beige. — 2 — Abrigo confortable ejecutado en paño color verde botella y guarnecido con "ratgondin". — 3 — Traje para paseo, hecho de sarga azul marino, abierto por delante sobre crespón Georgette azul claro con puntos blancos. Corbata compuesta de los tres tonos del mismo crespón Georgette. 4 — Vestido dos - piezas confeccionado en jersey beige rosado, guarnecido con trencillas de seda negra y blanca.

Talleres gráficos de DAVID GURFINKEL — Montevideo 421 — Buenos Aires